POPULISMO

guía para entender la palabra clave
de la política contemporánea

benjamin moffitt

siglo veintiuno
editores

POPULISMO

guía para entender la palabra clave
de la política contemporánea

benjamin moffitt

siglo veintiuno
editores

Índice

Cubierta

Índice

Portada

Copyright

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción. Por qué el populismo importa

1. ¿Qué es el populismo?

El enfoque ideacional

El enfoque estratégico

El enfoque discursivo-performativo

Comparación de los tres enfoques en el estudio del populismo

2. Populismo, nacionalismo y nativismo

Similitudes y diferencias entre populismo y nacionalismo

¿En qué difiere el modo en que la derecha y la izquierda populistas utilizan el nacionalismo?

¿Cómo es un populismo no nacional?

Populismo transnacional

3. Populismo y socialismo

Qué comparte el socialismo con el populismo

Populismo de izquierda en la práctica

¿Más allá del socialismo? la clase versus “el pueblo” en el populismo de izquierda

4. Populismo y liberalismo

¿Populismo versus liberalismo?

La derecha populista y la conversión del liberalismo en un arma

La izquierda populista, el liberalismo y el pluralismo

5. Populismo y democracia

Democracia liberal y populismo

Democracia radical y populismo

Potencialidad del populismo

Referencias

Benjamin Moffitt

POPULISMO

Guía para entender la palabra clave de la política contemporánea

Traducción de

Elena Odriozola

siglo veintiuno editores

Moffitt, Benjamin

Populismo / Benjamin Moffitt.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2022.

Libro digital, EPUB.- (Sociología y Política)

Archivo Digital: descarga

Traducción de Elena Odriozola // ISBN 978-987-801-162-2

1. Partidos Políticos. I. Odriozola, Elena, trad. II. Título.

CDD 320.5662

© 2022, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

< www.sigloxxieditores.com.ar >

Diseño de portada: M. C. / M. R.

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2022

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-162-2

Para Ash y Will

Agradecimientos

Escribí este libro durante 2018 y 2019, mientras me encontraba en el Departamento de Gobierno (Ciencia Política) de la Universidad de Upsala, Suecia, y en la Escuela Nacional de Artes de la Universidad Católica Australiana de Melbourne, Australia. Agradezco el generoso apoyo y las oportunidades que me brindaron ambas instituciones; en particular, a los amables colegas cuyas conversaciones y comentarios hicieron de este un libro mucho mejor. Deseo agradecer también a mis colegas del Seminario de Teoría Política de Upsala –Sofia Näsström, Anthoula Malkopoulou, Gina Gustavsson, Sverker Gustavsson y Johan Wejryd– por ayudarme a pensar varias de las discusiones aquí expuestas. En mi nuevo hogar institucional, la Universidad Católica Australiana, mis agradecimientos son para Mark Chou, Rachel Busbridge, Naser Ghobadzadeh, Noah Riseman y Michael Ondaatje, quienes me brindaron sus provechosas sugerencias y de inmediato me hicieron sentir en casa a mi regreso a Australia. Fuera del ámbito de esas instituciones, agradezco a Jonathan Kuyper, Simon Tormey, John Keane, Benjamin de Cleen, Yannis Stavrakakis, Pierre Ostiguy y Francisco Panizza, cuyas conversaciones y correspondencia constituyeron un aporte al pensamiento que desarrollo en este libro. También fueron de gran ayuda los comentarios sobre ponencias y presentaciones que abordaban algunas de las cuestiones que expongo aquí, todos ellos recibidos en el Arena Centre for European Studies (Arena, Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Oslo) durante abril de 2018 y en el Taller del Grupo de Especialistas en Populismo de la Asociación de Estudios Políticos, realizado en Bath, Reino Unido, durante marzo de 2018. Por último, vaya mi agradecimiento a todos los colegas que forman parte del mundo de los estudios de populismo, cuyo trabajo cito y abordo en estas páginas; sin sus investigaciones, yo no tendría nada acerca de que escribir o con que acordar, disentir o analizar en profundidad. Más allá de lo que aparente ser para quienes no lo integran, el mundo de los estudios del populismo es un ámbito intelectualmente diverso,

heterogéneo, abierto y cordial; doy mis sinceras gracias por la amplitud de miras y la afabilidad con que mis colegas abordan la actividad académica: no es lo más frecuente.

También deseo extender mi agradecimiento a los dos revisores anónimos cuyas observaciones a la propuesta inicial de este libro lo dotaron de agudeza y garantizaron que evitara caer en la habitual tendencia a examinar concepciones y ejemplos eurocéntricos de populismo; tanto más para los cuatro revisores anónimos que leyeron el borrador manuscrito y me aportaron los comentarios tal vez más constructivos, imparciales y útiles que haya recibido desde que me inicié en la escritura sobre el tema. En Polity Press, muchas gracias a George Owers por encargar este volumen y por su lectura aguda y sagaz sobre el texto, y a Julia Davies por su ayuda editorial. Gracias también a Manuela Tecusan, cuya revisión meticulosa y atenta al detalle mejoró inmensamente el texto. Este libro es mucho mejor gracias a la generosidad y el trabajo arduo de todas estas personas.

Esta investigación fue financiada en parte por el gobierno australiano, mediante el programa de subsidios para investigadores jóvenes Discovery Early Career Researcher Award del Consejo de Investigación Australiano (proyecto DE190101127).

Ciertos contenidos del capítulo 4 aparecieron en “Liberal Illiberalism? The Reshaping of the Contemporary Populist Radical Right in Northern Europe” (¿Iliberalismo liberal? La reformulación de la derecha radical populista contemporánea en Europa del Norte), en Politics and Governance (Moffitt, 2017b), publicado bajo una licencia Creative Commons Attribution 4.0. Agradezco a Cogitatio Press por haber otorgado el permiso para publicar esos contenidos aquí.

Por último, dedico este libro a Ash y a Will. Desde hace ya casi diez años, Ash me oye hablar sin parar sobre el populismo, y además me ha hecho preguntas difíciles que me ayudaron a aclarar a qué me refería cuando lo que decía parecía impreciso; Will, por otro lado, hizo lo mejor que pudo para distraerme de la labor de terminar este proyecto. Por esas dos cosas –y, sobre todo, por su amor y su apoyo– estaré eternamente agradecido.

Melbourne, junio de 2019

Introducción

Por qué el populismo importa

Si existe un concepto que parece haber captado el sabor de la política internacional en el siglo XXI, es el de populismo. Empleado para referirse a una amplia variedad de líderes (Donald Trump, Rodrigo Duterte, Hugo Chávez), partidos (Podemos, One Nation [Una Nación], Alternative für Deutschland [Alternativa para Alemania]), movimientos (Occupy Wall Street [Ocupen Wall Street], Indignados) e incluso sucesos (Brexit), todos ellos prominentes y disruptivos, ese término se ha convertido en un comodín de uso difundido para diagnosticar todo aquello que resulta exaltante, preocupante o disfuncional en las democracias contemporáneas del mundo entero. De hecho, en 2017 el comité editor del diccionario Cambridge le otorgó a "populismo" el título de "Palabra del Año", en virtud de su importancia como

fenómeno que es a la vez local e internacional, en un momento en que tanto las poblaciones como los líderes del mundo entero lidian con problemas de inmigración y comercio, resurgimiento del nacionalismo y descontento económico (Cambridge University Press, 2017).

En efecto, el término vincula a líderes, movimientos y partidos entre los cuales antes parecía no haber relación alguna: ¿qué podría tener en común un derechista como Donald Trump con el movimiento de izquierda Occupy Wall Street, más allá del coincidente desagrado hacia "la élite"? ¿Qué medidas comparte el

socialista Evo Morales, de Bolivia, con el nativista Geert Wilders, de los Países Bajos? ¿En qué mundo podemos vincular un autodenominado "levantamiento populista" como el Brexit con el éxito del malhablado presidente de Filipinas, que entre otras cosas aboga por la ejecución extrajudicial de los consumidores de drogas?

Para acentuar la confusión, después de años de ser una "mala palabra" que solo unos pocos políticos se atrevían a reivindicar para describirse, el populismo se ha convertido en una etiqueta celebrada, adoptada por diferentes actores políticos para autodefinirse. Steve Bannon, exestratega en jefe de la Casa Blanca durante el gobierno de Trump y exdirector ejecutivo de Breitbart News, denominó con orgullo "populismo jacksoniano"[1] al movimiento antiélites que ayudó a fomentar en torno a Trump (véase Rose, 2017) y señaló que su objetivo residía en establecer "internacionalmente la infraestructura del movimiento populista global" (véase Horowitz, 2018). Alexander Gauland, líder de Alternative für Deutschland, dijo acerca de su partido: "Somos un movimiento populista y nos sentimos orgullosos de ello" (cit. en Deloy, 2017: 5); Giuseppe Conte, primer ministro italiano, señaló acerca de la coalición Movimento 5 Stelle-Lega (Movimiento Cinco Estrellas-Liga) que "si populismo es la actitud de escuchar las necesidades del pueblo, entonces lo reivindicamos" (véase ANSA, 2018). A su vez, el partido español Podemos se considera abiertamente populista y reivindica un proyecto teórico de populismo de izquierda (Errejón y Mouffe, 2016). En el curso de un período bastante acotado y para los políticos de todo el espectro, el término "populismo" parece haber perdido sus anteriores asociaciones estigmatizantes para asumir, en cambio, una suerte de matiz positivo que funcionaría como una indicación de falta de complicidad con "la élite" y acercamiento a "el pueblo".

Sin embargo, "la élite" no comparte esa visión positiva: muchos políticos integrantes de partidos establecidos y tradicionales del mundo entero consideran que el populismo se ha convertido en la mayor amenaza a la democracia en el paisaje político contemporáneo. En 2010, el entonces presidente del Consejo Europeo, Herman van Rompuy, calificó al populismo como "el mayor peligro para el occidente contemporáneo" (según se cita en Jäger, 2018), mientras que el presidente de la Comisión Europea,

Jean-Claude Juncker, hizo sonar la alarma respecto del "populismo galopante" en ese continente (véase Ellyatt, 2016). El think tank Tony Blair Institute for Global Change (Instituto Tony Blair para el Cambio Global), sostiene que los populistas "representan una amenaza concreta a la democracia" (Eiermann, Mounk y Gultchin, 2017). Incluso el papa Francisco se ha pronunciado respecto de este fenómeno, señalando que "el populismo es vil y termina mal" (en Di Lorenzo, 2017).

A la par de este difundido interés en el populismo, se produjo una verdadera explosión de trabajos sobre el tema en la bibliografía académica. Si bien el concepto fue objeto de amplia utilización y profundos análisis en las publicaciones sobre política europea y latinoamericana en los últimos veinte años, los dos sucesos populistas de 2016 –la victoria de Trump y el resultado del referéndum sobre el Brexit– convirtieron a este tópico relativamente marginal para la disciplina de las ciencias políticas en uno de los más candentes y más debatidos. Ese crecimiento repentino de la importancia del concepto hizo que, de buenas a primeras, gran cantidad de investigadores que estudiaban cuestiones apenas relacionadas con el populismo pasaran a ser "expertos" en el tema y lo vincularan con áreas tan diversas como las fake news, la derecha alternativa [alt-right], la política de la "posverdad", el anarquismo y el fascismo. Para quienes llevaban años dedicados al tema, trabajando en forma denodada en subcampos como los estudios regionales, la política comparada, la política partidaria o la teoría política, esta novedad fue una verdadera sorpresa.

Sin embargo, la repentina popularidad adquirida por la palabra "populismo" resultó ser una espada de doble filo. Si bien la expansión del campo es, en muchos aspectos, bien recibida –gracias a la aplicación de nuevos aportes y métodos provenientes de la psicología política, la comunicación política y los estudios de los medios de comunicación–, también es verdad que ese término "se convirtió en la palabra de moda, sobre todo porque a menudo está mal definida y mal usada" –no solo en charlas informales sino también en debates académicos–, como afirmó el especialista líder en el tema del populismo Cas Mudde (2017b) en The Guardian. Como resultado, los recién llegados a este campo pueden, con razón, sentirse confundidos ante la plétora de malas definiciones al

respecto: ¿por dónde empezar si queremos entender qué es el populismo? ¿Es sinónimo de racismo? ¿Es de derecha o es de izquierda? ¿Es lo mismo que el autoritarismo? ¿Es bueno o malo para la democracia? ¿Cómo se supone que vamos a comprender esta maraña?

Es en esta coyuntura donde se sitúa este libro: su objetivo es ofrecer una explicación concisa de las perspectivas contemporáneas sobre la materia, trazando un mapa de los debates conceptuales acerca de qué "es" el populismo, delineando las diferentes tradiciones teóricas que enmarcan los enfoques del concepto y ofreciendo al lector un panorama general y un claro punto de acceso a lo que de otro modo podría ser una bibliografía inabarcable y, en ocasiones, impenetrable. En el presente trabajo se rastrea el desarrollo del concepto desde las praderas estadounidenses a fines del siglo XIX hasta los debates definitorios actuales en torno a si se trata de una ideología, una estrategia o una modalidad discursiva o performática, y se deja en claro que el populismo es una noción central para comprender la política democrática en el mundo. Más allá de interesarse por la definición del término, el libro también explora el modo en que el populismo se relaciona y se interseca con algunos de los conceptos que se encuentran en el meollo de la teoría política y, en un sentido más amplio, en el núcleo del debate político actual: el nativismo, el nacionalismo, el socialismo, el liberalismo y la democracia.

Lo que diferencia este trabajo de otros libros introductorios sobre populismo publicados en años recientes es que ofrece la primera introducción accesible al tema en cuanto concepto de la teoría política. Mientras otros textos hacen foco sobre los datos empíricos y sitúan a la teoría como interés secundario, aquí las batallas conceptuales clave en torno al significado y el contenido normativo del concepto ocupan un lugar primordial, como resultado de la atención dispensada a las argumentaciones de pensadores tan influyentes como Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Cas Mudde, Jan-Werner Müller y Margaret Canovan. El objetivo radica en demostrar que los debates acerca del populismo no tratan solo del caso del que se hable (por ejemplo, si Trump es o no una amenaza para la democracia), sino que funcionan como un prisma que permite "poner en acto supuestos clave y argumentos normativos respecto

de la democracia contemporánea de maneras poco sutiles. En una época caracterizada por el "auge global del populismo" (Moffitt, 2016), es importante tener en claro qué está en juego en estos debates.

Sin embargo, el foco teórico no implica que el lector "alérgico" a la (a veces) densa y difícil lingua franca de la teoría política deba eludir las páginas de este libro. Entre los textos teóricos pertenecientes al área de los estudios del populismo, tendieron a ocupar un lugar preponderante aquellos (entre otros, mi propio trabajo; véase Moffitt, 2016) influidos por el pensamiento de Laclau y Mouffe (Laclau, 2005a; Laclau y Mouffe, 1985; Mouffe, 2018); es comprensible que estos textos puedan resultar abrumadores para los neófitos, dado que los conceptos teóricos empleados requieren un arduo proceso de aprendizaje y a menudo suponen conocimientos previos del campo del postestructuralismo, el pensamiento marxista y el psicoanálisis (entre otras áreas). El presente volumen apunta a traducir esa teoría a un lenguaje más fácil de comprender para quienes se acercan a este terreno, lo cual, desde luego, tornará más accesibles los avances teóricos y conceptuales de los autores mencionados y sus interlocutores.

Sin embargo, el lector no debe temer que este libro se ocupe solo de los debates entre especialistas acerca del populismo. Se supone que quien elige leerlo está interesado en los desarrollos políticos reales que en los últimos años se subsumieron bajo la etiqueta del "populismo", por lo que se recurre a ejemplos de populismo surgidos en diferentes lugares del planeta en los últimos veinte años para esclarecer, precisar, cuestionar y dotar de sentido a los argumentos conceptuales que se discuten. Cabe señalar que el enfoque contemporáneo de este volumen implica que no se intenta hacer una lectura de la historia a través de la lente del populismo –por ejemplo, analizando el papel del demos en Atenas–, sino que se elige concentrar la atención en lo que se ha denominado –o autodenominado– populista, dado que, como cabe suponer, el lector está más interesado en eso en este momento "populista" específico.

En busca de alcanzar los objetivos esbozados, el libro se estructura de modo tal de introducirnos en los debates fundamentales en torno a la definición del concepto presentes en la bibliografía sobre el

populismo, antes de pasar a las discusiones normativas e ideológicas más importantes respecto de la relación entre este y otros conceptos centrales de la teoría política. El capítulo 1, "¿Qué es el populismo?", delinea los enfoques fundamentales del tema en la bibliografía académica: el ideacional, que considera al populismo como una ideología o cosmovisión singular; el estratégico, que lo concibe como una estrategia electoral o un modo de organización; y el discursivo-performativo, que lo ve como un tipo de discurso o performance. Allí se menciona a los autores más importantes asociados con cada enfoque, así como las definiciones clave y argumentos que proponen, para analizar luego sus fortalezas y debilidades. También rastrea las raíces históricas, se centra en su linaje intelectual y evalúa la especificidad teórica y metodológica de cada uno. Si bien se argumenta que todas las perspectivas preeminentes tienen como eje la distinción entre "el pueblo" y "la élite", se ponen de relieve las diferencias epistemológicas y normativas subyacentes. Por lo general, estas diferencias no se exploraron en profundidad en los debates acerca de los diversos campos conceptuales que registra la bibliografía contemporánea.

Los tres capítulos siguientes examinan la relación del populismo con los otros "ismos" que ocupan un lugar central en los debates de la teoría política contemporánea: nacionalismo, nativismo, socialismo y liberalismo. El capítulo 2 aborda la relación entre populismo, nacionalismo y nativismo, tres conceptos que comúnmente se combinan en los estudios académicos o se emplean como sinónimos en las discusiones fuera de ese ámbito. Sin embargo, aquí se sostiene que, si bien tanto el populismo como el nacionalismo emplean como significante fundamental "el pueblo", los dos adoptan diferentes caracterizaciones de ese elemento y, en última instancia, tienen como blanco a diferentes enemigos. Para explorar esa situación, se examinan las maneras distintivas en que los populistas de izquierda y de derecha conciben el nacionalismo: mientras los de izquierda tienden a emplear una forma cívica de nacionalismo, los de derecha adoptan una forma étnica, o lo que podría entenderse como nativismo. En el desarrollo de este argumento también se examinan casos de populismo que no encajan en la descripción "nacional", entre ellos subtipos municipales y regionales en el nivel subnacional (como el alcalde de Toronto, Rob Ford, y la Lega Nord [Liga del Norte] en Italia), así como el

populismo internacional y transnacional en el nivel supranacional (por ejemplo, la cooperación entre populistas de Europa y América Latina y el caso de populismo transnacional constituido por el Movimiento Democracia en Europa 2025), y se muestra que la asociación entre nacionalismo y populismo o, incluso, entre populismo y lo nacional, dista mucho de ser automática.

El capítulo 3 se ocupa de la relación entre populismo y socialismo, sobre la que no se suele reparar. Si bien el nacionalismo y el nativismo ocupan un lugar prioritario cuando se trata de entender el populismo (debido a su asociación con la derecha populista radical europea y con figuras como Donald Trump, que acaparó la mayor cantidad de atención que los medios de comunicación dispensaron al fenómeno), el socialismo tiene una relación igualmente polémica y relevante con el populismo. Figuras populistas prominentes situadas a la izquierda del espectro político –Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa en América Latina; Bernie Sanders en los Estados Unidos; partidos como Syriza y Podemos en Europa o los Luchadores por la Libertad Económica en Sudáfrica– han propugnado alguna forma de "socialismo del siglo XXI" en sus plataformas. En este capítulo se investiga la superposición conceptual entre populismo y socialismo y se indaga el modo en que se combinan empíricamente en estos casos, tomados del mundo entero. También se analiza el motivo y el momento en que populismo y socialismo emprenden rumbos separados, y se exploran las tensiones entre la división "el pueblo contra la élite" del populismo y la estructura de clases, más explícita, a la que adhiere el socialismo, así como la diferente condición de "el pueblo" en el marco de ambos proyectos políticos. Por último, se analizan los argumentos contemporáneos acerca de la posibilidad de adoptar la estrategia de un "populismo de izquierda" como forma de superación del socialismo o de la democracia social propuestos por Mouffe (2018) y Laclau (2005a) y otros autores afines, y se evalúa la validez de esos argumentos en un momento en que el populismo de izquierda parece perder vigor.

El capítulo 4 explora la relación entre populismo y liberalismo. Contra las difundidas afirmaciones respecto de que el populismo nunca es liberal, en este capítulo se sostiene que la realidad es mucho más compleja: cada vez más, los populistas de derecha

reconfiguran tropos liberales para adecuarlos sus propios fines –por ejemplo, aseguran oponerse a políticas de inmigración más flexibles o a la diversidad cultural para proteger la igualdad sexual y de género–, mientras que los populistas de izquierda tanto de Europa como de las Américas suelen conservar un compromiso con el pluralismo en su concepción de "el pueblo". Explorando los distintos modos en que los populistas entran en relación con diversos principios del liberalismo y los explotan y los despliegan mientras destinan todos sus esfuerzos a socavar otros, se muestra que la dualidad populismo-liberalismo dista mucho de ser estanca y que cuestiones vinculadas con el liberalismo, el pluralismo y la heterogeneidad plantean importantes preguntas respecto de cómo definir e identificar casos de populismo en el paisaje político contemporáneo.

El capítulo final aborda la que tal vez sea la pregunta clave que aún ocupa el núcleo de los debates informales y académicos acerca del populismo: en última instancia, ¿el populismo es bueno o es malo para la democracia? En el capítulo se muestra que la respuesta a esa pregunta depende del subtipo de democracia que se prefiera: es probable que para un demócrata liberal, el populismo constituya una amenaza al funcionamiento de la democracia en la medida en que clausura el espacio para una comprensión plural de "el pueblo" y el reconocimiento de la oposición legítima, mientras que un demócrata radical considerará que el populismo abre un espacio para la reconstitución de "el pueblo" en un entorno posdemocrático que de otro modo se vería moribundo. En este último capítulo se contrastan ambas posturas y se argumenta que, además, los dos lados cuentan con visiones diferentes de la potencialidad del populismo: para los liberales, se trata de un precursor del autoritarismo, para los demócratas radicales, el populismo de izquierda conduce a un orden político plural y radical. También se examinan las dificultades de ambas visiones, en particular la creciente tendencia a fusionar los fenómenos del autoritarismo y el populismo, por parte de los liberales, y la preocupante propensión a ignorar los efectos problemáticos de posicionar al líder como indispensable para el populismo, por parte de los radicales, y se sostiene que esas dificultades pueden conducir a una interpretación selectiva de las credenciales democráticas o antidemocráticas del populismo.

Así, al concluir el libro, el lector debería tener una idea más clara de:

qué “es” el populismo y qué está en juego en los debates acerca de su significado;

cuáles son los principales motores conceptuales y normativos en que se respaldan las diferentes escuelas de pensamiento sobre el populismo;

cómo interactúa el populismo con otros “ismos” fundamentales en el paisaje político contemporáneo; sobre todo, el nacionalismo, el nativismo, el socialismo y el liberalismo;

y cómo subyacen diferentes visiones de democracia al hecho de que el populismo se considere una amenaza o un correctivo para la política democrática.

En especial, el lector comprenderá que, cuando se trata de populismo, no es posible divorciar la teoría de la práctica. Si bien todos sabemos que a figuras famosas como Donald Trump, Nigel Farage, Juan Domingo Perón, Hugo Chávez y Rodrigo Duterte se les suele aplicar la etiqueta de “populistas”, no es factible profundizar ni comprender qué significa esto sin tener en cuenta los debates teóricos y conceptuales detrás de la etiqueta. No se trata de una cuestión meramente académica: el modo en que etiquetamos y concebimos a los líderes políticos, los partidos y los movimientos es relevante porque esas etiquetas pueden ejercer efectos significativos en nuestro modo de juzgar la legitimidad y validez de las demandas políticas de su portador. Por ejemplo, que un partido sea considerado “tradicional” o “populista” puede tener importantes

ramificaciones a la hora en que otros partidos decidan sobre su aceptabilidad como socio en una coalición, mientras el hecho de que un líder sea o no considerado "populista" suele emplearse como un indicador conciso de cuál es su posición en términos de respeto por las reglas del juego democrático. En pocas palabras, es mucho lo que el término "populismo", aparentemente sencillo, engloba.

También existen buenas razones prácticas para prestar atención al concepto. En un mundo acechado por la creciente polarización, la intensificación del sentimiento antiélite, la proliferación de las fake news, las cámaras de resonancia y los medios de comunicación cada día más partidarios, el populismo no desaparecerá en el futuro cercano. Pese a los deseos de quienes sueñan con "la muerte del populismo" o de quienes apuntan a "derrotar el populismo" definitivamente, todo parece indicar que el populismo está aquí para quedarse. Si bien llegará la hora final de Donald Trump, Narendra Modi y Marine Le Pen, de sus sombras surgirán nuevos Trump, nuevos Modi y nuevas Le Pen. Es más, el legado del populismo permanecerá: aunque desaparezca del paisaje político, un actor populista puede ejercer efectos institucionales y culturales de largo plazo, efectos con los que indudablemente deberán lidiar, por ejemplo, un Partido Republicano de la era posterior a Trump (y la política estadounidense en general). En esas circunstancias, sin importar cuál sea la postura del lector respecto del populismo –en contra, a favor, ni lo uno ni lo otro–, lo cierto es que tiene importancia: está aquí y no es solo un punto en el radar, sino que se ha vuelto parte medular de la vida política contemporánea. Comprender este concepto es crucial.

La expectativa es que este libro pueda ayudar al lector en esa tarea decisiva.

▪

[1] La expresión de Bannon hace referencia al séptimo presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson, quien gobernó entre 1829 y 1837. [N. de E.]

1. ¿Qué es el populismo?

Cuando se habla del estudio del populismo, hay un cliché que se impone por sobre todos los demás, sin duda: los expertos no pueden acordar una definición del fenómeno, aunque en ello les vaya la vida. Esta disputa supuestamente insalvable en relación con el término, así como las afirmaciones respecto de su "falta de sentido", cada cierto tiempo van acompañadas por la exigencia de que la noción sea abandonada o arrojada al basurero de los conceptos inútiles. El razonamiento es el siguiente: si los especialistas ni siquiera se ponen de acuerdo acerca del significado del concepto, ¿cómo puede resultar útil para alguien?

Como pasa con la mayoría de los clichés, este es cierto solo en parte. De hecho, existe un grado de acuerdo considerable entre los especialistas: muchos coinciden en que el fenómeno tiene como eje la división fundamental entre "el pueblo" y "la élite". En otras palabras, existe consenso respecto de las características centrales del populismo. Algunos autores incluyen otros criterios –como el liderazgo personal (Weyland, 2017), el pronunciamiento de la crisis (Moffitt, 2015a; Rooduijn, 2014), la exclusión de un "otro" peligroso (Albertazzi y McDonnell, 2008)–, pero estas definiciones tienden, en su expresión mínima, a basarse en la brecha pueblo-élite. Es más, hay un grado de consenso significativo en cuanto a los casos más importantes de populismo: si bien los especialistas suelen adoptar diferentes definiciones del fenómeno, terminan por etiquetar a los mismos líderes, partidos o movimientos como populistas (pese a todo, como veremos más adelante, se observa un notable disenso en relación con otros casos).

En lo que los especialistas sin duda no concuerdan es en el tipo de fenómeno que constituye el populismo: si se trata de una ideología, una estrategia, un discurso o un modo de actuación política. Este desacuerdo no es nuevo: desde hace más de cincuenta años, se han multiplicado los debates acerca de qué tipo de fenómeno representa

el populismo, como lo ejemplifican las diferentes definiciones propuestas en Populism. Its Meanings and National Characteristics (Ionescu y Gellner, eds., 1969), una compilación seminal que reunió los resultados de un congreso celebrado en 1967 en la London School of Economics bajo el título "Para definir al populismo". No es necesario señalar que el congreso no alcanzó su objetivo. Pese a que muchos especialistas han intentado argumentar que la persistencia de estos debates en torno a la definición del populismo carece de relevancia o es fruto de un planteo excesivamente puntilloso –Mudde y Rovira Kaltwasser (2018: 1668) sostienen que "si bien cada uno de estos términos posee sus propias especificidades, las diferencias entre ellos son menores y no pertinentes a numerosas preguntas de investigación"–, en el presente capítulo se sostiene lo contrario. Dichos debates tienen valor e importantes ramificaciones y consecuencias para el estudio del populismo: qué clase de fenómeno consideren los autores que es el populismo tenderá a reflejar abordajes ontológicos, epistemológicos y metodológicos muy diferentes. Esas elecciones determinan los tipos de actores políticos que se estudian –partidos, líderes, movimientos, ciudadanos o seguidores–; cómo se los estudia –a partir de sus dichos, sus actos, los textos que producen u otros elementos–, y si se considera que el populismo es un concepto binario o gradacional, es decir, si la distinción entre populismo y no populismo es como la diferencia entre blanco y negro o si existen zonas grises. Es más, la elección refleja una división fundamental entre quienes piensan que el populismo es una propiedad o un atributo de un actor político (una ideología) y quienes creen que es algo que los actores políticos "hacen" (un discurso).

En este capítulo se desglosan esas diferencias delineando los enfoques más destacados de la bibliografía sobre populismo –el ideacional, tipificado por el trabajo de Mudde (2004, 2007, 2017a), Rovira Kaltwasser (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017), Hawkins (Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2017a y b) y Müller (2016); el estratégico, ejemplificado por la labor de Weyland (2001, 2017), Roberts (1995, 2003) y Jansen (2011); y el discursivo-performativo, representado por los estudios de Laclau (2005a), Mouffe (2018), Wodak (2015) y Ostiguy (2017)– y poniendo de relieve sus distinciones teóricas y metodológicas. En este recorrido, se presta especial atención al linaje intelectual de cada enfoque: se rastrea la

influencia metodológica de la labor de Sartori (1970), Ragin (2000) y Tilly (2008) en el enfoque estratégico, y la influencia teórica del trabajo de Laclau y Mouffe (1985) en el enfoque discursivo-performativo. Asimismo, se describen las posturas epistemológicas que subyacen a cada enfoque, casi siempre inexploradas en los debates contemporáneos acerca de diferentes campos conceptuales. Y si bien el capítulo no se ocupa de todas las definiciones de populismo –existe, además, un floreciente corpus de trabajos en la bibliografía atinente a las comunicaciones políticas que concibe al populismo como un modo de comunicación o expresión (véase Aalberg y otros, eds., 2017), en cierto sentido diferente de la concepción del enfoque discursivo-performativo, aunque en otros similar–, las que aquí se analizan representan las tendencias más destacadas de la literatura contemporánea sobre el tema y brindarán al lector una buena orientación respecto del estado actual del debate conceptual.

El enfoque ideacional

El enfoque ideacional del fenómeno del populismo es, posiblemente, el más difundido en la literatura académica contemporánea. Este enfoque concibe al populismo como una ideología, un conjunto de ideas o una cosmovisión. Existen, por cierto, razones intuitivas para visualizarlo de esta forma: por tratarse de un fenómeno político cuyo nombre termina en "-ismo", parece natural situarlo junto a otros "ismos" que resultan ser, en la mayoría de los casos, ideologías, como el liberalismo, el socialismo, el anarquismo, etc.

Es posible trazar un linaje bastante claro de estudiosos que concibieron el populismo como un fenómeno ideacional. Mudde (2017a: 27) señala que los estudios tempranos del US People's Party –Partido del Pueblo de los Estados Unidos– (Ferkiss, 1957) y de los narodniki rusos (Pipes, 1960) se centraron en los contenidos ideacionales del partido y del movimiento. En su trabajo sobre el macartismo, Shils (1956: 100-101) identificó al populismo como "un fenómeno difundido […] que existe en todo aquel lugar donde impere una ideología del resentimiento popular contra el orden impuesto por una clase dirigente diferenciada y establecida, de la cual se cree que detenta el monopolio del poder, la propiedad, el abolengo y la cultura", mientras que MacRae (1969) sostuvo de manera explícita que el populismo debía conceptualizarse como una ideología. El influyente trabajo de Canovan sobre el tema también desarrolló una visión ideológica del populismo; en sus análisis más recientes, lo denominó "la ideología de la democracia" (Canovan, 2002: 25).

En la actualidad, la definición de populismo citada con más frecuencia en el marco de este enfoque es la de Mudde (2004: 543): "Una ideología delgada [thin-centered ideology] que considera que, en última instancia, la sociedad está separada en dos campos homogéneos y antagónicos, 'el pueblo puro' y 'la élite corrupta', y que sostiene que la política debe ser una expresión de la voluntad

general del pueblo". Otros autores, como Stanley (2008), Albertazzi y McDonnell (2008) y Rooduijn (2014), desarrollaron enfoques similares del populismo como ideología "delgada", y si bien no lo describen de manera explícita con ese término, sugieren que el populismo no se sostiene solo como ideología y que siempre necesita combinarse con otras. Estas definiciones fueron aplicadas, en general, para entender los partidos populistas europeos (especialmente en Europa Occidental), aunque también se las adoptó en estudios recientes del populismo latinoamericano (véase Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2017a). Esta concepción ideacional del populismo también se utilizó para medir actitudes populistas en las poblaciones (Akkerman, Mudde y Zaslove, 2014; Hawkins, Rovira Kaltwasser y Andreadis, 2018). Müller (2016: 19-20) elaboró una definición similar del fenómeno: si bien no asigna al populismo la denominación de "ideología", se acerca mucho a la descripción de Mudde: "Una manera de percibir el mundo político que sitúa a un pueblo moralmente puro y totalmente unificado –pero, en última instancia, […] ficticio– frente a unas élites consideradas corruptas o de otra manera inferiores en el aspecto moral". Ambos autores destacan:

la brecha entre "el pueblo" y "la élite", y

la homogeneidad, unificación y "pureza" moral del "pueblo".

En la base de los supuestos teóricos más amplios que subyacen al enfoque ideacional del populismo se sitúa el trabajo de dos autores fundamentales. El primero es Michael Freeden, de quien se toma la definición de qué es una ideología y cómo opera. En oposición a las visiones marxistas y gramscianas de la ideología como forma de falsa conciencia, este autor postula un abordaje "morfológico" que concibe a las ideologías como "configuraciones distintivas de conceptos políticos" que "crean patrones conceptuales específicos a partir de un conjunto de combinaciones indeterminadas e

ilimitadas" (Freeden, 1996: 4). Al estudiar las ideologías desde este punto de vista, su objetivo reside en estipular cómo se definen y disponen esos conceptos y sacar a la luz las relaciones entre conceptos centrales y periféricos. Así, ese autor distingue entre ideologías "delgadas" y "densas": las primeras no tienen más que "un núcleo restringido adosado a una variedad más reducida de conceptos políticos" y, por ende, son "limitadas en cuanto a sus ambiciones y alcance ideacionales" (Freeden, 1998: 750), mientras que las segundas ofrecen "un amplio menú de soluciones para los problemas sociopolíticos más relevantes" (Freeden, 2003: 96) y forman una "configuración de amplio alcance que atribuye significados despolemizados a una variedad de conceptos políticos que se definen mutuamente" (2003: 54).

Para los autores ideacionales, el populismo no es una ideología densa como sí lo son el liberalismo y el socialismo, sino que pertenece a la familia de las ideologías delgadas como el nacionalismo, el feminismo y las políticas verdes (Freeden, 1996, 1998). Esta caracterización del populismo como "delgado" o de "núcleo delgado" fue postulada por Mudde (2004) y Fieschi (2004) y desarrollada en mayor profundidad por Stanley (2008). En líneas generales, quienes trabajan dentro de la tradición ideacional han dado por sentada esta descripción.[2] El atractivo de este enfoque, según los especialistas, radica en que permite comprender la "capacidad [del populismo] para convivir con otras ideologías, más abarcadoras" (Stanley, 2008: 100), como también entender la manera en que "el populismo aparece casi siempre asociado a otros elementos ideológicos, que resultan cruciales para la promoción de proyectos políticos que atraigan al gran público" (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017: 6); en otras palabras, de qué manera le resulta posible al populismo asociarse con otras ideologías de centro delgado o adoptar formas de izquierda o de derecha combinándose con ideologías densas como el socialismo o el conservadurismo. Desde esta perspectiva, resulta difícil imaginar cómo sería un populismo "puro"... pues necesita convivir con otras ideologías para tener sentido: en este aspecto, la división pueblo-élite solo puede "llenarse" con el contenido de otras ideologías; de otro modo, carece de significado.

Este enfoque ha sido objeto de significativas críticas (Aslanidis,

2016a; Moffitt, 2016), ninguna más condenatoria que la del propio Freeden (2017), quien argumenta que el populismo no es una ideología sino algo todavía más "delgado", más similar a un discurso, un estilo o una modalidad discursiva. Según señala, el populismo es

> sencillamente demasiado endeble para ser siquiera delgado. […] Una ideología de centro delgado implica que existe potencialmente algo más que un centro, pero el núcleo populista es todo lo que hay, no es un centro potencial de algo más amplio o inclusivo: es raquíticamente delgado, más que de centro delgado (2017: 3).

En ese espíritu, sostiene que el populismo carece de cohesión interna; que no tiene el potencial para convertirse en una ideología "completa" o "densa" (a diferencia de otras ideologías delgadas como el feminismo o el ecologismo), y que no encaja en ninguna "familia" ideológica. Dados esos atributos, sugiere que incluirlo en la familia de "ideologías delgadas" es un error: al fin de cuentas, el populismo "carece no solo de un carácter abarcativo sino también de una especificidad sutil en lo que efectivamente ofrece" (Freeden, 2017: 10), con lo cual quiere decir que otorgarle el estatus de ideología, sea delgada o densa, es un craso error.

La segunda influencia metodológica fundamental (aunque menos explícita) en el desarrollo del enfoque ideacional del populismo proviene de Giovanni Sartori (1970, 1976), un teórico cuya labor en la formación de conceptos es seminal en el campo de las ciencias políticas. Este autor argumentó sólidamente en favor de los conceptos dicotómicos[3] del tipo "o… o…", que considera necesario desarrollar antes de distinguir grados (valoraciones del tipo más o menos) o subtipos de determinada noción. Como resultado, para muchos defensores de este enfoque, el populismo es, ante todo, un concepto binario: los partidos, los líderes y los movimientos son populistas o bien no lo son. Decir que son "algo populistas" no encaja en su enfoque: hay que poder etiquetar a los actores políticos como decididos populistas y no necesariamente medir su populismo de manera "gradualista" (para emplear el

término de Sartori).[4] También muchos siguen a Sartori en la construcción de una definición clásica y mínima del concepto: al restringirse a las características centrales y esenciales del populismo, logran construir taxonomías provechosas de subtipos, como se ha visto en relación con las divisiones entre populismo excluyente e inclusivo (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013) o entre populismo de derecha y de izquierda. Los autores ideacionales sostienen, además, que este tipo de definiciones mínimas dan respuesta al "problema del estiramiento conceptual" (Sartori, 1970: 1033), pues no son solo específicas de un período histórico o de una zona geográfica, sino que pueden trascender y "cruzar" esos límites.

Más allá de que este enfoque fue adoptado por varios teóricos (Abts y Rummens, 2007; Müller, 2016; Rovira Kaltwasser, 2014), su influencia se sintió con mayor fuerza en el campo de la política partidaria y la política comparada, por diversos motivos. Si bien los teóricos ideacionales afirman que "hay muchos autores que emplean un enfoque ideacional, aunque le rehúyan al uso del término 'ideología'" (Mudde, 2017a: 28), entre quienes incluyen a aquellos que conciben al populismo como un discurso, un estilo, un lenguaje o una práctica comunicativa, muchos de los autores asociados con esos enfoques han sido en realidad críticos del abordaje ideacional (Aslanidis, 2016a; De Cleen, Glynos y Mondon, 2018; Moffitt, 2016; Stavrakakis y Jäger, 2018). Quizá el problema fundamental sea el indicado por Mudde (2017a: 40) cuando señala que el enfoque ideacional "es de orientación empírica, es positivista y apunta a desarrollar niveles teóricos de medio alcance" –en otras palabras, muy en consonancia con la política comparada tradicional–, y muchos especialistas más orientados al discurso o la comunicación (o, también, teóricos políticos) se irritarían si fueran descriptos como positivistas. En rigor, como veremos, quienes enfocan el populismo desde un punto de vista discursivo-performativo son, en su mayoría, pospositivistas y adhieren a una ontología constructivista social.

El enfoque estratégico

El segundo enfoque fundamental identificable en la bibliografía sobre populismo es aquel que lo concibe como una estrategia. A diferencia de quienes adoptan el enfoque ideacional, los defensores del enfoque estratégico no tratan al populismo como una característica inherente a un actor político, sino como algo que se hace: en palabras de Jansen (2011: 75), el populismo no es una "cosa" o un "objeto" que estudiar, sino un "modo de práctica política". La definición exacta que asignan estos especialistas a ese modo de práctica puede variar –estrategia, modo de organización, tipo de movilización política– pero lo que los une es que ninguno de ellos se interesa por lo que los populistas afirman creer (su ideología) ni tampoco por lo que dicen o el modo en que actúan (su discurso o estilo político), sino que se enfocan en "cómo procuran alcanzar el poder y conservarlo" (Weyland, 2017: 50), y también en "los modos y medios fundamentales por los cuales un actor político accede al poder y toma y hace cumplir decisiones de autoridad" (2017: 55). Esta orientación se detecta en las definiciones básicas empleadas en este enfoque: Weyland (2001: 14) entiende al populismo "como una estrategia política con la cual un líder personalista busca obtener o ejerce el poder gubernamental basado en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado, que le brinda un gran número de seguidores que en su mayor parte no están organizados", mientras que Jansen (2011: 82) considera movilización populista

cualquier proyecto político sostenido y de gran escala que moviliza a sectores sociales por lo general marginados y los lleva a desarrollar una acción política confrontativa y públicamente visible, al tiempo que articula una retórica antielitista y nacionalista que otorga valor al individuo común.

Roberts (2003, 2015), Barr (2009) y Urbinati (2017) proponen definiciones similares.

Los principales adherentes a este enfoque trabajan, casi con exclusividad, con casos latinoamericanos de populismo; los pocos que lo aplican a otros ámbitos regionales se enfocan en el Sur Global, como Resnick (2014), que estudia el populismo en África, o P. Kenny (2017), que se centra en la movilización populista y el clientelismo en India. A diferencia de Europa, que se ha visto dominada por el populismo de derecha casi con exclusividad, América Latina ha sido testigo de populismos de muy diferentes tipos ideológicos o programáticos a lo largo del siglo XX. Este fenómeno se volvió visible con el giro abrupto del "neopopulismo" dominante en los años noventa, cuando figuras como Alberto Fujimori y Carlos Menem combinaron neoliberalismo y populismo, hacia la "marea rosa" del populismo de izquierda que tuvo lugar en el siglo XXI, en la que figuras como Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa fusionaron socialismo con populismo. Cambios tan radicales, así como la enorme diversidad ideológica involucrada, han llevado a una comprensible reticencia a aplicar una interpretación ideacional al populismo.

En el enfoque estratégico del populismo, el rol del líder es vital. A diferencia del ideacional –que presta atención al hecho de que una amplia variedad de actores puede abrazar las ideas populistas–, en el enfoque estratégico "el populismo es una estrategia política que gira en torno a un político individual. Específicamente, el populismo se funda sobre un líder personalista" (Weyland, 2017: 56). Ese acento puesto sobre el líder como actor fundamental del populismo ayuda a explicar cómo es posible que ciertos líderes populistas cambien varias veces de filiación partidaria sin que esos cambios afecten de manera negativa el apoyo popular con que cuentan. Es más, la importancia de la atracción del líder refleja "la sorprendente imprevisibilidad, variabilidad y desorganización en el ejercicio del poder gubernamental y la elaboración de políticas públicas" (2017: 60) del populismo: a menudo libres de las trabas que implican la camisa de fuerza de la coherencia ideológica o las estructuras partidarias tradicionales, los populistas tienden a dar giros de ciento ochenta grados en materia de políticas o a efectuar triunfales anuncios relativos a medidas, con escaso cumplimiento

posterior.

El enfoque estratégico también asigna importancia vital a la idea de que los líderes populistas operan a través de apelaciones no mediadas, cuasi directas, a "el pueblo", con la intención de evitar los intermediarios "normales" como los partidos y las redes clientelistas. Los estudiosos que adhieren a este enfoque señalan que los medios de comunicación han desempeñado un papel clave al posibilitar la comunicación "no mediada", en especial la televisión y las redes sociales (2017). Recurriendo a estos medios, los líderes populistas logran mostrarse en contacto "directo" con sus seguidores y comunicarse con ellos de modo instantáneo y multidireccional, si bien el trabajo empírico ha puesto en evidencia que, en la realidad, buena parte de la comunicación sigue siendo de arriba abajo (Waisbord y Amado, 2017).

Al igual que en el enfoque ideacional, es posible identificar los antecedentes del enfoque estratégico en los primeros trabajos que abordaron el tema del populismo. En el volumen compilado por Ionescu y Gellner (1969), Wiles (1969: 169) sostiene que el populismo "está laxamente organizado y carece de disciplina: se trata de un movimiento más que de un partido" y subraya la presencia de "grandes líderes en contacto místico con las masas": los dos rasgos centrales del enfoque. Este autor compila una larga lista de supuestos populistas que cuadran en dicha definición; entre ellos, los levellers, los cartistas, los narodniki y Gandhi (1969: 178). Durante ese período, también las investigaciones de Di Tella (1965) y de Smith (1969) sobre el populismo latinoamericano ponen de relieve el rol desempeñado por líderes fuertes en la forja de alianzas multiclasistas en nombre de "el pueblo".

Los teóricos que adoptan este enfoque en su trabajo toman de diversas fuentes sus fundamentos. Jansen (2011, 2017) recurre a la bibliografía de la sociología política en el campo específico de los movimientos sociales y la política confrontativa (Tilly, 2008) para desarrollar su noción del populismo como forma de movilización. Los estudios anteriores alternaban entre adoptar un ángulo "clásico" sartoriano (Weyland, 1996) y visualizarlo como un concepto radial, de "parecidos de familia" (Roberts, 1995), pero en el último tiempo esos autores tendieron a adoptar una perspectiva más gradualista.

Weyland (2017: 65), por ejemplo, ha sostenido que

un gato es un gato y un perro es un perro; pero en el mundo de la política, la complejidad conceptual y la inventiva humana difuminan (o incluso borran) esas fronteras; pueden existir tipos parciales y mixtos que las categorías conceptuales claramente definidas no consiguen captar.

En vista de este hecho, el autor aboga por una vuelta a los enfoques de conjunto difuso postulados por Ragin (2000) para tener en cuenta diferentes grados de populismo. En este contexto, una puntuación de conjunto difuso de 1.0 indicaría un populista "pleno" (que emplea con exclusividad la estrategia populista), una puntuación de 0 indicaría un no populista cabal (que no emplea la estrategia), mientras que las puntuaciones intermedias identificarían a populistas parciales (que recurren al populismo junto con otras estrategias). Aplicando este enfoque, Weyland (2017: 66) sostiene que populistas plenos son Alberto Fujimori, Hugo Chávez, Fernando Collor de Mello, Rafael Correa, Silvio Berlusconi y Pim Fortuyn. Estas figuras –que "gozaron de gran autonomía personal, fundaron sus propios vehículos electorales endebles y jamás se vieron condicionados por esos aparatos"– obtuvieron una puntuación de 1,0 en la escala de Weyland, frente a líderes con partidos bien organizados, como Luiz Inácio Lula da Silva o Michelle Bachelet, o líderes que privilegiaron "la pureza ideológica" por encima del apoyo popular, como Jean-Marie Le Pen, que obtienen una puntuación de 0 (lo cual resulta curioso, dado el lugar central que ocupa Le Pen en la bibliografía sobre el populismo en Europa Occidental). Entre los extremos se sitúan figuras como Carlos Saúl Menem, Pablo Iglesias, Jörg Haider y Yorgos Papandréu, que alcanzan un puntaje de 0,66 debido a sus vínculos estrechos con sus partidos, y Evo Morales, que obtiene 0,33 puntos en virtud de su relación con movimientos sociales autónomos. Este enfoque es objeto de críticas tanto por ser laxo en exceso como estricto en demasía. Respecto de la laxitud, Hawkins (2010a: 168) señala que esas definiciones podrían aplicarse de igual modo a

otras organizaciones, como partidos de base religiosa o sindical y movimientos milenaristas, que también cuentan con líderes carismáticos y/o bajos niveles de institucionalización en el inicio de su ciclo de vida organizacional y pueden proponerse como meta cambiar el sistema político; sin embargo, no se los considera necesariamente populistas.

En lo atinente a la excesiva restricción, surgen problemas al traducir este enfoque a otros contextos regionales. Se trata de una deficiencia que el propio Weyland (2017: 62) ha reconocido, al señalar que "la prevalencia de larga data de partidos relativamente bien organizados, programáticos en buena parte de Europa, deja escaso margen para movimientos populistas". Sin embargo, ese problema, no se ve limitado a los partidos europeos, sino que se presenta en todas las democracias avanzadas del mundo y pone de manifiesto el trasfondo –debido a la teoría de la modernización– que subyace a este enfoque. Si el populismo puede prosperar únicamente en un entorno subinstitucionalizado, donde sus adherentes no están organizados o socializados en partidos, entonces, por defecto, solo puede surgir en democracias en ciernes. Pero esta explicación no es suficiente para dar noción del gran segmento del mundo que vivencia y comprende el populismo. Es más, en muchos entornos subinstitucionalizados las fuerzas populistas están en condiciones de crear instituciones informales que persisten a lo largo del tiempo.

El enfoque discursivo-performativo

Pasamos ahora al enfoque discursivo-performativo que, por mucho, sigue siendo el más usual entre los teóricos políticos, no así entre los investigadores empíricos, preferencia que tal vez constituya un reflejo de las raíces de este enfoque en la obra de Ernesto Laclau, uno de los politólogos más influyentes de finales del siglo XX.

Esta etiqueta general abarca a una franja relativamente amplia de teóricos del campo del populismo. Muchos conciben el fenómeno como un discurso que enfrenta a "el pueblo" con "la élite"; lo que difiere, en este caso, es qué entienden esos teóricos por "discurso". Algunos (Panizza, eds., 2005; Stavrakakis y Katsambekis, 2014) son seguidores de la teoría del discurso de la Escuela de Essex, que recibe la influencia de Laclau y Mouffe (1985), combina las teorías postestructuralistas y gramscianas de la hegemonía, y concibe el discurso como intentos de fijar significados e identidades en el contexto de la lucha por el poder. Otros, en cambio, se inscriben en el enfoque del análisis crítico del discurso inspirado por Wodak (Wodak y Meyer, eds., 2001; Wodak, 2015) y Fairclough (2003), que se centra en las dimensiones lingüísticas y los efectos ideológicos del discurso.[5] Otros adoptan una definición aún más amplia del discurso (Hawkins, 2010a).[6] Y otros autores ofrecen variaciones del enfoque discursivo al considerar al populismo como una suerte de marco discursivo (Aslanidis, 2016a) o como una forma de expresión de reivindicaciones [claim-making] (Bonikowski y Gidron, 2016b). Lo que une a todas estas corrientes es su foco primario en el populismo como un tipo particular de lenguaje que tiene efectos significativos en la manera en que se estructura y obra la política (y la identidad política).

Otros autores fueron más allá del nivel discursivo lingüístico-verbal y extendieron su definición para incluir factores no verbales o performativos. La definición del populismo de Ostiguy (2017: 77) como "ostentación de lo bajo" en política refiere a esos elementos;

este autor apunta que

lo bajo y lo elevado tienen que ver con modos de relacionarse con el pueblo, y en ese sentido van más allá de los "discursos" en cuanto palabras: incluyen sin duda cuestiones relativas al acento, los niveles de lenguaje, el lenguaje corporal, los gestos y las maneras de vestir. Como modo de relación con el pueblo, también abarcan la manera de tomar decisiones en política.

De un modo afín, he argumentado que el populismo debe entenderse como un estilo político –"los repertorios de actuaciones/ performances corporizadas, simbólicamente mediadas que, realizadas ante los públicos, se emplean para crear y explorar los campos del poder que constituyen lo político" (Moffitt, 2016: 38)– que consiste en una apelación a "el pueblo" contra "la élite", los "malos modales" y una performance/actuación de la crisis, el fracaso y la amenaza.

Mientras el enfoque ideacional se aplicó mayormente en los análisis del populismo en Europa y América, y el enfoque estratégico en el Sur Global, el enfoque discursivo-performativo cuenta con mayor alcance en términos comparativos en lo que respecta a su área de aplicación: carece de una región "natural" y, como resultado, fue empleado en contextos tan diversos como Grecia (Stavrakakis y Katsambekis, 2014), Sudáfrica (Mbete, 2015), los Estados Unidos (Bonikowski y Gidron, 2016b), la Argentina (Ostiguy, 2009), Filipinas (Curato, 2017) y Australia (Moffitt, 2017a). Esta diversidad muestra la "transitabilidad" o viabilidad de las definiciones empleadas por estos analistas: a diferencia de los enfoques ideacionales y estratégicos, que tienden a universalizar subtipos regionales de populismo como si representaran el fenómeno en su totalidad, el enfoque discursivo-performativo abarca un conjunto verdaderamente global de casos. También se ha mostrado menos propenso que otros enfoques a formular aseveraciones normativas acerca del populismo en cuanto "peligro" para la democracia; en rigor, algunos de sus adherentes incluso han tomado la dirección opuesta al proponer el populismo como cura

para los males de la democracia (Mouffe, 2018).

Como ya se señaló, muchos de los autores incluidos en este grupo tienen como guía teórica a Ernesto Laclau (1977, 2005a), quien tanto en su propio trabajo como en la labor conjunta con su pareja y coautora Chantal Mouffe (Laclau y Mouffe, 1985), desarrollaron una teoría del populismo que procuró ir más allá de "las categorías básicamente sociologistas que abordan el grupo, sus roles constitutivos y sus determinaciones funcionales para llegar a la lógica subyacente que hace posibles estas categorías" (Laclau, 2000: xi). ¿Qué significa eso en un lenguaje menos denso? En pocas palabras, a diferencia de las nociones trilladas de identidad grupal empleadas en la literatura sobre populismo que tenderían a presuponer que grupos como "el pueblo" y "la élite" son preexistentes o tienen, al menos, una base sociológica clara, Laclau explicita su interés en el modo en que se forman esos grupos: para él, el populismo es, precisamente, la construcción de "el pueblo" contra "la élite". Mientras los enfoques alternativos podrían preguntar "¿quién es el pueblo?", enfocándose tal vez en las características demográficas de los votantes de partidos populistas o en personas que exhiben actitudes populistas, el enfoque discursivo-performativo se preguntaría "¿cómo se construye el pueblo?". Esta diferencia refleja la ontología socioconstructivista que subyace a este enfoque: las identidades políticas no son dadas de antemano, sino que deben ser construidas por los actores políticos. Entonces, la dimensión "performativa" de este enfoque no solo tiene que ver con la performance en el sentido teatral, que por supuesto es relevante cuando se trata de populismo, sino también con el poder de la performatividad, tal como la esbozan autores como Austin (1975) y Butler (1990): las palabras y el discurso no solo describen el mundo sino que, en realidad, operan sobre el mundo. En nuestro caso, constituyen sujetos políticos como "el pueblo" y "la élite".

Las herramientas teóricas proporcionadas por Laclau y Mouffe incluyen un vocabulario desarrollado a partir de la lingüística, el psicoanálisis y el postestructuralismo en torno a conceptos como significantes vacíos y flotantes, antagonismo, exteriores constitutivos, puntos nodales, fronteras, cadenas de equivalencia y hegemonía, un conjunto de herramientas conceptuales formales y difíciles de asir para quienes no pertenecen al campo, lo cual podría

explicar por qué su trabajo es más influyente en el mundo de la teoría que en el de la política comparada. Tanto es así que Mudde y Rovira Kaltwasser (2012: 7) criticaron la labor de Laclau en relación con el populismo por considerarla "extremadamente abstracta" y señalaron que "presenta problemas graves a la hora de analizar el populismo en términos más concretos" (2012: 6). Los estudios del campo del análisis crítico del discurso también ocuparon un lugar de influencia en este sentido (Fairclough, 2003; Wodak, 2015; Wodak y Meyer, eds., 2001); puede decirse que se trata de trabajos más "concretos", que ofrecen un conjunto de herramientas metodológicas más claras para el análisis del populismo que el enfoque de Laclau y Mouffe. En lo que respecta a la dimensión performativa, los autores se enmarcaron en la labor de Canovan (1981, 1984, 2005), Knight (1998) y Bourdieu (1977) para desarrollar una comprensión de los elementos estilísticos y socioculturales del populismo, con foco puesto en los libretos, escenarios y habitus de varios populistas.

Dado que para el enfoque discursivo-performativo el populismo es algo que se hace antes que una propiedad de los actores políticos –"un atributo del mensaje y no de quien lo pronuncia" (Bonikowski y Gidron, 2016a: 9)–, los autores que se inscriben en este marco tienden a considerar al populismo como un concepto gradacional antes que binario. Por lo tanto, es algo que los actores políticos pueden emplear en distintos términos de frecuencia e intensidad antes que una categoría solo blanca o negra. Así, es acertado decir que mientras los estudiosos ideacionales se interesan en analizar a los populistas –identificar, comparar y comprender a los actores incluidos en esa categoría–, los autores inscriptos en la tradición discursiva-performativa tienden a poner su atención en el populismo como fenómeno general, y por lo tanto lo ven como un fenómeno más difundido (otros enfoques limitarían ese alcance).

Vale la pena señalar que, mientras los teóricos discursivos-performativos suelen coincidir en una orientación socioconstructiva y centrada en la práctica, también existen diferencias significativas entre ellos. Los autores alineados con la Escuela de Essex comparten un compromiso con el esquema teórico general de Laclau y Mouffe, según el cual toda política es una lucha por la hegemonía y "todos los objetos son objetos del discurso" (Howarth y Stavrakakis, 2000:

3). Este esquema, sin embargo, ha sido criticado por sus problemáticos enunciados universales acerca de la naturaleza de la política, por su estructura teórica que se autovalida (Arditi, 2007; Beasley-Murray, 2010; Robinson, 2005), y por las dificultades que plantea tratar de emplearlo en el estudio empírico del populismo sin aplicar este esquema teórico de manera indiscriminada (Moffitt, 2016). Los analistas críticos del discurso, al igual que quienes adhieren a enfoques más performativos para el estudio del populismo, tienden a adoptar una ontología menos rígida y estricta del modo en que "funciona" la política en general. Más aún, la postura de Laclau y (en particular) la de Mouffe retratan el populismo como una fuerza positiva para la política de izquierda; sin embargo, esta no es una concepción normativa compartida por todos aquellos que se enmarcan en esta definición.

Comparación de los tres enfoques en el estudio del populismo

Si se confrontan los tres enfoques que ocupan un lugar central en la bibliografía académica contemporánea, ¿qué resultado arroja la comparación? La tabla 1.1 resume las diferencias más importantes.

Como se puede observar, existen diferencias significativas e importantes entre los enfoques, especialmente:

en términos de si el populismo se concibe

a. como un concepto binario o gradacional, y

b. como un atributo o una práctica de los actores políticos y

en función de las regiones que los autores que adoptan esos enfoques tienden a analizar.

Esas diferencias informan el modo que los autores consideran más adecuado para abordar la identificación de los actores populistas, así como para medir y analizar el populismo; además, brindan una orientación respecto de qué argumentaciones desplegarán en lo atinente a las dimensiones normativas del populismo.

Acerca de casos individuales de populismo, todos los enfoques tienden a reconocer un conjunto de nombres: es poco probable que la categorización de Perón, Chávez, Berlusconi y Trump como populistas suscite algún tipo de cuestionamiento por parte de los

especialistas. El disenso empieza a surgir en relación con el punto de inflexión binario-gradacional: para los autores ideacionales, la pregunta es si un caso es o no populista, mientras que para los estratégicos y discursivo-performativos cualquier caso es una cuestión de grados, es decir, algunos casos son más populistas que otros. Por ende, los últimos suelen tener una visión más amplia de qué constituye un caso de populismo.

Tabla 1.1. Comparación de enfoques conceptuales en el estudio del populismo

	Ideacional	Estratégico	Discursivo-performativo
¿Se concibe el p	Binario	Gradacional (co	Gradacional
¿Se considera al	Atributo	Práctica	Práctica
Autores clave	Mudde, Rovira K	Weyland, Rober	Laclau, Mouffe, Wodak,
Principales regio	Europa; América	América Latina;	Todas

Existen desacuerdos incluso dentro del enfoque ideacional, que concibe al populismo como una categoría binaria. Mientras las definiciones de Mudde y Müller son casi sinónimas o equivalentes, Müller es mucho más estricto y coherente en cuanto a custodiar las fronteras de su definición. Así, sostiene que Bernie Sanders no debe ser catalogado como populista pues su posición no postula una caracterización antipluralista, monista y unificada de "el pueblo" (Müller, 2016: 93, 2019); por su parte, los coautores de Mudde (Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2018) sostienen que Sanders fue la figura más populista en la elección presidencial y las primarias correspondientes celebradas en 2016 en los Estados Unidos, pasando por alto su propio trabajo con Mudde (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017), que afirma que el pluralismo es lo opuesto al populismo. Müller (2016: 20) señala que, "además de ser antielitistas, los populistas son siempre antipluralistas: los populistas afirman que ellos, y solo ellos, representan al pueblo", mientras que esta dimensión antipluralista constituye un criterio aplicado de manera menos rigurosa en buena parte del enfoque ideacional, ya sea por Mudde o por otros autores inspirados en su labor: Mudde y Rovira Kaltwasser (2017: 37) consideran "populistas" a entidades como el movimiento Occupy Wall Street o los partidos Podemos y Syriza, ninguno de los cuales podría llamarse antipluralista. Volveremos a ocuparnos de esta tensión en torno a la relación entre populismo y pluralismo a la hora de categorizar casos individuales en el capítulo 4.

Ni el enfoque estratégico ni el discursivo-performativo consideran que el antipluralismo o monismo de "el pueblo" sea una condición necesaria del populismo; esta característica, sumada a la concepción gradacional de ambos enfoques, implica que probablemente consideren populista una variedad más amplia de casos que los así catalogados por el enfoque ideacional. Sin embargo, el enfoque estratégico se encuentra limitado por su foco necesario en el líder: mientras es probable que los abordajes ideacional y discursivo-performativo acordaran en que el Tea Party fue un movimiento populista, el enfoque estratégico no podría categorizarlo de igual modo debido a su índole dispar y en cierto modo "carente de líder" (o, para ser más precisos, debido al hecho de contar con varios

líderes expresivos).

Con el objetivo de reconocer la riqueza y variedad de los casos considerados o interpretados como populistas en el mundo entero, el presente trabajo adhiere a la visión del enfoque discursivo-performativo en ese aspecto específico. Esto significa que aquí el populismo se entiende como a) un fenómeno no estrictamente antipluralista y b) un fenómeno que puede expresarse por medio de líderes, movimientos y partidos o adoptar su forma. Si bien algunos lectores tal vez disientan con la categorización de ciertos casos, este abordaje permite estudiar una variedad más amplia a la luz de los argumentos teóricos presentados, en lugar de limitarse a una región o subtipo específico de populismo.

Las diferencias entre enfoques también se presentan en el nivel de los debates normativos y teóricos en torno al fenómeno que aquí se estudia. Si bien existe una amplia variedad de visiones entre los autores que trabajan en cada uno de los enfoques, es justo señalar que muchas de las voces antipopulistas más destacadas (Müller) adoptan el enfoque ideacional, mientras que entre las voces propopulistas más prominentes (Mouffe) existe mayor afinidad con el enfoque performativo-discursivo. Como vimos antes, el enfoque estratégico ha ejercido un fuerte impacto en los estudios comparados sobre el populismo, aunque no se lo adoptó en gran medida en la literatura de carácter teórico. Así, el lector observará que la mayor parte de los análisis expuestos en los capítulos que siguen giran en torno a las tensiones centrales entre los enfoques ideacional y discursivo-performativo, lo cual es evidente en el capítulo 5, que trata la relación entre populismo y democracia.

Señalar todas las diferencias mencionadas no significa, sin embargo, que los enfoques carezcan de rasgos comunes. Existen solapamientos significativos entre ellos: todos subrayan la brecha entre “el pueblo” y “la élite” y asimismo, en diverso grado, todos reconocen el papel que le cabe al líder populista (sin considerarlo necesariamente esencial). Los enfoques estratégico y discursivo-performativo tratan el populismo como una práctica –algo que se hace– y como un fenómeno gradacional. Estos solapamientos indican que los enfoques aquí presentados no operan en universos distintos: en rigor, existe un consenso considerable respecto de

casos centrales de populismo; en otras palabras, todos ellos pueden dialogar. Y, por cierto, lo hacen: los autores asociados con cada enfoque continuamente construyen sobre la base de los trabajos de los otros autores e interactúan con ellos, y algunos combinan diferentes abordajes en sus análisis (Engesser, Fawzi y Larsson, 2017; Resnick, 2017; Urbinati, 2014; Van Kessel, 2014).

¿Qué conclusiones podemos derivar de una situación en la cual coexisten un disenso significativo y un acuerdo considerable en la bibliografía académica acerca de la pregunta de qué es el populismo? En primer lugar: las trilladas afirmaciones respecto de que los estudiosos del populismo no están de acuerdo en nada deben descartarse porque no son verdaderas. En segundo lugar: la existencia de tres enfoques diferentes para su estudio muestra que las aseveraciones más difundidas acerca de que no existe una definición de populismo es falsa. Estos tres enfoques cuentan con linajes intelectuales definidos, diferentes compromisos ontológicos y una variedad de metodologías asociadas, lo cual demuestra la madurez del campo de los estudios sobre esa materia en comparación con lo que ocurría veinte años atrás. En estas circunstancias, quienes afirman que el populismo “no tiene significado alguno” o carece de una definición clara no han indagado lo suficiente: al respecto, existe una bibliografía conceptual de gran riqueza. Tercero, el hecho de que los autores del campo se involucren en debates acerca del populismo debe interpretarse como un signo de la importancia y la vitalidad del concepto, no de su inutilidad. Si el debate constituyera una señal de inutilidad, entonces otros conceptos que son claves para nuestra comprensión de la política –poder, libertad, justicia, democracia– serían pasibles de igual sospecha, visto que el desacuerdo y el debate acerca de su significado son de larga data. Nadie afirmaría seriamente que esos conceptos deben borrarse de nuestro vocabulario. ¿Por qué habría de ocurrir algo diferente con el populismo?

▪

[2] Si bien fue la primera en aplicar al populismo el enfoque de la ideología propugnado por Freeden, Canovan (2002: 32) desestima

la distinción ideología densa versus ideología de centro delgado en este caso particular, aduciendo que “la falta de sustancia fuera de tal meollo [ideológico] no es de interés para nosotros”.

[3] Pese a asegurar que seguía a Sartori –y pese a que, por definición, las dicotomías contrastan solo dos elementos–, Mudde (2017a: 34) sostiene que el populismo presenta “dos opuestos claros: el elitismo y el pluralismo”, afirmación que lleva a confusión.

[4] Una importante excepción es el trabajo de los autores asociados con el Team Populism, <populism.byu.edu>, que es marcadamente gradualista (favorece las diferencias de grado por sobre las diferencias de especie).

[5] Acerca de las diferencias entre el análisis del discurso característico de la Escuela de Essex y el análisis crítico del discurso, véase Jorgensen y Phillips (2002).

[6] Si bien en la actualidad Hawkins se identifica con el enfoque ideacional (véanse Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2017a y b; Hawkins y otros, eds., 2018), su trabajo previo en el área del populismo (Hawkins, 2010a) se alinea con la concepción discursiva.

2. Populismo, nacionalismo y nativismo

El populismo no es lo mismo que el nacionalismo. Ni siquiera habría que aclararlo: un "ismo" no es igual a otro. Si lo fueran, no requeriríamos dos palabras diferentes para describir el mismo, exacto fenómeno. Pero un vistazo al modo en que se emplea en la actualidad el término "populismo" nos indica que quizá ese hecho no sea tan obvio: los títulos periodísticos confundieron una y otra vez populismo y nacionalismo al interpretar el éxito de figuras como Donald Trump, Rodrigo Duterte, Recep Tayyip Erdoğan o Narendra Modi. Esto también se aplica a la bibliografía académica: numerosos trabajos conceptuales y empíricos han mostrado dificultades para discernir dónde termina el populismo y dónde empieza el nacionalismo, o bien fusionaron las dos nociones al formular afirmaciones grandilocuentes acerca de la marcha del "populismo nacional" (Eatwell y Goodwin, 2018) o el "nacionalismo populista" (Snyder, 2017).

Si bien es cierto que el nacionalismo y el populismo a menudo hacen buena pareja –casi todos los casos destacados de populismo que forman parte del paisaje político contemporáneo combinan alguna forma de nacionalismo–, existen razones de peso para mantenerlos separados desde un punto de vista analítico. El populismo no necesita al nacionalismo para funcionar de manera correcta y el nacionalismo puede operar con eficacia sin la ayuda del populismo. Más aún, el vínculo entre populismo y nacionalismo "es un constructo inestable, una articulación contingente, determinada históricamente" (Stavrakakis, 2005: 246) antes que algún tipo de asociación automática. Dada esa situación, el presente capítulo explora tanto las diferencias como los vínculos entre populismo y nacionalismo. Recurriendo tanto al trabajo discursivo-teórico de De Cleen y Stavrakakis (De Cleen, 2017; De Cleen y Stavrakakis, 2017) como al enfoque ideacional de Mudde (2007) se muestra que, si bien el populismo y el nacionalismo emplean el significante "el pueblo", ambos adoptan lógicas diferentes, postulan

caracterizaciones distintas y, en última instancia, tienen en la mira a enemigos diferentes. A partir de allí, también se examina el modo en que los populistas situados en diferentes extremos del espectro ideológico se vinculan con el nacionalismo, y se argumenta que los populistas de izquierda tienden a operar con una forma cívica de nacionalismo mientras los populistas de derecha tienden a adoptar una forma étnica, o lo que podría entenderse mejor como nativismo. Por último, para ejemplificar las distinciones entre populismo y nacionalismo, se dirige la mirada a los casos de populismo que caen fuera del ámbito de lo nacional (y a veces de lo nacionalista), y se examina el modo en que el populismo puede operar en un nivel subestatal (municipal, provincial o regional) o trascender las fronteras nacionales (populismo internacional o transnacional).

Similitudes y diferencias entre populismo y nacionalismo

Empecemos con una pregunta básica: ¿por qué suelen mixturarse el populismo y el nacionalismo? Existen, al menos, cuatro buenos motivos por los cuales los especialistas y estudiosos del tema tienden a confundirlos. El primero es simple: muchos de los casos más resonantes de populismo también fueron casos de nacionalismo. El eslogan nacionalista de Donald Trump "Hagamos que los Estados Unidos vuelvan a ser grandes", por ejemplo, iba de la mano de sus convocatorias populistas a "drenar el pantano" de Washington; Juan Domingo Perón combinó nacionalismo argentino con populismo y obtuvo excelentes resultados. Si bien sabemos que los actores políticos rara vez son una sola cosa –líderes, movimientos y partidos pueden ser populistas, nacionalistas, de izquierda o de derecha, etc. al mismo tiempo–, parte del problema reside en que, en el habla cotidiana, no es infrecuente que uno de esos descriptores gane primacía sobre el resto y, como resultado, subsuma el carácter específico de los demás. Así, el término "populismo" suele prevalecer y acaba por absorber la noción de nacionalismo.

El segundo motivo de la confusión radica en que tanto el populismo como el nacionalismo emplean un vocabulario similar. Los dos tienden a hablar del mismo sujeto, "el pueblo" o, en otros idiomas, das Volk o folket. El significado que le asignan puede diferir: en un nivel formal las concepciones populistas suelen relacionarse con la falta de poder de "el pueblo" o con su sensación de ser "los de abajo", mientras que las concepciones nacionalistas lo vinculan con la pertenencia a un grupo étnico o cultural. No obstante, el solapamiento lingüístico entre las expresiones empleadas por ambos grupos puede desdibujar las fronteras entre esos dos significados.

La tercera razón por la cual se confunden populismo y nacionalismo es que tendemos a prestar más atención a los populistas que actúan en el nivel nacional; es decir, los populistas que captan la atención

de los medios y de la academia no suelen ser quienes se mueven en un nivel municipal o regional, sino aquellos que lograron representación nacional. Lo ya señalado es lógico: los políticos de nivel nacional suelen ser los representantes con mayor visibilidad en la escena internacional y sus acciones tienen consecuencias de mayor peso que las de un intendente o un gobernador de un estado o provincia. Así, aunque las figuras populistas en la escena nacional no sean explícita o deliberadamente nacionalistas, pese a todo tienden a emplear el léxico de un "pueblo" definido en el contexto nacional, lo cual, una vez más, deja margen para desdibujar las categorías involucradas.

Dicho tercer motivo de confusión proviene ya de la bibliografía académica sobre el populismo: abiertamente o no, numerosas definiciones académicas de populismo incorporan lineamientos del nacionalismo. Esto se aplica en particular a los trabajos académicos sobre populismo europeo, en los que "a menudo el populismo se asocia con políticas y partidos xenófobos de la extrema derecha o la derecha radical (y se considera, por ende, peligroso)" (Van Kessel, 2015: 2). En esas publicaciones, la "derecha radical populista" se ha convertido en una suerte de tipo ideal a la hora de formular teorías acerca del populismo; como resultado, buena parte de los trabajos académicos consideran que las tendencias excluyentes del nativismo o el nacionalismo, propias de la extrema derecha o de la derecha radical, son parte fundamental del populismo en general (Boomgaarden y Vliegenthart, 2007; Jagers y Walgrave, 2007; Taguieff, 1995) y, por el bien de su argumentación, pasan por alto que el populismo de izquierda, incluso en Europa, no explota la xenofobia como lo hace el populismo de derecha.

Por ser uno de los textos más influyentes del campo, el trabajo de Mudde (2007) sobre la derecha radical populista proyecta una larga sombra: muchos autores usan el término "populismo" como una forma sucinta de referirse a este tipo o "familia" específica de partidos. Sin embargo, ese uso se apoya en una interpretación errada del argumento ideacional de Mudde, que insiste en señalar que la familia de partidos de la derecha radical populista combina tres ingredientes ideológicos centrales: nativismo, autoritarismo y populismo. Pero también deja en claro que el populismo no es la característica clave en la que debe ponerse el foco: "Dado que el

nativismo, no el populismo, es la característica fundamental por excelencia de la ideología de estos partidos, 'derecha radical' debe ser el término primordial del concepto" (Mudde, 2007: 26, el destacado me pertenece). Es de lamentar que esta aseveración no haya impedido que numerosos autores empleen indistintamente las designaciones "populismo", "populismo de derecha radical" y "derecha radical populista", pese a que es muy importante cuál es el sustantivo y cuál el adjetivo en cada una de estas frases. Esa falta de cuidado en la elección de los términos (y, por ende, de los conceptos empleados) implica que

a menudo veamos el término "populismo" usado como sinónimo de populismo de derecha o de extrema derecha populista, o incluso de derecha neonazi extremista, una asociación reificada que pasa por alto tanto la diversidad global del fenómeno populista (que en la América Latina contemporánea se encuentra mayormente situado en la izquierda) así como el panorama europeo, cada día más diversificado (Stavrakakis y otros, 2017: 421).

Visto que, entre las publicaciones académicas regionales sobre populismo, la europea es probablemente la más vasta y hegemónica, la situación descripta por Stavrakakis tiene repercusiones en el modo en que teóricos y estudiosos del mundo entero tienden a abordar el tema del populismo.

¿De qué manera es posible evitar tal situación? ¿Cómo podemos distinguir teóricamente el nacionalismo del populismo, dadas las comprensibles similitudes, solapamientos y mixturas entre ellos? Es probable que el método más promisorio para comprender la diferencia entre los dos sea el propuesto por De Cleen y Stavrakakis, que recurren a un enfoque inspirado en la Escuela de Essex para definir al populismo y al nacionalismo como discursos diferentes. La fortaleza de este enfoque, según sus autores, radica en que "en lugar de concebir el nacionalismo y el populismo como proyectos políticos que representan categorías sociopolíticas preexistentes, el marco teórico-discursivo los interpreta como involucrados en la construcción discursiva de las categorías que afirman representar"

(De Cleen y Stavrakakis, 2017: 305). En otras palabras, los autores no se interesan en el nacionalismo y en el populismo como ideologías o sistemas de creencias fundados en actitudes ya establecidas respecto de “el pueblo” o “la nación”, sino en el modo en que “el pueblo” y “la nación” son producidos y construidos por discursos populistas y nacionalistas. En este contexto, definen el nacionalismo como

un discurso estructurado en torno del punto nodal “nación”, concebido como una comunidad limitada y soberana que existe a lo largo del tiempo y está ligada a cierto espacio, y que se construye mediante la oposición dentro-fuera entre la nación y sus grupos externos (2017: 308).

Esta definición puede compararse con la de populismo, que los dos autores ven como

un discurso dicotómico en el que “el pueblo” está yuxtapuesto a “la élite” según las líneas de un antagonismo abajo-arriba en que “el pueblo” se construye discursivamente como un gran grupo sin poder mediante su oposición con “la élite”, concebida como un grupo pequeño, ilegítimamente poderoso (2017: 310).

Al utilizar este enfoque, podemos encontrar al menos cuatro diferencias importantes entre populismo y nacionalismo según cómo responden las siguientes preguntas:

¿Quién es representado? El nacionalismo busca representar a “la nación” (o a “el pueblo” concebido como nación), mientras el populismo apunta a representar a “el pueblo” (concebido como “los de abajo”, los desempoderados).

¿Qué posición de sujeto se les ofrece a los votantes que podrían identificarse con cada discurso? El nacionalismo propone la posición de ciudadano de "la nación", mientras que el populismo ofrece la posición de miembro de "el pueblo".

¿Quién es el "otro" de cada una de estas posiciones de sujeto? Los otros del nacionalismo son quienes no son ciudadanos, residentes o miembros "legítimos" de "la nación", junto con otros Estados-nación; los otros del populismo son los miembros de "la élite".

¿Cómo se estructura la relación de poder entre la posición del sujeto y su otro? El nacionalismo obra con una direccionalidad horizontal, dentro-fuera, por la cual la distinción entre quienes pertenecen a "la nación" y quienes no pertenecen se basa en la calidad de miembro o la identidad construida en torno a un sentido compartido de territorio, tiempo y espacio (la distinción entre estadounidenses y no estadounidenses); el populismo, en cambio, obra con una direccionalidad vertical, de arriba-abajo, por la cual la distinción entre "el pueblo" y "la élite" tiene que ver con el poder, la jerarquía, el reconocimiento y la posición socioeconómica y cultural (adaptado de De Cleen, 2017: 343-347; De Cleen y Stavrakakis, 2017: 312; De Cleen y otros, 2019: 4-7).

La utilidad de este enfoque radica en que nos permite ir más allá de la pregunta binaria respecto de si un actor político es populista o nacionalista, y explorar el modo en que es posible articular populismo y nacionalismo juntos en ciertos proyectos políticos. Este tipo de abordaje se adapta mejor a la realidad empírica, ya que los populistas suelen recurrir al nacionalismo, y viceversa. Lo más útil de esta manera de encarar la cuestión reside en que, aunque reconozcamos que esos dos discursos pueden estar presentes a la vez, nos proporciona las herramientas conceptuales necesarias para identificar cuál de ellos ocupa un lugar preeminente; en otras palabras, podremos corroborar si el discurso central o primario en

juego en situaciones específicas es el nacionalismo o el populismo.

Asimismo, este enfoque coincide con el modo en que los investigadores ideacionales conciben la relación entre populismo y nacionalismo (Bonikowski y otros, 2019). Como se expuso en el capítulo anterior, el enfoque ideacional argumenta que el populismo es una ideología delgada o de núcleo delgado que tiene como ejes la concepción de la voluntad homogénea de "el pueblo" y el antielitismo. En virtud de esa delgadez, el populismo requiere ideologías adicionales que le aporten contenido y lo vuelvan "más denso" para dotarse de significado. El nacionalismo es una de esas ideologías que pueden proporcionar contenido al populismo y enriquecer su concepción de "el pueblo", su percepción de "la élite" y su caracterización de los otros con un significado más sustantivo. En palabras de Müller (2019: 36),

el populismo no es una doctrina, sino antes bien un marco. Y todos los populistas tienen que llenar ese marco con contenido que explique quién es "el verdadero pueblo" y qué quiere. Ese contenido puede adoptar muchas formas diferentes y puede recurrir a ideas de la izquierda o de la derecha. […] Los populistas de derecha de la actualidad recurren, mayormente, a ideas nacionalistas.

Desde un punto de vista ideacional, no tendría sentido tratar de discernir si un actor político es "más" nacionalista o "más" populista, ya que no se considera que el populismo pueda operar sin otra ideología que le provea contenido: el populismo por sí solo no tiene existencia real para quienes trabajan desde ese enfoque.

¿En qué difiere el modo en que la derecha y la izquierda populistas utilizan el nacionalismo?

Dado que populismo y nacionalismo pueden articularse, y sin duda se articulan, en un mismo proyecto político, la pregunta que debemos plantearnos es cómo son esas articulaciones en la práctica. Una buena manera de aproximarse a esa pregunta es distinguir las diferencias en el modo en que los populistas de izquierda y de derecha utilizan el nacionalismo. Mudde y Rovira Kaltwasser (eds., 2012; 2013) y Filc (2015) insinúan una respuesta al etiquetar al populismo europeo (primariamente) de derecha como "excluyente" y al populismo latinoamericano (primariamente) de izquierda como "inclusivo".

Derecha populista y nacionalismo

Los populistas de derecha tienden a definir a "el pueblo" como un grupo nacional; cuando "aseguran hablar en nombre del pueblo en cuanto a 'los de abajo', solo se refieren a (quienes consideran) miembros de la nación, con exclusión de todos los demás" (De Cleen, 2017: 349). En rigor, Müller (2019: 36) llega al extremo de sostener que "en la actualidad, todos los populistas de derecha son nacionalistas". En esa fusión de las interpretaciones nacionalista y populista de la noción de "el pueblo" lo que se trasluce es que los grupos pertenecientes a minorías étnicas o culturales, que supuestamente comparten con "el pueblo" la misma alienación socioeconómica y sociocultural –tienen el mismo perfil de clase, se encuentran en igual medida alejados de los pasadizos del poder y la influencia, y se sienten igualmente, si no más, frustrados por los caprichos de "la élite"–, quedan claramente excluidos de "el pueblo" y no comparten esa caracterización. La dimensión

sociocultural de la identidad, con las preguntas que plantea respecto de la pertenencia –aquí, en términos de nacionalismo–, prevalece sobre aspectos socioeconómicos más amplios o preguntas explícitas acerca de desigualdades de poder a la hora de establecer quién pertenece a "el pueblo".

En consecuencia, Mudde (2007) señala que debemos comprender que la derecha radical populista no es solo nacionalista sino, más específicamente, nativista. Si bien el nacionalismo puede tener tanto variantes étnicas como cívicas –las primeras, vinculadas con la homogeneidad racial o cultural; las segundas, centradas en la participación política y la ciudadanía compartida–, este autor sostiene que la inclusión de las dos variantes bajo el término "nacionalismo" no permite "diferenciar entre los nacionalistas 'moderados', en especial los denominados nacionalistas liberales, y los nacionalistas 'radicales', que son los que nos ocupan" (2007: 17). El término "nativismo" deja en claro la índole específica de los segundos; Mudde lo define como "una ideología que sostiene que los Estados deben ser habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo ('la nación') y que los elementos no nativos (personas e ideas) constituyen en esencia una amenaza al Estado-nación homogéneo" (2007: 19). La utilidad del término "nativismo" radica en que es más específico que "nacionalismo" y a la vez más amplio que otras caracterizaciones empleadas para referirse a partidos, por ejemplo "racista" (ya que el nativismo también puede ser cultural o religioso, como en el caso del partido indonacionalista Bharatiya Janata [Pueblo Indio] de Modi en India) o "antiinmigrante" (ya que a menudo no se trata de partidos con un único interés, sino que combinan varias cuestiones salientes en sus plataformas). Por lo general, el nativismo debe considerarse "una combinación de nacionalismo y xenofobia" (2007: 22).

Si bien la concepción de "el pueblo" que sostiene la derecha populista es, en efecto, nativista, es necesario reconocer que el nivel de nativismo que se despliega en esta categoría configura una suerte de espectro. Por un lado, hay populistas cuyo nativismo es explícito. Un buen ejemplo lo constituye Geert Wilders, líder del Partij voor de Vrijheid (Partido de la Libertad) de los Países Bajos, cuyo claro enemigo son los inmigrantes, en particular los seguidores del islam. Su blanco específico son los marroquíes, a quienes considera

enemigos del pueblo holandés; Wilders fue hallado culpable de incitación al odio contra este grupo. También tenemos el ejemplo australiano de One Nation (Una Nación), de Pauline Hanson (1996: 3681), cuando alertó que Australia se encontraba "en peligro de verse inundada por asiáticos" y veinte años después afirmó que su país estaba "en peligro de verse inundado por musulmanes, portadores de una cultura y una ideología incompatibles con la nuestra" (Hanson, 2016: 937). En estos casos, el enemigo fundamental de "el pueblo" es un otro étnico o cultural; el nativismo, como la xenofobia que lo acompaña, es evidente: la existencia de otros étnicos en el sistema de gobierno holandés o australiano se percibe como una clara amenaza a la identidad y la seguridad de "el pueblo holandés" o "el pueblo australiano" (y, para añadir el toque populista, "la élite" es responsable de permitir el ingreso de esos inmigrantes al país y de defender el multiculturalismo). Además, existen casos como el de Nigel Farage, exlíder del UK Independence Party (UKIP, Partido de la Independencia del Reino Unido) y actual líder del partido Brexit, quien, pese a no ser amigo de las minorías étnicas, tiende a dirigir su nativismo sobre todo contra Bruselas y la Unión Europea. La percepción nativista de "el pueblo" indudablemente constituye un elemento clave de su discurso, pero su estrategia primaria radica en destacar la soberanía y el control ante una élite transnacional. De hecho, la incomodidad de Farage con el exclusivismo étnico explícito –o la percepción del limitado atractivo electoral de esa postura en un sistema de mayoría simple en un país decididamente multicultural– quedó clara cuando en 2018 sostuvo que no se debía permitir que Tommy Robinson, exlíder de la English Defence League (Liga de Defensa Inglesa), ingresara al UKIP, a menos que el partido estuviera dispuesto a enfrentar una "marginación total y absoluta". Y más tarde agregó: "No queríamos en el partido a nadie que estuviera contaminado por organizaciones que consideramos ubicadas en la extrema derecha de la política británica" (cit. en Hornall, 2018). Así, aunque la derecha populista puede ser casi uniformemente nativista, el contenido discursivo y la centralidad de ese nativismo difiere de un caso a otro. Algunos populistas de derecha se muestran más nativistas que otros.

Si el nativismo constituye un elemento esencial en la derecha populista, entonces, ¿qué diferencia a esos nativistas de los racistas

o fascistas hechos y derechos, que también promueven el nacionalismo étnico, aunque de maneras más virulentas? Existen al menos dos diferencias que es importante señalar. Una de ellas es que la derecha radical populista (como es obvio) combina su propia clase de nativismo con populismo y juega con la ambigüedad del significante "el pueblo" con excelentes resultados: lo enfrenta no solo con "la élite", sino también con los "otros" no nacionales. Como apuntó Judis (2016a), la derecha populista tira golpes hacia arriba y hacia abajo, contra "la élite" y las minorías, respectivamente. Pero ni los nacionalistas, ni los racistas ni los fascistas dirigen sus ataques necesariamente contra "la élite": a veces, solo tienen como blanco a las minorías. Es más, estos grupos no afirman, como regla, ser los portavoces de "el pueblo" ni tampoco emplean ese significante en su discurso, y muchas veces hablan en forma explícita de grupos raciales o étnicos, como hemos visto en los últimos años en el ascenso de la derecha alternativa [alt-right] (Hawley, 2017) que propugna el nacionalismo blanco o el fascismo en términos inequívocos. En una vena similar en lo que respecta al procedimiento, si bien quienes se sitúan en la derecha populista tienden a no ser fanáticos de la democracia liberal, a menudo abogan por la democracia en cuanto sistema mayoritario, y esto es más de lo que puede decirse respecto de los fascistas o muchos nacionalistas étnicos, que por lo general consideran que la democracia es un régimen político fútil y débil y expresan sin ambages su desprecio por las masas ("el pueblo"), que describen como estúpidas, ordinarias y desinformadas. La centralidad del nativismo en la derecha populista ha dado lugar a debates acerca de si en efecto la categorización de esos partidos es acertada: algunos afirman que los partidos llamados de derecha populista son nacionalistas, más que populistas, y que deberían denominarse en función de esta característica. Rydgren (2017: 486), por ejemplo, afirma: "Estos partidos se definen sobre todo por el nacionalismo étnico, no por una ideología populista; […] etiquetarlos como 'partidos populistas' conduce a error, pues el populismo no es la característica más relevante de esta familia partidaria". En la misma línea, Pappas (2016a) sostiene que muchos de los partidos considerados populistas de derecha han sido erróneamente clasificados: partidos como el Partij voor de Vrijheid de los Países Bajos, el Frente Nacional Francés actualmente denominado Rassemblement National (Agrupación Nacional), el Freiheitliche

Partei Österreichs (Partido de la Libertad de Austria), el Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania), el UKIP y todos los partidos escandinavos "populistas" de derecha son nativistas y no populistas. Estas aseveraciones son consonantes con el argumento ideacional de Mudde sobre la importancia de categorizar a estos grupos como miembros de la familia de partidos populistas de derecha radical antes que como integrantes de un populismo de derecha radical delineado ampliamente. También encajan con la perspectiva discursiva propuesta por De Cleen y Stavrakakis, dado que los criterios formales definidos por estos dos autores los alinean con el nativismo. Lo dicho no significa que estos actores políticos no puedan ser a un tiempo nativistas y populistas (sin duda, lo son); sin embargo, nos lleva a comprender la importancia de establecer qué ideología o discurso es el fundamental. Para otros autores ideacionales esa pregunta es irrelevante: el populismo siempre se combina con otros contenidos ideológicos, de modo que no importa cuál sea el elemento fundamental. Es más, en una lectura ideacional, la homogeneidad de "el pueblo" encaja naturalmente con el nacionalismo, cuestión que hace que cualquier tipo de separación entre ambos sea difícil de comprender, aunque Mudde no lo explica en su análisis del nativismo y el populismo. Los autores discursivo-performativos, por otro lado, dirían que se puede y se debe distinguir entre ambos en el nivel formal: la diferencia radica en que estos estudiosos no insisten en la homogeneidad de "el pueblo" como una característica del populismo.

La izquierda populista y el nacionalismo

¿Cuál es la situación de la izquierda populista? Es innegable que el nacionalismo también ha sido utilizado por muchos partidos, figuras y movimientos de izquierda identificados como populistas: tanto en América Latina, donde Juan Domingo Perón, Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa recurrieron al nacionalismo para construir sus regímenes populistas, como en Europa, donde proyectos como Syriza y Podemos exhiben matices claramente nacionalistas. Sin embargo, es importante señalar respecto de la

forma de nacionalismo utilizado por la izquierda que no se trató de un nacionalismo explícitamente excluyente o, en otras palabras, que la izquierda populista no está constituida por nativistas. La identidad de "el pueblo" cuya representación se adjudica no tiende a tener los matices raciales o étnicos[7] que presenta la derecha populista; es más probable que la construcción de un "pueblo" nacional por parte de la izquierda tenga que ver con reunir un grupo diverso de "los de abajo" unidos en la frustración de ser excluidos del poder político y económico por las élites nacionales y transnacionales. En efecto, su nacionalismo tiende a girar en torno a cuestiones vinculadas con la soberanía nacional y, en muchos casos, a sospechas sobre potencias transnacionales y entidades tales como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y la Unión Europea. Es más, esos llamamientos a luchar por la soberanía suelen referirse a la soberanía económica, a diferencia del habitual llamado a la acción de la derecha populista orientado a detener amenazas culturales o garantizar la "seguridad nacional":

En la izquierda, la articulación de intereses populares y nacionales alcanzó su mayor relevancia en la resistencia contra las políticas neoliberales "impuestas" por élites supranacionales o extranjeras (en colaboración con las élites nacionales) que socavan la soberanía nacional (De Cleen, 2017: 354).

Así, el nacionalismo al cual recurre la izquierda populista suele ser una forma de nacionalismo cívico, a diferencia del nacionalismo étnico o el nativismo que caracteriza a sus contrapartes de la derecha. Si bien la identidad nacional puede revestir importancia –o incluso ser fundamental– en su proyecto político, esta variedad identitaria no se basa sobre la homogeneidad étnica o cultural, sino que tiene como premisa la ciudadanía compartida y la participación política en el marco del Estado. Este factor se vuelve evidente cuando se comparan populismos a ambos lados de la brecha ideológica en la Francia contemporánea. Mientras el Rassemblement National de Marine Le Pen propone una versión del nacionalismo étnico que tiene como enemigo al multiculturalismo y

los musulmanes, La France Insoumise (Francia Insumisa) de Jean-Luc Mélenchon pone en escena una forma de nacionalismo cívico con marchas durante las cuales se agitan banderas francesas y se corea La Marsellesa; asimismo, Mélenchon sostiene una noción mucho más pluralista y diversa respecto de quiénes integran el pueblo nacional. Esa noción se refleja, tal vez, en el hecho de que él, secularista declarado, fue el candidato más popular entre los votantes musulmanes en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 (Roy, 2017).[8]

La ausencia de un nacionalismo excluyente o nativismo en la izquierda populista, y su adhesión a un nacionalismo cívico, también se ejemplifica en el reconocimiento por parte de varios populistas latinoamericanos de la existencia de múltiples naciones dentro del Estado. En 2008, durante el mandato de Rafael Correa, Ecuador sancionó una nueva Constitución que reconoce la condición del país como Estado plurinacional (Becker, 2012); lo mismo ocurrió al año siguiente en Bolivia, durante el gobierno de Evo Morales (Postero, 2017). En Europa, mientras tanto, Podemos ha hecho de alguna manera lo propio al manifestar la necesidad de un marco constitucional que reconozca a España como un Estado plurinacional para distender el tema de la independencia catalana (Iglesias, 2017).

Esta idea más “inclusiva” del nacionalismo practicado por los populistas de izquierda no lo vuelve necesariamente deseable desde el punto de vista normativo. Por un lado, los populistas de izquierda no siempre cumplen sus llamamientos o promesas en este terreno: el plurinacionalismo de Correa y Morales fue más teórico que real, pues en la práctica terminaron por limitar los derechos de los pueblos originarios y criminalizar las protestas contra la extracción de recursos naturales en sus países. Por otro lado, inclusión no significa automáticamente democracia, como observa De la Torre en su estudio del modo en que los dos casos más paradigmáticos de populismo en América Latina, Chávez y Perón, combinaron populismo y nacionalismo:

Si bien el populismo en América Latina fue inclusivo, no era democrático. A pesar de su retórica y políticas inclusivas de

construcción nacional y empoderamiento popular de la nación, Perón y Chávez erigieron gobiernos autocráticos. […] Cumplieron sus promesas de incluir a los pobres política, económica y culturalmente. No obstante, esos procesos de inclusión condujeron a regímenes autocráticos porque la lógica de la confrontación populista negaba la existencia de espacios democráticos para los opositores, construidos como enemigos de los pobres y de la nación (De la Torre, 2017b: 386-7).

Los autores ideacionales argumentarían que es aquí donde se llega al límite en lo referido a las posibilidades de que la concepción más inclusiva de "la nación" que ofrece el nacionalismo cívico se adecue a la noción antipluralista de "el pueblo" que propone el populismo.

¿Cómo es un populismo no nacional?

Ya establecimos en las páginas precedentes que populismo y nacionalismo no son una misma cosa; sin embargo, también vimos que los populistas a menudo a) actúan en el nivel nacional, y b) combinan populismo y nacionalismo tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político. Sin embargo, el panorama completo no es este: existen diversos ejemplos de populismo que son no nacionales pero que, así y todo, interactúan con el nacionalismo y el nativismo en modos que revisten interés. Si bien es probable que esos casos no atraigan tanta atención popular o académica como los nacionales, un breve examen puede echar luz sobre el modo en que es posible construir "el pueblo" en oposición a "la élite" fuera del contexto nacional conocido y sin necesariamente caer en el uso de tropos nacionalistas. Estos casos pueden encontrarse bien por debajo del nivel nacional (populismos municipales, provinciales y regionales) o bien por encima de ese nivel (populismo internacional y transnacional).

Populismo municipal y provincial

"Populismo municipal" remite al populismo cuyo radio de acción es el nivel metropolitano. Es probable que el caso más conocido de populismo municipal sea el del difunto Rob Ford, alcalde de Toronto (Canadá) entre 2010 y 2014. Ford alcanzó gran notoriedad cuando en 2013 una filmación que lo mostraba fumando crack atrajo la atención de los medios internacionales. Lo que era menos conocido de Ford, fuera de Canadá, era su perfil como populista de derecha (Silver, Taylor y Calderón-Figueroa, 2019). Sin embargo, lo que lo diferenciaba de los populistas de derecha que recurrían al nacionalismo como herramienta de exclusión era que su populismo

carecía de matices raciales o nativistas explícitos: como alcalde de una de las ciudades más diversas de América del Norte, Ford dependía de los votos de minorías étnicas que se identificaban como parte de su "pueblo". En consecuencia, la construcción de "el pueblo" en oposición a "la élite" llevada adelante por Ford tradujo esas categorías a otras equivalentes que se adecuaban al contexto municipal: "el pueblo" estaba integrado por los habitantes de los suburbios de Toronto, étnicamente diversos, y "la élite" estaba compuesta por los urbanitas que residían en el centro de la ciudad. Ford combinó el mensaje de "no más guerra al automóvil" con la convocatoria a "terminar con los que nadan en la abundancia" [Stop the Gravy Train] en el Ayuntamiento, con el fin de mostrar la falta de contacto de quienes vivían en el centro de la ciudad con las vidas "reales" de los residentes del Gran Toronto (Filion, 2011). Doug, el hermano mayor de Rob, logró llevar ese mensaje populista al nivel provincial al ser elegido premier de Ontario en 2018. Durante su campaña junto al Progressive Conservative Party (Partido Conservador Progresista) de Canadá, con el eslogan "Por el pueblo", el mayor de los Ford enfrentó a los habitantes de Ontario –trabajadores y contribuyentes cumplidores– con las élites, que, en sus palabras, "desprecian al común de la gente mientras beben champaña con sus meñiques levantados" (cit. en Kassam, 2018). Pero su mensaje no estaba formulado en el lenguaje del nacionalismo, el nativismo o la raza: antes bien, se enmarcaba en la percepción de las personas "reales" que viven fuera de la burbuja de Toronto, personas que "saben bien cómo son las cosas", a diferencia de la élite torontesa, desconectada del pueblo y adicta al gasto público. Otros ejemplos de populismo municipal incluyen los gobiernos de Rodrigo Duterte en la ciudad de Davao y de Joseph Estrada en Manila, los dos en Filipinas (véase Garrido, 2017).

Populismo regionalista

La actividad del populismo regionalista se da por encima del populismo municipal o el provincial y por debajo del nacional, que ya está bien documentado. El ejemplo más claro y quizá más

exitoso de populismo regionalista es la Lega Nord (LN) de Italia. Antes de abandonar la denominación original eliminando el "Nord" y adoptar, con gran éxito, el sencillo nombre de "Lega" bajo el liderazgo de Matteo Salvini en la elección general de 2018, este partido se describía como representante de "el pueblo" de la Padania, una región (la cuenca del Po) que recortó en el norte de Italia. Creado en 1991, reunió inicialmente una diversidad de ligas, organizaciones y movimientos autonomistas de la región y logró expresar "los problemas del Norte como un asunto de centro-periferia enmarcado en un discurso populista en términos de 'el pueblo' contra 'la élite'" (McDonnell, 2006: 126). A la creciente disparidad económica entre un Norte afluente y un Sur más pobre y menos desarrollado, la Lega añadió una actitud de hostilidad contra las élites y las instituciones a las cuales culpó de promover y exacerbar esa brecha, lo cual provocó el deterioro de la situación del Norte meritorio –"el pueblo"– y le robó su soberanía. En lo que constituye una inversión de las marcas de clase de "el pueblo" y "la élite" observadas en el ejemplo de los hermanos Ford –en el cual "el pueblo" aparecía como sencillo y decente, y "la élite" como altanera y presumida–, en el discurso de la LN "el pueblo" –es decir, los habitantes del Norte– se veía como refinado e industrioso mientras "la élite" –los residentes del Sur– se presentaban como haraganes, corruptos, atrasados y burdos. Si bien en un principio el partido ejerció presión en favor de la secesión de Italia del Norte, su cambiante fortuna electoral a fines de los años noventa lo llevó a moderar esas demandas y focalizarse en el federalismo y la descentralización, con el objetivo de obtener mayor autonomía para esa área. En pocas palabras, aunque el populismo regionalista de la Lega exhibía claros matices nativistas –al concebir a los habitantes de la Padania como más trabajadores, más educados y, en general, de un carácter superior al de los nacidos en el Sur– su enfoque no evolucionó hacia el nacionalismo sino hacia el regionalismo, cosa que hoy ha cambiado. Existen otros ejemplos de populismo regionalista, como la Lega dei Ticinesi (Liga de Ticino) en Suiza (Albertazzi, 2007), el Plaid Cymru (Partido de Gales) (Massetti, 2018), y una cantidad de partidos y movimientos secesionistas en Cataluña (Barrio, Barberà y Rodríguez-Teruel, 2018); pero Albertazzi, Giovannini y Seddone (2018: 646) señalan que "la Lega en la actualidad se destaca como el único partido 'regionalista' occidental que se ha volcado al nacionalismo". Bajo el liderazgo de

Salvini, la Lega se concentra ahora en los reclamos etnonacionalistas más conocidos de la derecha radical populista europea: ha pasado de tener como objetivo Roma para considerar a Bruselas y la Unión Europea como los enemigos de "el pueblo", además de adoptar una agenda claramente nativista y antiinmigrante.

Populismo internacional

Por sobre el nivel nacional, se observan fenómenos a los que es posible denominar como "populismo internacional" y "populismo transnacional". "Populismo internacional" refiere a aquellos casos en los que populistas (nacionales) cooperan o se coordinan internacionalmente (De Cleen, 2017; Moffitt, 2017c). El ejemplo más destacado de esta categoría es la cooperación entre partidos populistas en el Parlamento Europeo, en el marco del grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa y el grupo Europa de las Naciones y la Libertad; el primero incluye a Alternative für Deutschland, Movimento 5 Stelle y UKIP, mientras que el segundo incluye Rassemblement National, Vlaams Belang (Pertenencia Flamenca o bien Interés Flamenco), Freiheitliche Partei Österreichs, la Lega y el Partij voor de Vrijheid. Otro ejemplo es la cooperación entre líderes populistas de izquierda en América Latina para conformar la organización intergubernamental Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Lo que se observa en cada una de estas situaciones es una alianza internacional, casi siempre pasajera, entre populistas que comparten una percepción común de "la élite" pero adoptan una concepción de sólida base nacional respecto de "el pueblo". Para ejemplificar lo dicho: cuando los populistas de derecha que integran los grupos del Parlamento Europeo recién mencionados se unen para enfrentar a "el pueblo" contra "la élite" de Bruselas y expresar su disgusto con la Unión Europea, siguen representando en forma individual a "pueblos" delimitados dentro de las fronteras nacionales. Nigel Farage no habla en nombre de "el pueblo" (o "los pueblos") de Europa, sino que aspira a representar a "el pueblo" británico. La antipatía

compartida por Bruselas no es el sentimiento de “el pueblo” europeo, sino el sentimiento de “pueblos” con soberanía nacional que comparten un enemigo común. Así, los vínculos entre populistas en el marco de los populismos internacionales son de carácter estratégico y procuran lograr fortaleza numérica: un matrimonio por conveniencia antes que un intento por construir un “pueblo” nuevo, transnacional. En suma, la estrategia del internacionalismo siempre ocupa un segundo lugar respecto del persistente nacionalismo de las articulaciones populistas individuales de “el pueblo”. El populismo internacional puede entonces concebirse como “una suerte de metapopulismo” donde “se construye una cadena de equivalencia populista entre populismos: diferentes populismos con sus especificidades se reúnen a partir de la oposición a élites internacionales, transnacionales o extranjeras (y a élites nacionales similares)” (De Cleen, 2017: 356).

Populismo transnacional

La última forma de populismo que busca ir más allá del nexo nacionalismo-populismo es lo que en otros trabajos he denominado "populismo transnacional" (Moffitt, 2017c). Eludiendo la situación del "matrimonio por conveniencia" típica del populismo internacional, el transnacional procura trascender las caracterizaciones particulares y diferentes de un "pueblo" delimitado nacionalmente y construir, en cambio, un "pueblo" transnacional, una caracterización de "el pueblo" que supera las fronteras nacionales (o de la cual se habla en un nivel superior al del Estado-nación). Los ejemplos de esta forma de populismo son escasos, pero el mejor articulado es el DiEM25, Movimiento Democracia en Europa 2025, lanzado en 2016 por Yanis Varoufakis, exministro de economía de Grecia (De Cleen y otros, 2019). El DiEM25 se atribuye hablar en nombre de "el pueblo" de Europa y tiene una misión transnacional explícita. El fundador del DiEM25 lo describe como un "movimiento paneuropeo transfronterizo" que, en lugar de construir a partir del nivel del Estado-nación, "empieza en el nivel europeo para tratar de crear consensos y luego se mueve hacia abajo" (Varoufakis, 2016: 33). Con el objetivo de alcanzar la democratización de la esfera política europea, el DiEM25 se sitúa en la vereda de enfrente de "la élite" de Europa, incluida "la burocracia de Bruselas", la "Troika", "el poderoso Eurogrupo", "los banqueros rescatados financieramente", "las corporaciones", "los magnates de los medios" y "los gobiernos que alimentan la cruel desigualdad" (DiEM25, 2016: 1). Por otro lado, busca reunir a "el pueblo": "Una identidad transnacional creada por nosotros mismos: europeanismo radical, antiautoritario, democrático" (Varoufakis y otros, 2016). También existen elementos de este populismo transnacional en la caracterización de "el pueblo" que ofrecen los movimientos Occupy e Indignados de principios de la década de 2010 (Aslanidis, 2018). El punto fundamental radica en que, si bien estas formas de populismo todavía reconocen en casi todos los casos la soberanía de "pueblos" localmente delimitados, también efectúan

un intento inequívoco de superar lo nacional y construir y representar a “el pueblo” más allá de esas fronteras.

* * *

En líneas generales, en el presente capítulo se argumentó que el nacionalismo y el populismo no necesitan (y en rigor, no deben) confundirse ni fusionarse. Hemos visto que hay diferentes formas de populismo que evitan el nacionalismo (y más allá de ellas, formas de nacionalismo que se esfuerzan por eludir el populismo y presentan a “la élite” como salvadora de la nación). Fusionar los dos fenómenos no resulta útil: lleva a que líderes decididamente no populistas (pero sin duda nacionalistas) como el presidente ruso Vladímir Putin o el presidente chino Xi Jinping queden englobados en la misma categoría que Pablo Iglesias, Evo Morales y otros similares (véase Wallace-Wells, 2016), una simplificación excesiva de escasa claridad comparativa o conceptual que fuerza a la noción de populismo a funcionar como una descripción abreviada de una variedad de otros “ismos” y fenómenos: nacionalismo, nativismo, autoritarismo, chauvinismo, machismo, etc. En el peor de los casos, esa senda desemboca en una aplicación retorcida de la ley de Godwin a la teoría política: cuanto más confundimos el populismo con el nacionalismo y el nativismo, más cerca estamos de efectuar comparaciones (erradas) con Hitler.

Esto no significa que el populismo y el nacionalismo no funcionen bien juntos: claramente lo hacen y, a juzgar por el paisaje político contemporáneo, hay mucho para ganar si se apuesta a la noción de “el pueblo”, con sus apelaciones no solo a “los oprimidos” (populismo) y a un grupo con fronteras étnicas o nacionales bien definidas (nacionalismo), sino también a un sujeto soberano que es, en última instancia, árbitro de su propio destino político. Sin embargo, el hecho de que populismo y nacionalismo accionen juntos de manera eficiente y efectiva no significa que sean lo mismo: como se mostró a lo largo del análisis, abordarlos como fenómenos diferentes nos permite ver que, pese a sus numerosas

similitudes, ambos divergen en términos de a quién o qué afirman representar, la posición del sujeto que ofrecen, quién es “el otro” de “el pueblo” o “la nación”, y cómo se estructura la relación de poder básica que subyace en ambos fenómenos. La posibilidad de establecer esa distinción es útil no solo desde una perspectiva discursivo-performativa sino también ideacional, en la medida en que diferenciar estos fenómenos en el nivel formal puede brindarnos una mayor comprensión del modo en que la ideología delgada del populismo se articula con el nacionalismo.

■

[7] Una excepción importante a esta regla es Evo Morales, cuya combinación de apelaciones populistas y étnicas, dirigidas en particular a los pueblos indígenas y afrolatinos, ha llevado a Madrid (2008) a referirse a su caso como “etnopopulismo”. Madrid destaca que esas apelaciones a lo étnico son inclusivas, a diferencia de las excluyentes formuladas por la derecha populista. Cheeseman y Larmer (2015) argumentaron que el etnopopulismo también está presente en el contexto africano.

[8] Esto no significa que los populistas de izquierda adhieran a la interseccionalidad o la particularidad cuando se trata de identidades políticas. En rigor, suelen emplearse nociones de “el pueblo” basadas sobre la pertenencia de clase para anular diferencias internas del grupo, como el asedio contra Bernie Sanders, quien recibe persistentes acusaciones de pasar por alto las cuestiones raciales (Arceneaux, 2016). Sin embargo, esos pecados de omisión en nada se asemejan a la elección activa de las minorías étnicas, religiosas o culturales como blanco sobre la que se funda el nativismo de los populistas de derecha.

3. Populismo y socialismo

Pese a que la relación del populismo con el nacionalismo y el nativismo es la que tiende a atraer mayor atención en la era de Trump y el Brexit, el otro gran tema, que a veces se pasa por alto, es la relación entre el populismo y el socialismo. En rigor podría argumentarse que populismo y socialismo tienen una relación de más larga data que populismo y nativismo, puesto que fueron reclamos socialistas los que impulsaron el US People's Party (Partido del Pueblo de los Estados Unidos) y los narodniki rusos, a menudo citados como los primeros ejemplos de populismo, y asimismo muchos otros casos de "populismo clásico" en América Latina en las décadas de 1940 y 1960. Más recientemente, destacadas figuras populistas situadas a la izquierda del espectro político abogaron por proyectos socialistas, desde el socialismo del siglo XXI de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa en América Latina, o el socialismo democrático de Bernie Sanders en los Estados Unidos, hasta la reconfiguración de los principios socialistas en Europa por parte de Syriza y Podemos. Sin embargo, la relación entre populismo y socialismo está signada por cierta tensión. Si bien comparten varios elementos en común, en especial una marcada desconfianza y un fuerte antagonismo hacia "la élite", también divergen en muchos factores relevantes. Esa tensión se vuelve más evidente dado que el socialismo promueve una política de clases y convoca a la "clase trabajadora", en lugar de dirigir su llamamiento a "el pueblo" como hace el populismo.

En este capítulo se exploran tanto las similitudes como las divergencias entre esos dos polos. En primer lugar, se examina por qué y de qué manera el socialismo y el populismo han sido una combinación frecuente: se reseñan sus coincidencias y se estudia el modo en que ambos se han asociado en varios ejemplos contemporáneos de populismo de izquierda en el mundo entero. Luego se indaga dónde y cómo el populismo y el socialismo siguen caminos diferentes. Se observan los contrastes entre las diferentes

nociones de “el pueblo” en el socialismo y el populismo, y se argumenta que el primero concibe la construcción de “el pueblo” liberado del estorbo de la división de clases como meta, mientras el segundo entiende la existencia de “el pueblo” como un hecho básico o dato de la política. Por último, se analizan argumentos propuestos por Mouffe (2018), Laclau (2005a) y otros autores, quienes afirman que el populismo de izquierda ofrece un camino “superador” de los desafíos que se presentan al (desde su perspectiva) declinante proyecto de la democracia social. El populismo de izquierda, según estos autores, cuenta con un potencial para los progresistas muy superior al del supuestamente esencialista y desactualizado discurso del socialismo. El capítulo finaliza con una evaluación crítica de esa afirmación, en especial a la luz del menguante éxito de los populistas de izquierda en el paisaje político contemporáneo.

Qué comparte el socialismo con el populismo

Comencemos con los posibles solapamientos entre populismo y socialismo: aquello que los llevó a trabajar aceptablemente bien juntos en numerosos casos empíricos a lo largo de la historia, en grado tal que Laclau (1977: 196-197) argumentó que "no existe socialismo sin populismo, pero las formas más altas del populismo solo pueden ser socialistas". Para explorar esta relación, debemos empezar por comprender los lineamientos centrales del socialismo en cuanto ideología; si bien el socialismo es a todas luces un universo amplio, tiene cinco temas conceptuales medulares que son comunes a todas sus variantes: "La índole constitutiva de la relación humana, el bienestar humano como objetivo deseable, la naturaleza humana como activa, la igualdad y la historia como ámbito del cambio (en última instancia) benéfico" (Freeden, 1996: 425-426). Trataremos cada uno de esos temas y analizaremos de qué manera se desarrollan cuando se combinan o contrastan con el populismo.

En primer lugar, la noción de la índole constitutiva de las relaciones humanas. En oposición al liberalismo, que tiende a posicionar al individuo como unidad primaria del análisis político, el socialismo asigna a los grupos –y a la identidad de grupo– un lugar central en la existencia humana. Esta idea se encuentra expresada más vigorosamente en la afirmación de Marx (1977: 89): "La sociedad no consiste en individuos, sino que expresa la suma de las relaciones y condiciones en las que los individuos se encuentran recíprocamente situados". El populismo comparte las tendencias holísticas del socialismo: tiende a hablar no de individuos sino de dos grupos antagónicos que estructuran el campo político: "el pueblo" y "la élite". Es razonable afirmar que, en su forma más concentrada, tanto el socialismo como el populismo sostienen que los miembros del grupo deberían superar el egoísmo del individualismo y entregarse a "el pueblo" o sacrificarse en su nombre; en otras palabras, "el avance al socialismo solo puede consistir, en ese sentido, en una larga serie de luchas mediante las

cuales el socialismo reafirma su identidad popular y 'el pueblo' sus objetivos socialistas" (Laclau, 1977: 197).

Segundo, la idea de que el bienestar humano es un objetivo deseable. Para los socialistas, la abolición de la pobreza es un objetivo primario, no limitado a la eliminación o la reducción de la explotación en las relaciones laborales (y en las relaciones de poder en general); la idea es que esos cambios lleven a un incremento de la felicidad, el bienestar, la educación y el progreso de la comunidad en su conjunto. En otras palabras, los cambios económicos asociados con el socialismo también introducirían cambios éticos beneficiosos en el seno de la sociedad. Si bien esta posición aparece en el programa de muchos populistas de izquierda –como resultado de su postura ideológica de izquierda antes que en virtud de su populismo–, estudios recientes mostraron que los gobiernos populistas, a ambos lados de la brecha ideológica, también tienden a lograr una reducción de la desigualdad económica (Ruth-Lovell, Doyle y Hawkins, 2019). Una vez más, ese efecto es más pronunciado en la izquierda populista, pero la tendencia también se observa en los populistas de centro y de derecha. "Lo que sugieren estos datos es que los niveles generales de desigualdad se han reducido en mucha mayor medida bajo estos gobiernos populistas que bajo otros tipos de gobierno", sostiene Doyle (en Lewis, Clarke y Barr, 2019). Curiosamente, esta investigación mostró que los populistas no tienden a reducir la desigualdad aplicando las medidas socialistas "habituales" –impuestos y transferencia de riqueza–, sino por medio de políticas como "salarios mínimos, posiblemente acciones orientadas a la formalización de la fuerza de trabajo o límites a la generación de ingresos por parte de los muy acaudalados" (Ruth-Lovell, Doyle y Hawkins, 2019: 5). Esto es lo que ocurre en Europa, donde varios partidos de la derecha radical populista adoptaron el "chauvinismo del bienestar" y están a favor de la existencia de una sólida red de seguridad social, pero solo para los ciudadanos nacidos en el país (Keskinen, Norocel y Jørgensen, 2016). Esas políticas tienden a dificultar la comprensión de estos actores políticos en función de la tradicional división ideológica izquierda-derecha, pero también hablan de la centralidad de la noción del bienestar humano como objeto deseable (aunque, en el caso del populismo de derecha, ese bienestar quede reservado a ciertos seres humanos).

El tercer tema conceptual del socialismo es su concepción de una naturaleza humana activa y productiva; el trabajo es visto como un aspecto "natural" e inherente a la especie. Marx (1977: 370) sostenía que el trabajo "es una actividad creadora, positiva" , mientras que Saint-Simon (1975: 158) señalaba que "consideramos a la sociedad como el ensamblaje y la unión de hombres abocados al trabajo productivo. No podemos concebir otro tipo de sociedad". Aquí encontramos una descripción de "la actividad social como una empresa cooperativa, productiva y creativa, donde la armonía social se realiza para beneficio de todos" (Freeden, 1996: 421). Si bien cabe suponer que el populismo carece de una visión general de la "índole" de los seres humanos –su diversidad ideológica es demasiado vasta como para formular afirmaciones de ese nivel de generalización–, tiende a visualizar a "el pueblo" como un grupo industrioso y trabajador (y como corrupta y parásita a su contracara, "la élite"). Dentro de ese marco, en el populismo de izquierda la élite parásita suele identificarse como la élite económica –empresarios, multinacionales, gobiernos neoliberales o financistas– mientras que el populismo de derecha suele retratarla como un gobierno (a veces socialista) que recauda impuestos excesivos, más sus amigos y los que se benefician con sus favores. E incluso vale la pena señalar que los argumentos respecto de que el trabajo significativo y seguro es esencial para el bienestar de "el pueblo" adquirieron particular prominencia en los movimientos populistas de izquierda recientes: buena parte del ímpetu alcanzado por Indignados y Occupy Wall Street provino de los jóvenes que se sentían excluidos del reino de la seguridad financiera y política.

En cuarto lugar, vemos la afirmación del socialismo respecto de la igualdad de los seres humanos. Como señala Freeden, esa igualdad es tanto un constructo histórico como una meta deseada. Si la tomamos como constructo histórico, la implicación es que originariamente los seres humanos fueron (o nacieron) iguales; si se interpreta como meta deseada, la igualdad debe ser conquistada por medio de la lucha política. Por supuesto, la forma básica en que los socialistas proponen trabajar en pos de la igualdad es mediante la redistribución de la riqueza: según la fórmula clásica, "¡De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades!" (Marx, 1977: 569). Esta igualdad se extiende al reino de lo político, pues los socialistas luchan por igual participación democrática y

toma de decisiones para la sociedad en su conjunto. Si bien los populistas parecen enfatizar este último punto y, por ende, promover un paisaje político participativo en el cual reine la igualdad (reclaman el retorno del poder a "el pueblo", subrayan el poder constituyente del demos y, más concretamente, abogan por medidas democráticas directas como plebiscitos y referendos), es evidente que no consideran iguales a todos los seres humanos. En un régimen populista, quienes no pertenecen a "el pueblo" son despreciables, ya sean miembros de "la élite" u otros individuos viles, y se constituyen en blanco de denigración y maltrato.

Por último, queda la idea de la historia como ámbito de cambio (en última instancia) benéfico. El socialismo adopta una visión teleológica de la historia, según la cual la sociedad atraviesa diferentes estadios de progreso hacia la meta final de la igualdad social. Freeden (1996: 435) señala que esa visión cumplía tres funciones en el pensamiento socialista: primero, "obraba como una noción puente a través de la cual era posible proveer un núcleo ideológico futuro"; segundo, "exoneraba a las generaciones pasadas y presentes del estigma de no haber logrado crear una sociedad alternativa viable apuntando a las fuerzas opresoras que los estadios históricos previos y penúltimos generaron"; y tercero, "ofrecía la promesa del control futuro de las sociedades sobre sus propios destinos, cuando empezaran a labrar su propia historia en circunstancias de su elección". Si bien el populismo sostiene una visión vagamente teleológica, según la cual el triunfo de "el pueblo" y su retorno a una posición legítima de poder constituye la meta final, sus variantes ideológicas presentan diferentes percepciones respecto de si la historia es o no un ámbito de cambio benéfico. Si bien los populistas de izquierda tienden a mirar al porvenir y a sentirse motivados, al igual que los socialistas, por una visión positiva del futuro (potencial), los populistas de derecha tienden a dirigir la mirada hacia el pasado y a sentirse motivados por la nostalgia de "cómo eran antes las cosas" (M. Kenny, 2017). Esto quedó claro en los argumentos esgrimidos por Nigel Farage en favor de la campaña Leave durante los debates que condujeron al Brexit, o en el eslogan de Donald Trump "Hagamos que los Estados Unidos vuelvan a ser grandes". Los populistas, en esos casos, contemplan retrospectivamente el "corazón de una nación" idealizado, que es "diferente de las sociedades ideales o las utopías, porque [ellos]

dirigen sus miradas imaginativas al pasado, en un intento por construir lo que se ha perdido a causa del presente" (Taggart, 2000: 95).

Populismo de izquierda en la práctica

Si los mencionados son los solapamientos conceptuales del populismo y el socialismo, ¿cuál es el resultado cuando los dos fenómenos se combinan en la vida real? ¿Qué casos empíricos de populismo de izquierda existen en el paisaje político contemporáneo mundial y de qué manera se combinan en ellos el populismo y el socialismo?[9] Sin lugar a duda, la "tierra natal" del populismo de izquierda es América Latina, donde diversos líderes que combinan ideología socialista y populismo lograron alcanzar altos cargos y gran éxito político. Como ya señalamos, los ejemplos más destacados de esta forma abiertamente socialista de populismo son los gobiernos de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Hugo Chávez en Venezuela. Las plataformas ideológicas y los vehículos electorales de estas figuras encajan a la perfección en la categoría socialista, con su foco en la disminución de la pobreza y en la promoción del empleo y la educación, el aumento de los salarios mínimos y un gran número de programas sociales. Es más, estos políticos dejaron en claro su identidad socialista: Morales describió al capitalismo como "el peor enemigo de la humanidad" (en Morales y Goodman, 2009), Chávez declaró que deseaba "pulverizar" el capitalismo (cit. en Corrales, 2012), y el partido de Correa llamó a la creación de "un Estado-nación socialista moderno" (Long, 2015). Estos programas ideológicos se combinaron con un discurso agresivamente populista que se manifestó en contra de la élite neoliberal internacional, reclamó el poder en nombre de "el pueblo" y procuró una mayor participación política de sectores informales de la sociedad fuera del modelo liberal. En el caso de Chávez,

el populismo fue reforzado por una ideología socialista-estatista que buscó construir instituciones de democracia directa como alternativa a la democracia representativa liberal. Tales

instituciones fueron de tipo colectivista, sin intermediaciones políticas y carentes de independencia, cristalizadas en la estructura de un Estado comunal (Maya, 2018: 68).

El modelo específico propugnado por estos líderes fue el "socialismo del siglo XXI", una forma de socialismo que –a diferencia del modelo centrado en el Estado del "socialismo del siglo XX", como el de la Unión Soviética o Cuba– sería mucho más descentralizado y participativo. Un buen ejemplo de esta faceta fue la creación de programas democráticos participativos como los Círculos Bolivarianos y los Consejos Comunales en Venezuela, cuyo objetivo residió en brindar a los ciudadanos control sobre cuestiones vinculadas a la promoción de la comunidad, el desarrollo económico y la administración municipal (Hawkins, 2010b; véase una crítica de los Círculos en De la Torre, 2007). Y el socialismo del siglo XXI rompió incluso con formas anteriores al ir más allá de las cuestiones de clase y asignar mayor énfasis a asuntos vinculados con derechos indígenas, estatus de las mujeres, derechos a la tierra, etc.

Dicho esto, no existe correlación automática entre socialismo y populismo en la región. El populismo también se ha combinado con el neoliberalismo con buenos resultados, como puede observarse en los gobiernos neopopulistas de Alberto Fujimori en Perú, Carlos Saúl Menem en la Argentina, y Fernando Collor de Mello en Brasil en la década de 1990 (Weyland, 2003). Es más: el socialismo en América Latina no necesariamente es populista. En un influyente artículo publicado en Foreign Affairs, el exsecretario de Relaciones Exteriores de México distinguió entre lo que denominó la "buena izquierda" y la "mala izquierda" en América Latina; la primera –representada por líderes como Lula en Brasil y Michelle Bachelet en Chile– era socialista o socialdemócrata y "moderna, de mentalidad abierta, reformista e internacionalista", mientras que la segunda –representada por figuras como Chávez en Venezuela o Andrés Manuel López Obrador en México–, "nacida de la gran tradición del populismo latinoamericano, es nacionalista, estridente y estrecha de miras" (Castañeda, 2006: 29).

En el Reino Unido y en los Estados Unidos, dos políticos que

defienden políticas socialistas y han concitado gran atención de los medios son Jeremy Corbyn y Bernie Sanders; ambos han sido etiquetados como "populistas de izquierda" por varios autores y por los medios de comunicación en general. Corbyn, el divisivo líder del Partido Laborista Británico desde 2015, se identifica como "socialista" o "socialdemócrata"; entre otras medidas, promovió la reestatización de los ferrocarriles y las empresas de servicios públicos, la gratuidad de la educación universitaria y la instauración de controles sobre los alquileres. Watts y Bale señalan, aplicando un enfoque ideacional, que si bien el populismo fue decisivo en el atractivo que ejerció Corbyn sobre el electorado, fue incluso más eficaz para separar –de entre los parlamentarios del Partido Laborista– a los "verdaderos creyentes" de los ostensibles charlatanes que no tienen fe en el socialismo:

Así como los populistas se apoyan en la distinción entre el pueblo y las élites, a Corbyn y a sus seguidores les resultó difícil resistirse –suponiendo, solo como hipótesis, que desearan resistirse– a un marco binario de esa clase. En contraste con la autenticidad y el virtuosismo adjudicados a los miembros del Partido Laborista, los parlamentarios hostiles fueron presentados una y otra vez como integrantes de una corporación conspirativa decidida a subvertir los deseos de los miembros llanos, su apoyo a Corbyn y su socialismo auténtico (o el de Corbyn). En algunas ocasiones, esta línea de argumentación se combinó con aseveraciones respecto de que los parlamentarios laboristas se oponían diametralmente a los integrantes del partido que estaban en el llano como parte de una conspiración orquestada. En esos momentos, la índole populista del corbyinismo alcanzó su grado máximo de obviedad (Watts y Bale, 2018: 105).

Los seguidores de Corbyn lograron presentarlo como el salvador socialista del Partido Laborista, "el líder supuestamente reacio y verdaderamente ajeno que actuaría como correctivo al restablecer el partido en su condición prelapsaria, es decir, anterior al Nuevo Laborismo" (2018: 111) en nombre de "el pueblo".

Mientras tanto, Sanders, que se erigió como un desafío sorprendentemente sólido ante la candidatura de Hillary Clinton en las primarias presidenciales del Partido Demócrata estadounidense en 2016 (también llegó a encabezar las primarias de 2020), no dejó de declararse "socialista democrático". La definición de socialismo que propone Sanders acaso sea algo más atenuada que la de los políticos latinoamericanos o europeos, más cómodos y familiarizados con el término; entre otras cosas, ha manifestado "no creo que el Estado deba ser propietario de los medios de producción", "creo en las empresas privadas" y "creo que la mayoría de los estadounidenses pueden pagar impuestos más bajos" (Sanders, 2015). Asimismo, construyó su definición de socialismo democrático con eje en cuestiones habitualmente asociadas con la etiqueta "socialdemocracia": sistema universal de prestaciones de salud financiado por el Estado [single-payer], educación pública y gratuita, reforma del financiamiento de las campañas políticas, licencia paga por paternidad, etc. Tiende a citar a Franklin Roosevelt antes que a socialistas como Eugene V. Debs o Norman Thomas, con lo cual pensadores de izquierda prominentes como Frances Fox Piven y Noam Chomsky suelen considerarlo un demócrata del New Deal antes que un socialista (Elliott, 2016). Existe cierta discusión respecto de si Sanders se ajusta o no a la categoría de populista en el nivel ideacional (Müller, 2018), aunque sin duda lo hace en el nivel discursivo-performativo. Un estudio reciente lo consideró el candidato con el discurso más populista (y más sostenidamente populista) en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016 (Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2018). Sus críticas al "establishment político y económico" en nombre de los "estadounidenses comunes y corrientes" y "el pueblo" muestran que el populismo puede coexistir no solo con los extremos del espectro ideológico sino también con posiciones más conocidas de centroizquierda, como la que ostenta la socialdemocracia.

¿Y qué puede decirse de Europa? Luke March señaló en 2007 que había tenido lugar "un incremento decidido de populismo en la izquierda, ya sea como una medida estilística y táctica o, cada vez más, como un componente central de la ideología", y destacó los ejemplos del Partido Socialista de los Países Bajos, el Partido Socialista Escocés y Die Linke (Partido de Izquierda) alemán como "partidos que combinan una ideología socialista democrática con un

discurso populista enérgico". Agregó que a esos partidos no les preocupaban las muy difundidas cuestiones de la "pureza ideológica marxista", que tendían a asolar el accionar de algunos partidos socialistas, sino que "se presenta[ba]n como la voz del pueblo, no solo la vanguardia del proletariado, lo cual los puede llevar a jugar con cuestiones de identidad no tradicionales" (March, 2007: 67). Más de una década después, la izquierda populista europea ha dejado de ser un fenómeno menor: adquirió prominencia, atrajo la atención de los medios internacionales y obtuvo éxitos electorales mayúsculos. El gobierno de Syriza en Grecia, liderado por Alexis Tsipras, el surgimiento de Podemos en España, conducido por Pablo Iglesias, y La France Insoumise en Francia, encabezada por Jean-Luc Mélenchon, han puesto en el mapa al populismo de izquierda, en un continente que hasta no hace mucho solo lo había visto como una forma de política exclusivamente de derecha (Stavrakakis y otros, 2017).

En muchos aspectos, los programas de estos partidos también pueden considerarse ejemplos de socialismo del siglo XXI por combinar las demandas socialistas fundamentales de igualdad con un sesgo más participativo y pluralista. Lo dicho resulta evidente incluso si nos remontamos a 2004, cuando Synaspismós –la Coalición de los Movimientos de Izquierda y Ecológicos, el mayor partido de la alianza que habría de convertirse en Syriza– presentó su visión de una transición socialista en el congreso celebrado ese año:

Nuestra propuesta alternativa propugna grandes frentes de lucha como forma de abordar los problemas sociales; nuevas relaciones de lo político con lo social y los movimientos; nuevos valores de solidaridad, igualdad y justicia; un nuevo proyecto de protección ambiental y desarrollo; la expansión de derechos civiles y democráticos nuevos y tradicionales, y nuevas percepciones del pleno respeto por la diversidad ante toda forma de discriminación. [Nuestra alternativa] abarca demandas audaces, reformas estructurales y cambios profundos que desafíen el capitalismo neoliberal y allanen el camino para la transición al socialismo (cit. en Katsambekis, 2016: 394).

Esta concepción pluralista y participativa del socialismo se hizo evidente ocho años más tarde, cuando Syriza aseveró en su plataforma electoral de 2012 que "el objetivo estratégico es un socialismo con libertad, una democracia floreciente en la que todos los ciudadanos participen en la toma de decisiones" (cit. en Katsambekis, 2016: 398). La voluntad participativa de estos partidos también se pone de manifiesto en su adopción de los soportes digitales como modo de interactuar con sus miembros y seguidores: Podemos recurrió al uso de plataformas de votación online para la elección de su consejo ciudadano y de los miembros que los representarían en el Parlamento Europeo; usó Reddit para crear su sitio web Plaza Podemos, un espacio virtual utilizado para conversar con sus miembros. Además, para sondear las opiniones de sus integrantes experimentó con plataformas participativas como Loomio, una plataforma online para la toma de decisiones, que mide la opinión de sus miembros (Frediani, 2014; Moffitt, 2019). La France Insoumise, por su parte,

difiere claramente de los partidos de izquierda tradicionales al abrazar la democracia digital y eliminar las estructuras burocráticas tradicionales. El partido empleó el software NationBuilder para reunir seguidores, y además desarrolló su propia plataforma para tomar decisiones en materia de políticas y estrategia (Gerbaudo, 2019: 12).

Cabe señalar que, en sus respectivos países, estos partidos populistas de izquierda se erigieron como competidores directos de los partidos socialistas o socialdemócratas tradicionales, a los que consideran cautivos de una concepción perimida del modo en que obra la política o bien una suerte de "traidores" que han vendido sus principios en el marco de un panorama político cada vez más globalizado y neoliberal. Por ejemplo, inicialmente Podemos retrataba al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) como parte de "la casta" y expresaba un decidido rechazo al lenguaje de la política clasista (véase Errejón y Mouffe, 2016: 117-123), y

Mélenchon, exmiembro del Partido Socialista, declaró lisa y llanamente que el socialismo tradicional había "muerto" (en Yarnoz, 2017) y se negó a cooperar con su antiguo partido para conformar una "izquierda unida" en las elecciones presidenciales realizadas en Francia en 2017, en las que Marine Le Pen llegó a la segunda vuelta.

Por último, las formas socialistas de populismo han dejado su marca más allá de los continentes americano y europeo. En Sudáfrica, Economic Freedom Fighters (EFF, Luchadores por la Libertad Económica), liderado por Julius Malema, es el tercer partido del país en cuanto a volumen numérico y, se podría decir, el más tradicionalmente socialista entre la actual cosecha de populistas de izquierda. Esa postura queda explícita en su constitución: "El EFF adopta el socialismo como la base teórica que guía su pensamiento y el desarrollo de su línea política y, en este sentido, se identifica como una organización MARXISTA, LENINISTA Y FANONIANA" (cit. en Shivambu, 2014: 77). A la vez, su Manifiesto fundacional señala que "es un movimiento radical, izquierdista, anticapitalista y antiimperialista" y que "será la vanguardia de la lucha de la comunidad y de los trabajadores, y estará siempre del lado del pueblo" (cit. en Shivambu, 2014: 77). Esa orientación también se refleja en las políticas del EEF, que incluyen la expropiación de la tierra sin compensación económica (para redistribuirla con equidad), la nacionalización de la banca y las minas, salud y educación gratuitas y universales, y un amplio proyecto de construcción de la capacidad gubernamental. Estas políticas se combinan con un estilo abiertamente populista (Mbete, 2015), en cuyo marco los parlamentarios que pertenecen al EFF visten el uniforme de los trabajadores: overoles de mineros los hombres, uniformes de empleadas domésticas las mujeres. Acerca de esta decisión, un parlamentario perteneciente al partido declaró: "Queremos transmitir que el Parlamento es para el pueblo, no para la élite. Por lo tanto, cuando los trabajadores que están en su hogar nos vean vestidos de este modo, sabrán que los estamos representando" (Maxon, en Makinana y Underhill, 2014).

¿Más allá del socialismo? la clase versus “el pueblo” en el populismo de izquierda

Como puede verse, quedan pocas dudas respecto de si es posible combinar el socialismo y el populismo en un proyecto populista de izquierda; ejemplos de este tipo de combinación pueden encontrarse en el mundo entero. En rigor, sería plausible aseverar que entre el populismo y el socialismo existe una correspondencia natural: sus luchas en nombre de “el pueblo” y contra los intereses del establishment (económico) pueden ir de la mano.

En este aspecto, el populismo de izquierda y el socialismo comparten objetivos similares. Schamis (2006: 32-33) afirma, por ejemplo, que en el contexto de América Latina

las preocupaciones progresistas fundamentales del populismo y el socialismo están más vigentes que nunca. Décadas después del fin de las dictaduras militares, los objetivos de larga data como el Estado de bienestar, la justicia social y la inclusión política, la equidad sustantiva y la dignidad de los trabajadores, y los derechos de los grupos desfavorecidos siguen sin alcanzarse y continúan impulsando la movilización.

Como señala March (2007: 65),

esa compatibilidad ha llevado a numerosos autores a argumentar que el socialismo es intrínsecamente populista. Incluso ya a principios del siglo XX, la búsqueda de relevancia electoral llevó a los partidos socialistas a ampliar la lucha de clases a “el pueblo”, en lugar de limitarla con exclusividad al proletariado (una fuerza

minoritaria en la mayoría de las democracias). […] Dado que un marxista considera que los intereses del proletariado son universales, no requiere más que un pequeño paso elidir la distinción entre proletariado y pueblo y pelear, entonces, por intereses pertinentes a la nación toda en la lucha por la liberación nacional.

Sin embargo, esa elisión marca una tensión inevitable entre populismo y socialismo: la cuestión radica en la índole clasista que tiene "el pueblo" en el socialismo, cuando se lo confronta con una caracterización más universal en el contexto del populismo. En esa tensión se centra el presente apartado: ¿dónde y por qué toman caminos separados el socialismo y el populismo?

De numerosas maneras, el populismo de izquierda se ha retratado como una alternativa a la política clasista de la izquierda "tradicional". En el contexto latinoamericano, la trabajosa tarea de construir partidos u organizaciones socialdemócratas o socialistas de abajo hacia arriba ha constituido una inmensa lucha, en especial debido a las enormes dimensiones del sector informal y a la debilidad de los sindicatos. En esas circunstancias, la apelación más abarcativa del populismo a "el pueblo" (al margen de una identidad basada exclusivamente en la clase) y su estrategia de arriba-abajo lo han vuelto por momentos más adecuado para la movilización de izquierda. Sin embargo, y por esas mismas razones, la experiencia temprana del populismo en América Latina debió enfrentar un alto grado de cinismo, e incluso desprecio, por parte de los izquierdistas tradicionales, en particular de quienes adherían a una interpretación estructuralista de la política. El supuesto más difundido en la izquierda era que, con el tiempo, América Latina seguiría al Norte Global: se industrializaría y crearía una clase trabajadora; pero ese supuesto chocaba contra el modus operandi del populismo:

el tipo de transformación revolucionaria profunda que requería el marxismo-leninismo entraba en conflicto con las reformas supuestamente tibias implementadas por los populistas

latinoamericanos, que preservaban el capitalismo mientras se abocaban a la industrialización con sustitución de importaciones (Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2017a: 516).

"El pueblo" que aquí entraba en juego no se movilizaba del modo "correcto", al menos desde el punto de vista leninista: esos partidos y esas organizaciones deberían presentarse como la vanguardia de las clases trabajadoras, que entonces caerían en la cuenta de cómo eran las cosas y seguirían su ejemplo desarrollando una conciencia de clase en lugar de dejar que las concitase el influjo de un líder carismático fuerte que hablara en nombre de "el pueblo". Es más, en la era de la industrialización por sustitución de importaciones el populismo muchas veces se basó sobre la cooperación de clases, por ejemplo enfrentando a los trabajadores industriales y los empresarios contra los terratenientes –una auténtica abominación para quienes, desde la izquierda, buscaban despertar la conciencia de clase y enfrentar a la clase trabajadora con los dueños del capital–, y muchas veces adoptó objetivos deliberada y abiertamente antirrevolucionarios (véase Waisman, 1987). Como resultado, a lo largo de la historia, existió una brecha significativa entre la izquierda socialista y el populismo en América Latina.

En el contexto europeo, el populismo de izquierda se presentó como la alternativa a los decadentes partidos socialistas y socialdemócratas anclados en el pasado, mientras que, en los casos de Sanders en los Estados Unidos y Corbyn en el Reino Unido, se planteó como una posibilidad que permitiría a los partidos de centroizquierda transformarse y liberarse de los grilletes de la tercera vía o del liberalismo. Los populistas de izquierda culpan a los socialdemócratas de haber capitulado ante la derecha al aceptar la globalización y varios principios del neoliberalismo y presentan su proyecto en nombre de "el pueblo" y como el único camino posible para avanzar. Mouffe, una de las teóricas contemporáneas clave del populismo de izquierda, expresa con claridad esta postura cuando sostiene que

hoy en día […] los modelos de los cuales disponemos no funcionan.

Cuando nos preguntamos cuáles son los modelos de la izquierda, tenemos: o el social-liberalismo de los varios partidos de "centroizquierda" que siguen básicamente el modelo liberal, o una diversidad de grupos llamados de "extrema izquierda" que no tienen ninguna estrategia para llegar al poder (en Errejón y Mouffe, 2016: 32).

El proyecto populista de izquierda –atrapado entre los neoliberales centristas con ropas de izquierdistas, por un lado, y grupúsculos o movimientos de izquierda en continua división que se niegan a abocarse a los aspectos prácticos de cómo obtener cargos– se presenta como la estrategia que deben adoptar quienes buscan dotar de nuevo vigor a la política progresista. En efecto, esa es la bancarrota de la izquierda tradicional con la que Podemos afirma que no desea ser asociado. Íñigo Errejón, por entonces referente del partido, condenó los debates estrechos de miras en torno a la etiqueta:

Y en un momento hay una izquierda que entiende que hay que pelearse por la verdad de la palabra "izquierda": "Nosotros somos la izquierda de verdad". Y nosotros desde el principio dijimos: "Pues te la quedas, te la regalamos, nos interesa construir un pueblo, no construir la izquierda" (2016: 120).

En numerosos aspectos, la cuestión de "socialismo o populismo" refleja los acalorados debates que tuvieron lugar en el seno de la izquierda en la segunda mitad de los años ochenta alrededor de la publicación del influyente Hegemonía y estrategia socialista, de Laclau y Mouffe (1985). En ese libro se postulaba que, ante el surgimiento de los "nuevos movimientos sociales" nacidos a partir de las demandas de género, sexuales, ecológicas y de paz, era necesario desplazarse "más allá" del esencialismo de clase del socialismo hacia una noción de democracia más pluralista. La cuestión radicaba en que ya no resultaba aceptable, deseable o realista sostener el compromiso con la clase como lugar primario de

lucha (o como la identidad fundamental en cuyo nombre se pretendía movilizar a los ciudadanos); antes bien, se tornaba necesario vincular las diversas luchas emergentes en un único combate contra la desigualdad y el capitalismo. Como señala Mouffe más de tres décadas después, al reflexionar sobre los temas abordados en aquel libro:

Nuestro planteamiento principal era fue había que reformular el "proyecto socialista" en términos de una radicalización de la democracia. Eso permitía, al mismo tiempo, romper con la tradición jacobina [y] también con la cuestión del determinismo economicista, porque no es posible hablar de radicalización de la democracia sin reconocer que existen diferentes formas de subordinación que podrían dar origen a una diversidad de antagonismos, y que no se pueden ver todas esas luchas como la simple expresión de la explotación capitalista (Errejón y Mouffe, 2016: 20).

Tanto Laclau (2005a) como Mouffe en su trabajo posterior (Mouffe, 2018) argumentaron que el populismo era la forma política mejor posicionada para expresar esa reformulación del proyecto socialista, dado que:

llevaba el lenguaje de la lucha de la izquierda más allá del esencialismo de clase;

articulaba un sujeto político –"el pueblo"– que, como significante, era vago y suficientemente "vacío" como para incluir esas luchas diferentes sin hacer de ninguna de ellas la principal;

abría la oportunidad de trazar nuevas fronteras en el paisaje

político al expresar discursivamente luchas llevadas a cabo en nombre de “el pueblo” versus “la élite” sin que fuera necesario encajarlas por la fuerza en un binario ideológico izquierda-derecha y

su discurso se ocupaba fundamentalmente de la democracia.

Por lo tanto, desde la perspectiva de Laclau y Mouffe, en cierta medida la tensión que marca las dos acepciones de “el pueblo” expresadas por el socialismo y el populismo se resuelve mediante el desplazamiento hacia el populismo de izquierda. En su indagación del rol del populismo en el imaginario socialista, Olson (2017: 661) señala que “un fantasma ronda al socialismo: el fantasma de ‘el pueblo’”. Y añade:

Los socialistas han tendido a hacer a un lado las concepciones universalistas o indiferenciadas de “el pueblo” en favor de una política de clases. Sin embargo, el pueblo no desaparece, básicamente debido a los compromisos populistas del socialismo. El resultado es un conjunto torpe de identificaciones entre el sujeto colectivo socialista icónico, el proletariado, y “el pueblo”, concebido de una manera más amplia (2017: 661).

Con todo, a los ojos de quienes hoy en día propugnan un proyecto populista de izquierda, aparentemente reinscribir las luchas de clase en un proyecto de esas características salva esa torpeza: conciben al populismo de izquierda como un paraguas lo bastante amplio para cobijar ambas acepciones de “el pueblo”.

Es más, Mouffe argumenta que, si observamos el actual paisaje político en el mundo, es evidente que el lenguaje del populismo cuenta con mayor tracción política y atractivo empírico que el lenguaje habitual del socialismo. Y si bien numerosas formaciones

populistas de la izquierda posteriores a la crisis financiera global surgieron, al parecer, en respuesta a la desigualdad económica,

es mediante el lenguaje de la democracia como muchos ciudadanos pueden articular sus protestas. Es significativo, sin duda, que los principales blancos de crítica del "movimiento de las plazas" hayan sido las limitaciones del sistema político y de las instituciones democráticas, y que no hayan reivindicado el "socialismo" sino una "democracia real" (Mouffe, 2018: 41).

La demanda de Indignados, "¡Democracia real ya!", ejemplifica esa tendencia, como también lo hace la ambigüedad de "Somos el 99%", un eslogan con el cual Occupy Wall Street apelaba a las mayorías combinando la justicia económica y política. La situación también se ve reflejada en las investigaciones empíricas que tuvieron como objeto de estudio los "movimientos de las plazas" del populismo de izquierda. El trabajo de campo de Aslanidis (2016b), realizado en Salónica entre Indignados de Grecia –sobre todo, sus entrevistas a varios activistas maoístas, trotskistas y estalinistas que desempeñaron un papel central en la organización de las protestas y ocupaciones–, reveló lo siguiente:

Al captar el enorme potencial para la construcción de un frente político masivo contra los partidos establecidos, estos radicales pronto comprendieron que la jerga marxista habitual no se adecuaba al paisaje discursivo de las plazas y que alejaría a las masas antipolíticas. De manera similar a lo que Calhoun (2013) registra respecto de Occupy Wall Street, advirtieron que sus diagnósticos socialistas tradicionales no tendrían llegada alguna. El ciudadano común presente en las asambleas estaba desencantado del sistema político, en grado tal que albergaba hostilidad contra la afiliación partidaria y sospechas contra otros tipos de instituciones con sesgos políticos, como los sindicatos o las iniciativas de los trabajadores. […] Desde el primer día, en su mayoría las organizaciones de izquierda decidieron ocultar la presencia de sus

cuadros y moderar su retórica. […] Un entrevistado admitió: “Gran parte de las organizaciones trató de seguir el ritmo del movimiento; no hablamos de la revolución socialista ni nada parecido”. Las etiquetas inclusivas al estilo populista –que invocan al pueblo antes que a la nación, la religión o la clase– resultarían más productivas a la hora de despertar la simpatía de potenciales adherentes, al tiempo que mantendrían la unidad del movimiento intacta, en especial si iban acompañadas por una estrategia de centrarse en el enemigo antes que en las características y las tácticas del movimiento (Aslanidis, 2016b: 314-315).

En pocas palabras, en esta coyuntura histórica particular, el bagaje asociado con las concepciones socialistas clasistas de “el pueblo” parece ya demasiado pesado, tanto que incluso los marxistas declarados entienden que deben quitárselo de encima. La productividad discursiva de la noción de “el pueblo” en su acepción populista –caracterizada por su indeterminación, apertura y “vacuidad”– se considera capaz de portar una serie de demandas (articuladas en torno a una noción central de democracia) que otras concepciones de “el pueblo”, más estrictas y clasistas, ya no pueden expresar.

No obstante, esta estrategia tiene sus limitaciones. No se puede evitar pensar que el llamamiento de Mouffe a implementar un proyecto populista de izquierda llega varios años tarde. El momento “populista de izquierda” europeo parece estar decayendo: Podemos sufrió un declive en varias elecciones recientes; Syriza dejó atrás muchas de sus metas socialistas, en especial después de la capitulación frente a la Troika, una vez realizado en 2015 el referéndum por el rescate, y en 2019 perdió el gobierno a manos de su rival de derecha, Nueva Democracia; la France Insoumise, por su parte, sigue ocupando un lugar marginal en Francia. Si se dirige la mirada a América Latina, el panorama es todavía peor. La versión populista de izquierda del socialismo del siglo XXI se desvirtuó por completo: el populismo de Chávez dio lugar al inequívoco autoritarismo de Maduro, que resultó en una crisis humanitaria como parte de la cual, mientras avanza la redacción de este libro, ya han huido del país casi cuatro millones de refugiados y

migrantes, cantidad que el representante especial conjunto para agencias de refugiados y migrantes de la ONU calificó como “sin paralelo en la historia moderna de la región” (Noticias ONU, 2019); el sucesor y ex vicepresidente de Rafael Correa, Lenin Moreno, buscó de forma activa retrotraer la agenda socialista de Correa y se ha movido en una dirección mucho menos populista (y también menos autoritaria; véase De la Torre, 2018); y Evo Morales, el último de los principales líderes populistas de la “marea rosa” que subsistía, se mostró poco amigo de la democracia cuando esta optó por una vía que no es la que él espera: anuló el resultado de un referéndum que le habría impedido ser nuevamente candidato en las elecciones presidenciales, y por tanto, buscar perpetuarse en forma indefinida en la presidencia (Faguet, 2018). En cada uno de estos casos latinoamericanos, se confirmaron muchas de las peores sospechas que expresaban los críticos del populismo, lo cual significa que, lejos de convertirse en la inspiración que en un comienzo pudieron ser para la izquierda internacional,[10] hoy en día estos ejemplos sirven de advertencia de hacia dónde puede conducirnos el populismo, en principio, cuando llega al poder.

Más allá de lo dicho, la noción de clase vuelve a estar sobre el tapete en cierto grado en algunos lugares, quizá como reflejo de que el populismo de izquierda no resultó tan eficaz como podría suponerse. El contexto donde esta inflexión se observa de manera más obvia es los Estados Unidos: en las conversaciones relativas al “socialismo democrático”, al Green New Deal popularizado por Alexandria Ocasio-Cortez, en las nuevas publicaciones como Jacobin y Current Affairs, y en el renacimiento de Democratic Socialists of America (DSA, Socialistas Democráticos de los Estados Unidos,) la palabra clave de la política progresista es “socialismo”, no “populismo”, en especial entre los jóvenes, un giro particularmente interesante dada la aversión estadounidense postmacartista a cualquier mención del socialismo. También es posible observar ciertos aspectos de este renacimiento de la política clasista en el Reino Unido, donde puede hacerse una lectura del rol de Momentum en la elección de Jeremy Corbyn como líder del Partido Laborista en 2015, junto con un desplazamiento hacia la izquierda de las políticas partidarias, a través de la lente de la clase, y por ende del socialismo, antes que del populismo.

* * *

Pese a los mencionados desarrollos en los Estados Unidos y en el Reino Unido, la pregunta más general que queda pendiente respecto del análisis precedente es en qué medida el debilitamiento de la política clasista fue una precondición para la fusión del populismo y el socialismo que emergió en forma de socialismo del siglo XXI, o al menos, un precursor que condujo a esa combinación. En rigor, parecería que paradójicamente todos los elementos conocidos de la narrativa sobre la muerte de la política clasista –neoliberalismo, desindustrialización parcial, debilitamiento de los sindicatos, deterioro de la clase trabajadora– allanaron el camino para esas figuras, partidos y movimientos que con recursos originales lograron reconfigurar o extender las caracterizaciones socioeconómicas de "el pueblo". En ese estado de cosas, mientras la izquierda ortodoxa está a punto de desaparecer en muchos lugares y los pocos izquierdistas que quedan pierden las esperanzas acerca de las perspectivas de la clase trabajadora y el socialismo de la vieja escuela, quizá no resulte muy sorprendente que se haya aceptado el populismo como un potencial salvador, siquiera como último recurso y en escenarios donde los viejos socialistas procuran enganchar sus vagones a la locomotora de los líderes y los movimientos populistas. De hecho, algunos autores interpretan en esos términos el ascenso no solo del populismo de izquierda sino del populismo en general, argumentando que el debilitamiento de la identidad de clase y la socialdemocracia "liberaron" de sus identidades de clase a algunos votantes, que luego se volcaron a líderes populistas de diferentes zonas del espectro ideológico (para un análisis de esta hipótesis, véase Hawkins, Read y Pauwels, 2017).

Queda por decidir si esta hipótesis es o no válida, como también si el desacople de "el pueblo" de una identidad sustentada en la clase constituye un estado de cosas permanente o es solo una separación transitoria. En cualquier caso, en el presente capítulo se procuró mostrar que, pese a que en la actualidad el populismo y su relación

con el nacionalismo capta casi toda la atención disponible en el campo, la relación entre populismo y socialismo posee el mismo grado de importancia y merece ser explorada, dada su relevancia histórica y su centralidad en los debates actuales sobre la dirección que habrá de tomar la política de izquierda. Asimismo, se trató de exponer que esa relación no es un tema que atañe solo a América Latina, como a veces se ha supuesto erróneamente, sino que en Europa y África se han articulado formas socialistas de populismo como nuevos partidos políticos, e incluso, quizá, en los Estados Unidos y en el Reino Unido, en el liderazgo potencial de partidos establecidos, como es el caso de Bernie Sanders y Jeremy Corbyn. En virtud del lugar central que ocupa el populismo en nuestro momento político actual, es probable que las argumentaciones en torno al modo en que la izquierda busca caracterizar a "el pueblo" como opuesto a "la élite" –como si debiera hacerlo al costo de abandonar algunos aspectos de la política de clases– continuarán siendo un tema apremiante para la política progresista. Sin embargo, como se mostró en este capítulo, el deslizamiento y las ambigüedades entre los diferentes significados atribuidos a "el pueblo" por el socialismo y el populismo implican que la izquierda no encontrará respuestas fáciles para esta importante pregunta y, visto que el momento "populista de izquierda" de principios del siglo XXI parece encontrarse en sus etapas finales, responderla puede ser más urgente que nunca.

■

[9] La combinación de populismo y socialismo es posible tanto para el enfoque ideacional como para el estratégico o el discursivo-performativo. En la interpretación ideacional, el socialismo actúa como la ideología densa que dota de contenido a la ideología delgada del populismo y brinda sustancia a su concepción de "el pueblo" y "la élite" en términos socioeconómicos. En la lectura estratégica, los líderes socialistas pueden recurrir a la estrategia populista como un modo de acceder al gobierno. En la interpretación discursivo-performativa, los partidos, los líderes o los movimientos socialistas pueden utilizar el discurso o el estilo populistas para enmarcar sus plataformas y argumentos políticos. En relación con los casos que se analizan en el presente capítulo, sin

embargo, existiría cierto desacuerdo entre los diferentes enfoques: en una lectura estricta, algunos autores ideacionales rechazarían los casos de Sanders y Corbyn (y tal vez, incluso los de Podemos y Syriza) sobre la base de su percepción pluralista de “el pueblo”, mientras que ese factor no constituiría un problema para los enfoques estratégico y discursivo-performativo, pues el antipluralismo no forma parte de sus definiciones de populismo.

[10] El Movimiento al Socialismo (MAS) de Morales, en particular, ha sido citado como fuente de inspiración de Podemos (véase Errejón y Mouffe, 2016: 80-93; Seguín, 2015), según señaló el exsecretario general del partido Íñigo Errejón en su tesis de doctorado.

4. Populismo y liberalismo

Una de las narrativas surgidas en las últimas décadas en torno al populismo señala que el fenómeno constituye una amenaza para la democracia liberal. Pero ¿qué ocurre si, en vez de aceptar esa narrativa sin cuestionarla, descomponemos el término "democracia liberal" en sus elementos constitutivos: liberalismo y democracia? Por un lado, si bien las credenciales democráticas del populismo –tema del que nos ocuparemos en el próximo capítulo– son objeto de numerosos debates, hay un grado significativo de consenso en lo que respecta a sus credenciales liberales: los estudiosos provenientes del campo académico y los expertos suelen concordar en que el populismo es un fenómeno profundamente no liberal. Sin embargo, cabe preguntarse si esa afirmación se sostiene en lo empírico. ¿El populismo es en realidad sinónimo de "democracia no liberal", como sostiene Pappas (2016b)? ¿Se trata de una "respuesta democrática no liberal al liberalismo no democrático", como argumentan Mudde (2004), Mounk (2018) y otros? Este es el tipo de preguntas que el presente capítulo procura responder. En oposición a los autores que sostienen que el populismo siempre es "no liberal", argumentaremos que, sin lugar a dudas, la realidad es mucho más compleja. Por un lado, cada vez son más los populistas de derecha que reconfiguran tropos liberales para sus propios fines, afirman ser férreos defensores de la libertad de expresión, justifican la restricción a la inmigración de ciertos países con el fin de proteger la igualdad de género y sexual o, incluso, se autoidentifican como liberales. Por otro lado, hay populistas de izquierda que amplían su concepción de "el pueblo" para incluir a diversos grupos minoritarios, lo cual parecería alinearse con el liberalismo y el pluralismo. En los últimos años, la confusión aumentó, ya que políticos declaradamente liberales pertenecientes a partidos tradicionales se han vuelto expertos en la adopción de las políticas, el discurso y el estilo de los populistas, sobre todo en la derecha del espectro, lo cual significa que en la actual coyuntura política se desdibuja cada vez más la línea que divide lo no liberal

de lo liberal, lo tradicional y establecido de lo populista. En este capítulo se argumenta que lo que está en juego es de qué versión del liberalismo hablamos: ¿se trata de una que erige como valor fundamental para justificar los derechos liberales la diversidad (un liberalismo lockeano), la autonomía (un liberalismo kantiano) o la autoexpresión (un liberalismo milliano)?

Con el fin de examinar de qué manera se manifiestan estas distinciones en la relación entre populismo y liberalismo, se analiza, en primer lugar, lo que las publicaciones teóricas y empíricas sobre el populismo dicen respecto de la interacción entre estos dos fenómenos. Luego se examinan las diferencias entre el modo en que la derecha populista y la izquierda populista utilizan e invocan los tropos liberales, y de qué manera esas diferencias se vinculan con los subtipos de liberalismo que acabamos de mencionar. Se argumenta que, si bien algunas figuras de la derecha populista pueden afirmar adherir a valores liberales, suele tratarse de un compromiso superficial empleado en última instancia como medio para atacar a ciertas minorías de un modo profundamente no liberal. En las páginas que siguen también se señala que, en el otro extremo del espectro, la izquierda populista adopta un compromiso algo más profundo con (algunos) aspectos del liberalismo en su construcción discursiva de “el pueblo”. Sin embargo, a continuación se muestra que tanto los populistas de derecha como los de izquierda se unen en su iliberalismo cuando se trata de sus visiones de las instituciones y los procedimientos y, por último, de sus opiniones sobre múltiples concepciones de “el bien” en la sociedad. Como resultado, nuestro análisis complejiza las lecturas simplistas del populismo como lo “opuesto” al liberalismo e introduce una interpretación de la relación entre ambos más rica en matices.

¿Populismo versus liberalismo?

¿Por qué razón suele verse al populismo como una amenaza al liberalismo? Existen varios factores que explican esas perspectivas, por ejemplo, la tendencia del populismo a construir a "el pueblo" y "la élite" como actores singulares; su oposición a las instituciones independientes como la justicia o el cuarto Estado; su falta de respeto por los derechos individuales; su estilo antagonista y combativo, y su elección de las minorías como objetivo. Es evidente que estas tendencias entran en conflicto en el marco del compromiso liberal con el pluralismo, la transparencia y la protección de la libertad individual. En el presente capítulo, el liberalismo en su sentido ideológico –es decir, en cuanto proyecto político distintivo– se considera opuesto al liberalismo en su sentido histórico o filosófico. En esta consideración se sigue, una vez más, la línea de Freeden (2015: 15), quien afirma que el liberalismo es "una ideología que contiene en su núcleo siete conceptos políticos que interactúan: libertad, racionalidad, individualidad, progreso, sociabilidad, interés general, y un poder limitado y con rendición de cuentas".

Sobre la base de las amenazas mencionadas en el párrafo anterior, varios autores destacados consideraron que populismo y liberalismo eran opuestos. Por un lado, Müller (2014: 484) ve al populismo como "una interpretación de la democracia representativa profundamente no liberal y, en última instancia, no democrática", es decir, un fenómeno que se opone tanto al liberalismo como a la democracia. Por otro, algunos autores argumentan que el populismo puede ser democrático, pero coinciden en que es no liberal: Mudde (2004: 561) afirma que es "una forma de lo que Fareed Zakaria popularizó recientemente como 'democracia no liberal'", mientras que Krastev (2007a: 104) sostiene que el populismo representa "la tendencia política más importante del mundo actual: el ascenso del iliberalismo democrático" y apunta que "el populismo es no liberal pero no es antidemocrático" (Krastev, 2007b: 60).

Pappas da un paso más: no solo señala las credenciales no liberales del populismo, sino que además argumenta que se debería definir al populismo en función de su iliberalismo afirmando que es, en esencia, un "iliberalismo democrático". Según ese autor, tal definición mínima resulta útil porque "apunta en forma directa al 'polo negativo' del populismo, a saber, el liberalismo político […] el populismo, en suma, puede ser democrático, pero es no liberal" (Pappas, 2014: 3). Basado sobre el trabajo de Riker (1982) y Rawls (2005), Pappas sostiene que el populismo y el liberalismo difieren en tres líneas esenciales. Primero, el populismo se caracteriza por un deslinde único entre "el pueblo" y "la élite", mientras que el liberalismo reconoce la existencia de múltiples brechas que atraviesan la sociedad. Segundo, el populismo adopta un estilo antagonista a la hora de hacer política, en tanto el liberalismo busca la moderación por medio de un "consenso de coincidencias" entre los diversos intereses que coexisten en la sociedad. Tercero, el populismo es mayoritario: considera que solo el punto de vista de la mayoría –"el pueblo"– es legítimo, mientras que el constitucionalismo del liberalismo tiende a proteger a las minorías contra las mayorías y a dotarlas de voz. Resulta de utilidad que Pappas (2016b) también señale que su definición del populismo como "iliberalismo democrático" nos permite distinguirlo no solo del liberalismo (democrático), sino también del iliberalismo no democrático o la autarquía. Esta aclaración es útil porque muestra que no debe confundirse la paja con el trigo y afirmar que el populismo es a la vez no liberal y antidemocrático: en cuanto ingresan en la escena aspectos no democráticos, ya no hablamos de populismo sino de autarquía o autoritarismo.

Sin embargo, por reveladora y clara que sea su tipología con relación al populismo, el liberalismo y la autarquía, Pappas también reconoce que existen casos empíricos que no encajan limpiamente en una categoría única:

Algunos casos, sin dudas, serán una mezcla de elementos y, por lo tanto, su inclusión o su exclusión en nuestro análisis dependerá del modo en que se defina "democracia" o "iliberalismo". ¿Se debería, por ejemplo, clasificar al Jobbik de Hungría como un partido

populista (es decir, no liberal pero democrático) o correspondería relegarlo a la categoría de partidos no democráticos, que quedan fuera de nuestro interés investigativo? Un ejemplo más: ¿es el fuerte discurso antimigratorio del Partido del Progreso Danés una indicación suficientemente clara de "iliberalismo" (y se puede, por ende, clasificar a este partido como populista) o se lo debe reconocer como un simple conjunto de ideas y propuestas de políticas ultraconservadoras de un partido en otros aspectos perfectamente liberal? (2016b).

Esa pregunta se vuelve cada vez más difícil de responder. En un contexto en que los populistas comienzan a formar parte del mainstream –y, por consiguiente, a suavizar sus costados más "rudos" y, al menos verbalmente, adherir a los valores liberales– mientras los partidos tradicionales y establecidos se copian, cada día más, del manual de estrategias populistas y de ese modo ponen en duda sus credenciales liberales, a veces resulta difícil discernir quién es en verdad liberal. Si uno habla como liberal, ¿es liberal? Si la plataforma que propone es, en algún sentido, liberal, ¿eso hace que uno sea liberal? ¿Puede alguna de esas acciones otorgar un pase gratuito a cualquier actor populista para eludir la categoría "populista"?

La derecha populista y la conversión del liberalismo en un arma

Los ejemplos más claros de estos casos que constituyen una mezcla de elementos en los que la línea entre populismo y liberalismo se desdibuja provienen de Europa del Norte. Allí hay varios ejemplos de partidos y figuras populistas de derecha que han reconfigurado las defensas liberales tradicionales de los grupos minoritarios, como los homosexuales y las mujeres, en su propia imagen populista al caracterizar a esos grupos como parte de "el pueblo" que requiere protección, de cara a "la élite" y también a ciertos "otros" peligrosos que quieren atacarlos. Esos actores aprendieron a usar el lenguaje del liberalismo a la hora de defender la libre expresión, el secularismo y las libertades individuales, "desplegando [de ese modo] un rostro más 'cívico' y demócrata liberal" (Pels, 2011: 27) que los anteriores partidos populistas de la derecha radical. En esos casos, se ha visto a la posición populista de derecha como la verdadera defensora de la libertad y de los "valores del Iluminismo", en oposición a una élite que supuestamente solo se preocupa por la corrección política y el relativismo cultural.

El pionero en este aspecto fue el político de los Países Bajos Pim Fortuyn. Este catedrático de sociología, homosexual declarado, combinó una plataforma antiislámica, antimigratoria y euroescéptica –marcas distintivas de lo que se espera de la derecha radical populista– con una postura fuertemente socioliberal en materia de género, sexualidad, legalización del consumo de psicotrópicos y eutanasia. Fortuyn logró combinar esas posturas mediante la afirmación de que los derechos liberales y la permisividad de la cultura holandesa, conseguidos con tanto esfuerzo, se verían invalidados si persistía la inmigración desde países con mayorías musulmanas (propiciada por "la élite" multicultural). Sin embargo, para eludir las acusaciones de racismo o xenofobia formuladas en su contra, proclamó su liberalismo social; le respondió a un crítico: "No tengo nada contra los

marroquíes. Me he acostado con muchos" (en Pels, 2003: 42). Fortuyn fue asesinado nueve días antes de las elecciones generales de 2002, y ese año su partido, el Lijst Pim Fortuyn, pasó a ser el segundo más importante del Parlamento holandés. Desde entonces el partido se desbandó, pero el legado de Fortuyn no decayó; de hecho, en la actualidad tiene una sólida presencia en los Países Bajos.

En efecto, la combinación de liberalismo con populismo en cuestiones relativas a la sexualidad también es evidente en el discurso de Geert Wilders, el populista de Países Bajos a quien Fortuyn le allanó el camino. Wilders se ha esforzado por presentarse como aliado de la comunidad LGBTQ sosteniendo que su función radica en luchar por "la libertad de la que deberían gozar las personas gays –besarse, contraer matrimonio, tener hijos–, que es precisamente aquello contra lo cual lucha el islam" (en Lester Feder, 2016). Asimismo, hizo uso de la palabra en el evento LGBTQ "Wake Up" durante la Convención Nacional Republicana de los Estados Unidos de 2016, junto con Milo Yiannopoulos. Defensas similares de la comunidad LGBTQ contra la aparente amenaza del islam se observan en Dinamarca, donde el Dansk Folkeparti (Partido del Pueblo Danés) aseguró en 2009 que "en las últimas décadas, los homosexuales fueron víctimas de la presión de grupos islámicos intolerantes". A la vez, prometió "trabajar con decisión contra la opresión y la discriminación de los homosexuales" alentando a la policía a "dirigir sus acciones contra grupos específicos que exhiban una despreciable intolerancia" (Dansk Folkeparti, 2009).

Estos populistas también se posicionaron como defensores liberales de la igualdad de género trazando una oposición binaria entre sus valores "ilustrados" y el aparente sexismo y misoginia de los inmigrantes. Como argumentan Mudde y Rovira Kaltwasser (2015: 29), en el caso de la derecha radical populista de Europa del Norte "las cuestiones de género han quedado vinculadas casi con exclusividad a la cuestión general de la inmigración o, más precisamente, de la integración". Por lo general, estas defensas siguen tres líneas principales. La primera es la necesidad de defender los niveles elevados en términos relativos de igualdad de género logrados en Europa del Norte ante la amenaza que plantea el influjo de inmigrantes cuya presencia supuestamente diluye o pone

en riesgo el statu quo liberal: como señala Wilders, el proceso de "islamización" de los Países Bajos "echa a la cloaca décadas de emancipación de la mujer" (cit. en Mudde y Katwasser, 2015: 29). La segunda línea consiste en la necesidad de proteger a las mujeres nacidas en el país de las prácticas en teoría misóginas de los inmigrantes: por ejemplo, en 2010, el partido Sverigedemokraterna (Demócratas Suecos) publicó un informe titulado "¡Ya es hora de hablar sobre violación!", que aseguraba que en Suecia se estaba registrando una "ola de violaciones" debida a la gran cantidad de migrantes a quienes se permitía ingresar al país, razón por la cual la estrategia clave para reducir los ataques sexuales consistía en limitar la inmigración. La tercera línea radica en el intento de atacar las prácticas culturales misóginas en las comunidades migrantes para "liberar" a las mujeres inmigrantes de sus "prisiones culturales". El Fremskrittspartiet (Partido del Progreso) noruego, por ejemplo, propuso prohibir el uso del hiyab en la escuela y el burka en general con el argumento de que los noruegos no debían "tolerar que las niñas de tan corta edad sean adoctrinadas sistemáticamente para aceptar que las mujeres están subordinadas y se las pueda suprimir al llegar a la adultez" (en Akkerman y Hagelund, 2007: 209). Cada una de estas líneas de defensa supone la existencia de una "élite" relativista desde el punto de vista cultural, élite que es cómplice de la destrucción de la igualdad de género tanto al permitir el aumento de los niveles de inmigración desde culturas no liberales como al alentar el multiculturalismo en cuanto política de Estado.

Otra táctica clave empleada por la derecha radical populista con la intención de presentarse como liberal reside en adjudicarse la defensa de la libertad de expresión ante una "élite" cuyos miembros son retratados como esclavos de la corrección política. Algunas figuras públicas pertenecientes a esta categoría han experimentado concretamente la restricción de su libertad de expresión: varios líderes europeos populistas de derecha fueron acusados ante la justicia de incitación al odio; Geert Wilders fue declarado culpable de incitación a la discriminación racial en 2016, cuando exigió que hubiera "menos marroquíes" en los Países Bajos. Wilders describió su batalla en los tribunales como "el juicio contra la libertad de expresión" y la encuadró en léxico populista al afirmar que iba dirigida "contra un político que dice lo que la élite políticamente

correcta no quiere escuchar". Las leyes en materia de discursos de incitación al odio convertían a los Países Bajos en "una dictadura" y Wilders, al igual que su antecesor Fortuyn, reclamaba la abolición de esas leyes (Van Noorloos, 2014: 252). El encuadre del "defensor de la libre expresión" no es exclusivo de Europa del Norte: Nigel Farage calificó a la libertad de expresión como uno de "los máximos fundamentos de la sociedad occidental libre" (West Sussex Times, 2013) e hizo campañas contra la regulación de los medios de comunicación y la censura de las plataformas de redes sociales (Farage, 2018). También debe señalarse que quienes se sitúan en la extrema derecha (no populista) y en la alt-right adoptaron posturas similares; entre otros, Tommy Robinson y Richard Spencer, quienes en años recientes se posicionaron como defensores de la libre expresión o mártires de esa causa (Hoffman-Kuroda, 2017).

En el último tiempo, otro tema propio del liberalismo invocado por la derecha radical populista es el secularismo, si bien, como apunta Brubaker (2017: 1201), se trata de una forma bastante peculiar de secularismo:

Hoy, en Europa del Norte y Europa Occidental, la retórica secularista está dirigida contra los inmigrantes musulmanes y sus descendientes, cuya religiosidad se considera amenazante, pese a que el islam tiene escaso poder institucional, influencia política o autoridad cultural en la sociedad en general.

La particularidad de este secularismo se vuelve obvia si comparamos el modo en que se percibe el cristianismo como una fuerza –cultural antes que religiosa– benigna y la forma en que se visualiza el islam como una religión peligrosa, que todo lo abarca, en conflicto con una sociedad por lo demás "secular". Estos partidos son defensores de lo que Brubaker (2016) denominó "secularismo cristiano", según el cual la cristiandad –no la iglesia, sino la tradición cristiana en general– "se redefine como la matriz del liberalismo, el secularismo, la igualdad de género y los derechos gay". Esta tendencia puede observarse en la curiosa popularización del descriptor "cultura judeocristiana" empleado en el discurso de

la derecha radical populista de Europa Occidental, donde este fenómeno se encuadra como aunado al triunfo del liberalismo. Por ejemplo, el Dansk Folkeparti (2009) argumenta que "la cultura judeocristiana logró crear la libertad y la tolerancia que es la base de la democracia" contra "las religiones fundamentalistas, en especial el islam", mientras que, en los Países Bajos, Wilders defiende los valores judeocristianos contra el "totalitarismo" del islam, que no se considera una religión sino una "ideología totalitaria". Incluso Pim Fortuyn, cuya sexualidad parecería estar en conflicto con los hábitos sexuales conservadores de la iglesia cristiana, defendió el "humanismo judeocristiano" frente al islam (Kluveld, 2016).

Por último, el tema liberal de la libertad individual suele ser invocado por populistas de la derecha radical en un intento por validar sus credenciales liberales. También en este aspecto, los casos de Países Bajos son los más prominentes. Así, el Lijst Pim Fortuyn propuso políticas tendientes a legalizar el consumo de drogas, la prostitución y la eutanasia, y el Partij voor de Vrijheid sostiene "opiniones relativamente libertarias acerca de diversas cuestiones éticas", entre ellas "el derecho al aborto, la selección de embriones y la eutanasia" (Vossen, 2016: 55). También es posible detectar una combinación de libertarianismo y populismo de derecha en el libertarianismo antigubernamental del Tea Party Movement estadounidense, en las propuestas de políticas y en el discurso de Ron Paul –el candidato republicano alineado con ese movimiento en las primarias de 2008 y 2012– y de su hijo, el senador Rand Paul, en ciertos aspectos del discurso de Nigel Farage y en el enfoque adoptado por el populista canadiense Preston Manning.

Cabe preguntarse, entonces, si el populismo de derecha es compatible con el liberalismo. En cierta medida, la respuesta es afirmativa. Si entrecerramos los ojos y escuchamos literalmente el discurso de estos partidos y figuras respecto de los derechos de las minorías LGBTQ, la igualdad de género, el secularismo y la libertad, da la impresión de que el populismo de derecha puede combinarse con el liberalismo de manera bastante efectiva. Las invocaciones del populismo respecto de "el pueblo" contra "la élite" pueden combinarse sin incoherencias con la defensa de los grupos minoritarios y la libertad de expresión en un nivel discursivo y

retórico. Pero, si tomamos en serio las plataformas políticas de los populistas de la derecha radical, se vuelve evidente que su compromiso con el liberalismo dista de ser coherente. En lugar de defender de manera inequívoca los valores liberales, estos partidos tienden a elegir los elementos más propicios y útiles de esa tradición y los reformulan para cumplir fines que son, en última instancia, no liberales. Este hecho se manifiesta con claridad cuando se trata de defender la igualdad de género y los derechos LGBTQ: esa defensa solo sirve como tapadera para demonizar el islam. Como señaló Akkerman (2015: 56), los partidos populistas de la derecha radical tienden a adoptar un enfoque dúplice en las cuestiones de género:

> Los principios como la igualdad de género y la libertad de elección se enfatizan en el terreno de la inmigración y la integración, mientras que la mayoría de los partidos tienen una actitud conservadora cuando encaran asuntos vinculados con la familia, […] lo cual sugiere que su compromiso con el liberalismo es un mero instrumento de una agenda antiislam.

Lo dicho también se aplica a su defensa de la libertad de expresión, que tiende a depender de quién sea el interlocutor. Es raro ver que en una confrontación con sus enemigos ideológicos un populista de la derecha radical invoque el principio “Desapruebo lo que dices, pero voy a defender hasta la muerte tu derecho a decirlo”, que suele atribuirse a Voltaire; en rigor, Wilders reclamó en repetidas ocasiones que se prohibiera el Corán, adoptando una posición que no se esperaría de alguien que se autodefine como defensor de la libertad de expresión. En efecto, aparte del caso de Pim Fortuyn, cuyo compromiso con el liberalismo fue más coherente que el de muchos de sus compañeros de ruta de la derecha radical populista, la tibia actitud adoptada respecto de las libertades individuales y el conveniente recurso al “secularismo cristiano” indican que la lealtad de estos partidos a varios de los componentes medulares del liberalismo identificados por Freeden (2015) –en particular, la libertad, la racionalidad y el progreso– es débil.

¿Es posible, entonces, identificar siquiera en parte a la derecha populista con la tradición liberal? En cierta medida, todo depende de qué tipo de liberalismo hablemos. Gustavsson (2015) sostuvo convincentemente que no deberíamos pensar que el liberalismo es una escuela de pensamiento monolítica, ya que está integrada por subtipos o tendencias diferentes; las tres más importantes que la autora encuentra vigentes en la política europea contemporánea son el liberalismo de la Reforma, el liberalismo del Iluminismo y el liberalismo romántico. El liberalismo de la Reforma sigue a Locke al considerar la diversidad como valor liberal fundamental; el liberalismo del Iluminismo sigue a Kant al identificar la autonomía como el valor liberal primordial; y el liberalismo romántico sigue a Mill al señalar la expresión personal como el valor liberal fundamental. Es más, cada una de estas cepas posee una meta central que le es propia: el liberalismo de la Reforma busca alcanzar la tolerancia; el liberalismo de la Ilustración va tras la reflexión sobre uno mismo; el liberalismo romántico tiene como objetivo el sinceramiento de cada cual a cualquier precio.

Es obvio que los populistas de la derecha radical no abrevan en el liberalismo de la Reforma: sienten una profunda aversión por la diversidad y la tolerancia, a las que consideran valores y metas propias de “la élite”, una élite que desea imponer el multiculturalismo y el relativismo cultural a “el pueblo”, definido en términos nativistas, contra su voluntad. Y también es obvio que los populistas de la derecha radical tampoco toman demasiado del liberalismo iluminista –pese a que algunos invocan el Iluminismo, “los valores judeocristianos” y la “civilización occidental”– ya que, en líneas generales, sus argumentaciones no se relacionan con el compromiso con los valores propios del Iluminismo –la razón y la autonomía– y ya que –para decirlo en términos moderados– el sinceramiento personal no es una meta normalmente asociada con la derecha radical populista. Sin embargo, la forma de liberalismo que la derecha populista tiende muchas veces a invocar es la del liberalismo romántico, una forma “dura” que coloca por encima de todo la capacidad de “decir lo que sea” y de expresar “el verdadero yo”. Las acusaciones más comunes de la derecha radical populista –por ejemplo, contra el hecho de no poder decir “Feliz Navidad” en los Estados Unidos como resultado de la corrección política y la tolerancia excesiva a las culturas no cristianas por parte de “la

élite"– o las guerras culturales libradas en los Países Bajos en torno a la inserción racista del personaje Zwarte Piet [Pedro el Negro] en las celebraciones navideñas dan muestras de esto, así como los debates respecto del derecho a representar visualmente a Mahoma de los que hicieron uso varias figuras de la derecha radical populista.

Sin embargo, dado que el compromiso de esta derecha con el liberalismo parece ser más retórico que programático –es decir, sus representantes a veces hablan como liberales, pero en realidad no propugnan posturas ideológicas que reflejen liberalismo–, no deberíamos situarla en la familia liberal. Sugerí en otros trabajos que deberíamos, quizá, considerarlos ejemplos de "'iliberalismo liberal' donde los ataques no liberales contra determinados Otros asociados con 'la élite' […] se disfrazan con un discurso liberal" (Moffitt, 2017b: 113). Ese término paradójico refleja que el uso selectivo del liberalismo, que lo coloca al servicio de fines no liberales, no debería forzarnos a aceptar la autorrepresentación de la derecha populista: al elegir "iliberalismo" como sustantivo y "liberal" como descriptor, podemos reconocer que la exclusión es, en última instancia, la lógica que opera en la derecha radical populista.

La pregunta es esta, entonces: si sus plataformas políticas son, en esencia, no liberales, ¿por qué motivo se molestan los populistas de la derecha radical en utilizar el liberalismo como estrategia discursiva? Una de las razones es que los partidos no funcionan en el vacío: los contextos cultural, lingüístico e ideológico en que están anclados son importantes. En Europa del Norte, al menos, el pluralismo y los valores sociales liberales están relativamente aceptados por todos; por lo tanto, no debe sorprender que los actores políticos recurran a los recursos conocidos y a los que tienen acceso en este contexto. Como sostienen Halikiopoulou, Mock y Vasilopoulou (2013: 109), esta clase de partidos se mueven dentro de un "Zeitgeist cívico" caracterizado por una "tendencia hacia la tolerancia, la diversidad y los derechos"; y "es más probable que los votantes apoyen un partido de la derecha radical si lo perciben como 'normal' o 'legítimo', lo que, al menos en parte, significa democrático, efectivo y alineado con valores nacionales básicos" (2013: 111). Incluso en los casos en que una plataforma no está

particularmente “alineada” con esos valores nacionales, es sensato, desde el punto de vista estratégico, mantener al menos las apariencias y formularla en un lenguaje adecuado, lo cual está en consonancia con los cada vez más frecuentes intentos por parte de estos partidos de presentarse como más aceptables y acercarse al mainstream. El racismo biológico de las versiones más antiguas de estos grupos no resulta exitoso desde el punto de vista electoral o siquiera “aceptable” en los márgenes de la política partidaria de Europa Occidental y del Norte. Como resultado, se vieron obligados a mejorar su mensaje, a aprender a venderlo de maneras más sofisticadas y a adoptar tanto un lenguaje como posiciones que puedan aproximarlos al éxito electoral (véase Akkerman, De Lange y Rooduijn, eds., 2016).

Más allá de esto, el uso estratégico del discurso liberal le brinda a la derecha radical populista una manera “honorable” y “racional” de formular su islamofobia. Como se señaló, la apelación a los “valores iluministas” y el plagio del discurso del liberalismo constituyen opciones que con toda probabilidad resultarán mucho más atractivas o aceptables para el público que la xenofobia descarnada en esos contextos. Este fenómeno fue de la mano de la adopción del filojudaísmo, asociada con una cantidad de figuras de la derecha populista (Brubaker, 2017: 1202). En claro contraste con sus antecesores antisemitas, muchas de estas figuras consideran que los judíos son parte de la civilización “occidental ilustrada” que debe ser defendida del islam. El traslado de la embajada estadounidense en Israel de Tel Aviv a Jerusalén ordenado por Trump es prueba de ello, como también lo es la descripción de Jerusalén como la “frontera” de Occidente frente al islam que presentó Wilder en 2010: “Si Jerusalén cae en manos de los musulmanes, las siguientes serán Atenas y Roma”. El argumento es que “la cultura occidental es, en esencia, liberal, y los valores liberales solo pueden defenderse del islam por medio de una guerra cultural. Puesto que el islam es, básicamente, una religión no liberal, en esta visión debe ser íntegramente rechazada” (Akkerman, 2005: 348). Se traza así una línea clara entre quienes aseguran estar a favor de los valores liberales –los populistas y “el pueblo”– y aquellos a quienes se acusa de atacar esos valores –los musulmanes y “la élite”–; se acusa a esa élite de ser cómplice y de mirar con buenos ojos la islamización de la civilización occidental. En 2017, Wilders sostuvo que “casi todos

los políticos de los partidos establecidos estaban fomentando la islamización" y que "el establishment, la élite, así como las universidades, las iglesias y los sindicatos, los medios y los políticos ponían en peligro nuestras libertades garantizadas por la ley" (en PVV Fractie Noord-Brabant, 2017).

La izquierda populista, el liberalismo y el pluralismo

¿Qué puede decirse acerca de la izquierda populista? Es bastante obvio que la derecha radical populista utiliza el liberalismo de manera selectiva –y con fines, en última instancia, no liberales–, pero resulta más difícil afirmar lo mismo respecto de la izquierda populista, cuyo compromiso con algunos de los elementos centrales del liberalismo parece, a primera vista, más genuino: ciertos valores liberales aparecen reflejados no solo en el discurso de los populistas de izquierda (por ejemplo, su concepción pluralista y a veces heterogénea de "el pueblo"), sino también en sus plataformas partidarias, que suelen abordar las preocupaciones de un "pueblo" pluralista de manera más sustantiva que las plataformas de la derecha populista.

Estas distinciones se observan con mayor claridad cuando entra en juego la cuestión de la diversidad y el pluralismo. Incluso si una cantidad significativa de especialistas del mundo académico afirman que el populismo es lo opuesto del pluralismo porque propone una caracterización de "el pueblo" como entidad homogénea, esta aseveración no cuadra con la experiencia que tenemos respecto de varios partidos, actores y movimientos categorizados en líneas generales como populistas de izquierda. Por ejemplo, como se mencionó en el capítulo 1, la influyente definición de Mudde (2004, 543) describe el populismo como "una ideología de centro delgado que considera que la sociedad se encuentra, en última instancia, dividida en dos campos homogéneos y antagónicos, 'el pueblo puro' y 'la élite corrupta'" (el destacado me pertenece), mientras que Müller (2016: 19-20), en una línea similar, afirma que el populismo "enfrenta un pueblo moralmente puro y totalmente unificado contra élites consideradas corruptas" (el destacado me pertenece), y agrega que "los populistas siempre son antipluralistas" (2016: 20). Sin embargo, durante los últimos años, varios populistas de izquierda destacados han propugnado caracterizaciones de "el pueblo" acerca de las cuales no podría

afirmarse que delinean un pueblo “puro” ni “homogéneo”.[11]

Tomemos, por ejemplo, los dos partidos de izquierda populistas más conocidos surgidos en Europa en la última década –Syriza en Grecia y Podemos en España– que

adhieren al proyecto de una Europa políticamente integrada y solidaria, defienden a los inmigrantes y a los sectores sociales marginalizados, impulsan una sólida agenda de derechos sociales, tienen como blanco de ataque a las élites no solo políticas, sino también económicas y sociales, y aseguran luchar por la soberanía popular, la justicia social y la democratización (Kioupkiolis, 2016: 100).

La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon propugna una agenda igualmente progresista; su plataforma ideológica aborda cuestiones de racismo, derechos de las personas con capacidades diferentes, legalización de indocumentados, derechos LGBTQ e igualdad de género: difícilmente el programa de un partido “no pluralista” con una concepción “homogénea” de “el pueblo”. Mientras tanto, como se señaló en el capítulo 2, en América Latina Rafael Correa y Evo Morales allanaron el camino para la redacción de nuevas constituciones que promulgaron sus respectivos países, Ecuador y Bolivia, Estados plurinacionales, con reconocimiento explícito de diferentes “pueblos” (en plural) nacionales dentro del Estado. Es obvio que no estamos ante una noción “pura” u “homogénea” de “el pueblo”, sino ante una visión que reconoce legal y políticamente diferencias dentro del sistema de gobierno, aunque debe admitirse que, ante la tensión entre reconocer a estos pueblos diferentes en la práctica mediante el otorgamiento de derechos indígenas y el atractivo de la ganancia financiera proveniente de la extracción generalizada de recursos naturales, este último fue el ganador indudable.

Si bien este pluralismo se evidencia en los líderes y partidos conocidos de la izquierda populista, tal vez sea aún más visible en los “movimientos de las plazas” populistas y de izquierda que –

como vimos– emergieron a comienzos de los años diez de este siglo, por ejemplo, Occupy Wall Street e Indignados, que opusieron "el pueblo" –en la forma de "el 99%" o "la gente"– a "la élite" –en la forma de "el 1%" o "la casta"– (Gerbaudo, 2017). Esas percepciones de "el pueblo" no eran homogéneas; antes bien, estaban en línea con la índole interseccional de las identidades que constituían los movimientos. Como señala Aslanidis (2016b: 311), tanto los Indignados españoles como los griegos "pusieron de relieve el carácter inclusivo del movimiento al presentarse como provenientes de todos los sectores de la sociedad"; en rigor, en el caso de Occupy Wall Street, este carácter inclusivo se extendió en la práctica al famoso modelo de toma de decisiones por consenso propio del movimiento, que otorgaba literalmente a todo el que quisiera hacer un aporte la oportunidad de hablar y ser escuchado (a menudo en detrimento de tomar decisiones o concretar acciones). Si bien es posible que los populistas de izquierda visualicen la división entre "el pueblo" y "la élite" como la brecha fundamental de la sociedad, su "pueblo" dista mucho de ser uniforme: como señala Watkins (2016: 28) en el panorama general de estos movimientos, partidos y líderes, todavía está "más o menos fundado sobre la conciencia de una identidad interseccional, según el contexto nacional".

Las credenciales comparativamente más liberales de los populistas de izquierda respecto de los populistas de derecha también son más evidentes en su abordaje de las cuestiones vinculadas con el género y la sexualidad, al menos en el contexto europeo. La plataforma partidaria de Podemos (2019), por ejemplo, argumenta en favor de la necesidad de un secretario de Estado en materia de igualdad de género, propone medidas relacionadas con alternativas de vivienda para víctimas de violencia familiar y promete sancionar leyes contra la discriminación de personas por su sexualidad, como asimismo para la protección de los derechos de las personas intersexo y transgénero. Syriza, mientras tanto, promovió cambios legislativos que llevaron al reconocimiento oficial de las parejas del mismo sexo en 2015 (Petsinis, 2016) y en 2017 impulsó leyes que permitieron a los ciudadanos definir oficialmente su identidad de género, lo cual no fue una hazaña menor en un país donde la Iglesia Ortodoxa Griega conserva una enorme cuota de poder. El ministro de Cultura, Nikos Xydakis, formuló estos cambios en términos liberales:

Esto se trata de derechos civiles y humanos. […] Se trata de humanidad, solidaridad y dignidad. Hay momentos en que los políticos deben ser más progresistas que la sociedad, y estoy encantado de que Grecia ahora esté entre los países de la UE más progresistas en este terreno (cit. en Smith, 2017).

Mientras tanto, en América Latina, las constituciones sancionadas durante los períodos de Chávez, Morales y Correa incluyeron protecciones de los derechos de género y sexuales en una medida inédita en la región: Bolivia reconoció los derechos sexuales y reproductivos como derechos constitucionales, y Ecuador prohibió la discriminación sobre la base del género o la sexualidad (De la Torre, 2017c: 22). Es más, el Movimiento al Socialismo de Evo Morales introdujo normas de paridad de género que otorgaron a las mujeres la mitad de las candidaturas (Htun y Ossa, 2013), mientras el MAS y el Partido Socialista Unido de Venezuela, de Chávez, contaron con una mayor representación parlamentaria femenina que cualquier otro partido, lo cual llevó a Mudde y Rovira Kaltwasser (2015: 35) a afirmar que "los populistas de América del Sur tienden a promover la igualdad de género en sus países". Sin embargo, en términos de resultados, los datos actuales son, en el mejor de los casos, mixtos: si bien las leyes y las políticas han cambiado, las concepciones tradicionales de familia continúan vigentes en la base de la elaboración de políticas y en la práctica los derechos LGBTQ no avanzaron o jamás fueron reconocidos (De la Torre, 2017c). El panorama general en materia de género y sexualidad en el populismo de izquierda latinoamericano es que esos grupos son discursivamente parte de "el pueblo", pero de ello no se siguen, necesariamente, derechos concretos, lo cual plantea el interrogante de cuán liberal o pluralista es en la práctica la izquierda populista latinoamericana.

En un nivel discursivo, un motivo importante por el cual el populismo de izquierda, a diferencia de su contrapartida de derecha, puede al menos postular una caracterización más heterogénea de "el pueblo" reside en que su foco antielitista se dirige hacia intereses económicos antes que hacia cuestiones

socioculturales sostenidas en la identidad (March, 2007). Mientras la derecha populista debe plantarse en su posición en las guerras identitarias cuando tiene en la mira a los inmigrantes –se presume que un ataque efectuado contra un grupo sobre una base étnica o sociocultural requerirá que la identidad de "el pueblo" cuente con una base similar, sea o no explícita–, los populistas de izquierda tienen mayor margen de maniobra, pues su caracterización de "el pueblo" puede tener menos que ver con cuestiones socioculturales o identitarias y más con asuntos materiales de mayor alcance, lo cual permite interpretaciones más pluralistas y diversas.

Sin embargo, si volvemos a los diferentes enfoques delineados en el capítulo 1, el tema del populismo de izquierda y del modo en que este caracteriza a "el pueblo" plantea algunas preguntas de difícil respuesta acerca de cómo encaramos la identificación de los casos de populismo. Para algunos escritores ideacionales, cualquier indicio de concepción pluralista de "el pueblo" excluye, automáticamente, el caso de que se trate de la caracterización de populista, aunque el líder o el partido hagan campaña contra "la élite". Müller (2018) sostiene que "uno puede no estar de acuerdo con sus propuestas de políticas, pero ni los seguidores estadounidenses de Bernie Sanders y los socialistas democráticos, ni quienes respaldaron al líder laborista Jeremy Corbyn en el Reino Unido, son antipluralistas. Pueden abogar 'por los muchos, no por los pocos', pero distan de operar con una noción de pueblo puro". Cabría suponer que, debido a su concepción de "el pueblo" como "no puro", Podemos y los movimientos de las plazas también quedarían excluidos de la categoría populista según esta lectura. Lo anterior no significa que para los autores ideacionales no exista nada parecido a un populismo de izquierda (como apunta Müller, 2018, "no pretendo sugerir que no sea posible encontrar un populismo inherentemente antiliberal en la izquierda: el desastroso 'socialismo para el siglo XXI' venezolano constituye un ejemplo obvio") pero pone de manifiesto grietas o inconsistencias en esos enfoques. Mudde y Rovira Kaltwasser (2017, 2018), pese a concordar con Müller en que el populismo es antipluralista (en rigor, uno y otros afirman que el pluralismo es uno de los "opuestos" del populismo), identifican partidos como Podemos y Syriza y movimientos como Occupy Wall Street e Indignados como casos de populismo, al tiempo que señalan que los últimos

“intentaron desarrollar una definición de ‘el pueblo’ que incluyera a la mayoría de las minorías relegadas, entre ellas étnicas, religiosas y sexuales” (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017: 48). En una lectura estricta del enfoque ideacional, no debería ser teóricamente posible un populismo liberal o pluralista. En la práctica, parece que incluso para algunos estudiosos ideacionales existen diferentes tonos de gris a la hora de categorizar casos.

Entonces, ¿por qué insisten los especialistas en que el populismo es un fenómeno antidemocrático? La respuesta fácil es que muchos autores que estudian el ámbito de Europa y América del Norte asocian el populismo con la derecha radical populista (véase Stavrakakis y otros, 2017). Existen razones comprensibles para esa asociación: por ejemplo, en las últimas décadas la derecha radical populista ha sido más exitosa en resultar electa e instalar agendas que la izquierda populista; los medios de comunicación prestan mucha más atención a la derecha populista que a la izquierda populista; y por último, los estudios del populismo más consolidados y difundidos, de índole insular y eurocéntrica, tienden a prestar una atención pasajera y episódica a las regiones donde el populismo de izquierda ha logrado mayores éxitos, como América Latina.[12] Sin embargo, la existencia de esas razones no excusa la falta de precisión intelectual. La respuesta compleja es que mucho depende de qué se quiera decir cuando se habla de “pluralista” o “heterogéneo”: si nos referimos a la constitución de “el pueblo” sobre una base identitaria racial, étnica, de género o sexual, entonces la izquierda populista es más pluralista y más favorable a la heterogeneidad que su contraparte de derecha (teniendo en cuenta que su percepción de “el pueblo” siempre supone la exclusión de las “élites”, los conservadores, las grandes empresas, etc.). Esta es en parte la razón por la que Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) sostienen que existe una diferencia entre el populismo “de sesgo inclusivo” de la izquierda populista de América Latina y el populismo “de sesgo excluyente” de la derecha populista de Europa. Sin embargo, si entendemos el pluralismo y la heterogeneidad como la aceptación de múltiples concepciones del bien en la sociedad o en términos de pluralismo de ideas e ideologías políticas, nos situamos en un terreno mucho menos firme al señalar que los populistas de izquierda se aferran a algunos principios del liberalismo.

Esto se observa con notoria claridad en el modo en que los populistas de izquierda enfrentan los desafíos a su autoridad y sus concepciones en el terreno de la libre expresión, los medios de comunicación y la independencia de las instituciones consideradas vitales para el funcionamiento de las democracias liberales. En lo que respecta a los medios de comunicación, los populistas latinoamericanos de izquierda han llevado adelante el "estatismo mediático", en virtud del cual figuras como Chávez y Correa tuvieron como objetivo fortalecer "el poder mediático del presidente" y ejercieron "un control más firme de la prensa merced a leyes y fallos judiciales" (Waisbord, 2012: 508). En la práctica, esas políticas significaron la clausura (o expropiación) de empresas privadas de medios de comunicación que sostenían una actitud crítica respecto del gobierno populista; el ofrecimiento de reducciones fiscales o permisos de importación a medios afines al gobierno; la sanción de leyes vagamente formuladas acerca de las responsabilidades de los medios atinentes "a la preservación del orden público" (al parecer, deliberadamente formuladas en tales términos), y el recurso frecuente a las leyes antidifamatorias por parte de Correa, quien de hecho no es amigo del periodismo, a cuyos integrantes llama "desgracia humana, bestias salvajes e idiotas que publican basura" (cit. en Conaghan y De la Torre, 2008: 278). En líneas generales, sobre América Latina puede señalarse:

En lo vinculado a cuestiones de prensa, el antiliberalismo del populismo se ancla en la convicción de que el Estado es necesariamente una fuerza de bien que no requiere controles ni equilibrios sólidos y eficaces. Las políticas populistas en materia de medios, al igual que su concepción del periodismo, están insertas en la convicción de que el Estado es inherentemente una fuerza positiva de transformación y, por ende, no son necesarios los mecanismos de rendición de cuentas (incluida una prensa crítica) (Waisbord, 2012: 14-15).

De manera similar, muchos populistas de izquierda se han mostrado poco amigos de las instituciones independientes, que a su entender debilitan la voz de "el pueblo". Tanto Correa como Chávez y

Morales amañaron los tribunales con jueces leales (De la Torre, 2013, 2017a), lo cual significó que, lejos de tratarse de cuerpos no partidarios que se pronunciaran imparcialmente sobre cuestiones legales, esos tribunales se convirtieron en herramientas politizadas de los poderes populistas gobernantes y ayudaron a impulsar cambios constitucionales en favor de los gobernantes. A diferencia de una toma del poder estrictamente autoritaria de los tribunales, sin embargo, la mengua de la independencia del Poder Judicial en Ecuador, Venezuela y Bolivia fue resultado de "procedimientos de facto informales […] que le permiten al gobierno señalar su preservación de las instituciones democráticas formales, aunque las subvierten desde dentro" (Taylor, 2014: 256). Más recientemente, el gobierno de Syriza en Grecia fue acusado de manipular los tribunales: el nucleamiento más alto del foro del país, la Unión Griega de Jueces y Fiscales, acusó al gobierno de "intentar manipular y controlar sistemáticamente la justicia […] para que funcione como un mecanismo de gobierno" (véase Hope, 2017). Los populistas de América Latina también han tenido en la mira a las ONG: Chávez, Correa y Morales intensificaron sus poderes de control en ese sector, lo cual les permitió sancionar o clausurar aquellas que se desviaban de las actividades enumeradas en sus estatutos o que pudieran interferir o socavar el orden público (De la Torre, 2017a). La elección poco precisa de palabras otorga a los líderes gran cantidad de poder y discrecionalidad en lo referente a interpretar esas "interferencias" o decidir qué debe considerarse como tal.

Estas tácticas forman parte de lo que Weyland (2013: 19) ha denominado "legalismo discriminatorio" de la izquierda populista latinoamericana, su "uso discrecional de la ley con fines políticos", que puede sintetizarse en la máxima: "Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley" (2013: 23). Chávez es, sin duda, el modelo en la región: las amenazas a los medios independientes, el amañamiento de los tribunales y la deslegitimación de las voces y fuerzas opositoras fueron imitados por otros que lo consideraron un guion exitoso que seguir, según apunta De la Torre (2017a) cuando refiere la difusión del modelo bolivariano. Es importante señalar en este aspecto que la novedad y el influjo del modelo radican en que presenta una "cara atractiva" (Weyland, 2013: 19): no es abiertamente autoritario, sino que, como señala De la Torre (2017a:

1283), “está arraigado en tradiciones democráticas, no en ataques fascistas o comunistas contra la democracia”. Así, “el bolivarianismo se concibió y se percibió como una alternativa a los déficits participativos y de legitimidad de las democracias liberales y a las desigualdades producidas por las políticas neoliberales” (2017a: 1283), y como resultado, a veces es posible diluir en explicaciones o pasar por alto este legalismo discriminatorio sobre la base de la “retórica progresista” (Weyland, 2013: 19) y los modelos participativos que ofrecen los populistas de izquierda. Cuando el atractivo o la eficacia de este modelo se desvanecen –como ocurrió en Venezuela bajo Nicolás Maduro–, los apuntalamientos antipluralistas y antiliberales más brutales quedan expuestos. Se puede hablar todo cuanto se quiera de un “pueblo” pluralista, pero si se persigue a las ONG, se amaña el Poder Judicial y se amordaza a la prensa, estamos ante un gobierno claramente no liberal. Vemos aquí una importante línea divisoria entre el populismo de izquierda de América Latina y el de Europa Occidental: el iliberalismo del primero es, probablemente, mucho más acentuado que el del segundo.

Si se toma esto en cuenta, ¿es posible identificar a la izquierda populista con alguna forma de liberalismo, aun si esa forma solo gira en torno a la caracterización de “el pueblo”? Lo primero que debe señalarse es que, a diferencia de la derecha populista, la izquierda populista rara vez reclama para sí la etiqueta de “liberal”. Los actores populistas de la izquierda suelen asociar ese término con quienes se sitúan en la centroizquierda o la centroderecha del espectro y a su entender han traicionado sus valores al alinearse con el neoliberalismo y la globalización. Si existe alguna tendencia liberal que la izquierda populista adopte, esa es (para retomar la división de Gustavsson, 2015, entre subtipos de liberalismo –véase el apartado anterior, “La derecha populista y la conversión del liberalismo en un arma”–) un “liberalismo de la Reforma”. A diferencia de las formas de liberalismo propias del Iluminismo o del Romanticismo, esta vertiente asume un compromiso con la diversidad e invoca la tolerancia como meta última. Y, si bien podemos no llegar al extremo de considerar “tolerantes” a los populistas –resulta muy difícil encontrar algo de la filosofía liberal del “vivir y dejar vivir” en cualquiera de sus cepas ideológicas–, es importante reconocer, como mínimo, la aceptación de la diversidad

en la percepción de “el pueblo” propugnada por la izquierda populista.

* * *

En líneas generales, si bien la oposición binaria populismo versus liberalismo puede funcionar limpiamente en el nivel conceptual, este capítulo mostró que la realidad es mucho más compleja: los populistas de la derecha radical remedan cada vez más el lenguaje del liberalismo en sus ataques a los otros y a “la élite”, o incluso se autodenominan “liberales”, mientras los populistas de izquierda tienden a ofrecer una concepción más plural y heterogénea de “el pueblo”, que a veces puede traducirse en políticas progresistas en favor de los menos privilegiados y a menudo olvidados de la sociedad (aunque puede ir también en la dirección contraria, como se observa en la brecha entre el populismo de izquierda de América Latina y el de Europa Occidental). En pocas palabras, el populismo no es necesariamente lo “opuesto” del liberalismo, pero puede combinarse con este de diferentes modos y con diferentes grados de compromiso y éxito.

Al respecto, resulta de utilidad descomponer en sus elementos esos compromisos. El compromiso de la derecha radical con el liberalismo parece activo meramente en el nivel discursivo: se recurre a argumentos relativos a la libre expresión, la igualdad de género y los derechos de las minorías sexuales para expresar un “iliberalismo liberal” que procura, en última instancia, excluir a los otros. Esos argumentos tienden a explotar un liberalismo “romántico” que valora la autoexpresión por encima de cualquier otra cosa; de ahí la constante insistencia respecto de que en los “viejos tiempos” podíamos “decir lo que queríamos” y que esos derechos han sido ahora cercenados debido al aumento de la inmigración y la colusión de la élite con las minorías. El compromiso de la izquierda con los derechos liberales también está activo en el nivel discursivo, con una concepción más pluralista y heterogénea de “el pueblo” que, a veces, puede extenderse al nivel

programático: algunos populistas de izquierda defienden los derechos de minorías perseguidas en sus plataformas partidarias (aunque, como ya se vio, esto no siempre resulta en acciones concretas). Sin embargo, persiste el interrogante sobre en qué medida este compromiso con el pluralismo y la diversidad es un reflejo de izquierdismo antes que de populismo.

Todo lo anterior nos devuelve a la cuestión de si el populismo se concibe como una ideología o como un discurso. Si es un discurso, entonces no resulta problemático considerarlo compatible con el pluralismo: si los populistas de izquierda construyen a "el pueblo" como un grupo diverso y heterogéneo podemos decir, con razón, que son pluralistas, porque el discurso –lo que dicen, cómo hablan, cómo construyen diferentes identidades en sus sistemas de significados– es lo que importa. Si, en cambio, el populismo se entiende como una ideología –de arraigo más profundo, cuya existencia puede ser un programa de creencias explícito o bien un conjunto de actitudes–, entonces nos vemos en terreno menos firme para señalar que el populismo de izquierda dispone de credenciales liberales o pluralistas, habida cuenta del modo en que los populistas de izquierda latinoamericanos debilitaron de manera evidente condiciones liberales básicas de aquello que se considera necesario para que una democracia liberal funcione de manera adecuada.

Nada de lo dicho significa que los populistas de cualquier vertiente ideológica sean liberales. El objetivo del análisis expuesto en el presente capítulo radicó en poner de manifiesto que la afirmación de que populismo y liberalismo se excluyen mutuamente plantea problemas. No todos los populistas son por completo antiliberales, como ya vimos; o, en otras palabras, algunos populistas son "más liberales" que otros. Esos lineamientos pueden adoptar la forma de una visión diferenciada de "el pueblo" o la adopción de ciertos tropos del discurso liberal. Hecha esta salvedad, hay populistas que se oponen de manera radical al liberalismo y no están siquiera interesados en pasar por liberales sin serlo. El caso más notorio es el de Viktor Orbán, de Hungría, quien enunció explícitamente su deseo de convertir a Hungría en una "democracia no liberal". En otros puntos del planeta, Rodrigo Duterte, de Filipinas, parece encontrar gran placer en desdeñar las normas del liberalismo, mientras que Thaksin Shinawatra, de Tailandia, les dijo a sus

seguidores que “la carga de la democracia liberal –el cumplimiento de la ley, la libertad de expresión, los derechos humanos, el contralor por parte de la oposición parlamentaria, los controles de las acciones del Ejecutivo– les había hecho flaco favor en el pasado” (Phongpaichit y Baker, 2009: 239) y les pidió que abandonaran ese sistema. No debemos siquiera considerar la idea de que estas figuras estén en modo alguno –institucional, discursiva o simbólicamente o de cualquier otra forma– alineadas con alguno de los principios del liberalismo, como una y otra vez lo dejaron en claro. Pero puede decirse que la línea que divide al populismo del liberalismo es cada vez menos nítida. Como escribió Freeden (2008: 26), “puede existir un solapamiento morfológico sustancial entre los conceptos y el vocabulario del populismo y el liberalismo”; al parecer, somos testigos del modo en que las ramificaciones de ese solapamiento se despliegan empíricamente. Por tanto, debemos ser cautelosos y, en vez de considerar que la línea entre el liberalismo y el populismo es decididamente clara, tomar nota de cómo, por qué y cuándo esos dos fenómenos se intersecan en el paisaje político contemporáneo.

▪

[11] Es probable que esta afirmación no pueda aplicarse ni siquiera a la totalidad de la derecha populista; como escribió Lucardie (2009: 321), “por cierto populistas liberales como el holandés Pim Fortuyn, pero también el Silvio Berlusconi de Forza Italia, distinguen diferentes clases dentro del pueblo”.

[12] Un análisis del “sesgo atlántico” en la bibliografía sobre populismo consta en Moffitt (2015b).

5. Populismo y democracia

Enfrentémoslo: todo lo que se diga acerca del populismo suele resumirse en la pregunta acerca de si el populismo es, en última instancia, bueno o malo para la democracia. El hecho de que esta pregunta se plantee tan a menudo –y suscite debates tan reñidos– es bastante revelador. Nos dice que el tema que nos ocupa no es algo que fácilmente y sin a dudas quepa considerar positivo o negativo; no es como si analizáramos el fascismo (que obviamente es perjudicial para la democracia), aunque tampoco pareciéramos hablar de la deliberación o el incremento de la participación política (algo claramente benéfico para la democracia). Y si bien quienes se ubican a ambos lados de la división populismo-antipopulismo presentan argumentos de peso respecto de las credenciales democráticas o antidemocráticas de este fenómeno, continúa rodeado por un halo de confusión y ambivalencia.

¿Cuál es el motivo? En el presente capítulo se sostiene que el modo en que se responda la pregunta del millón depende, en realidad, del subtipo de democracia al cual se adhiera: si se trata de una democracia liberal, se considerará al populismo como una amenaza a los controles y equilibrios, y también a la protección de las minorías; pero si el subtipo de democracia es radical, se pensará que el populismo abre un espacio para la reconstitución de "el pueblo" y la reorganización de un paisaje político posdemocrático en franca decadencia.[13] Para sustentar esta aseveración, en este capítulo se delinean e interrogan esas posiciones –centrales en el debate contemporáneo– acerca de la relación del populismo con la democracia. Respecto de la postura liberal, se recurre al trabajo de autores como Müller (2016), Rumens (2017), Urbinati (2019) y Mounk (2018) –que provienen en su casi totalidad del campo ideacional– para explicar por qué esos pensadores creen que el populismo constituye una amenaza no solo para la democracia liberal sino para la democracia en general y qué debería hacerse para contrarrestar sus efectos. En relación con la postura de la

democracia radical, se recurre al influyente trabajo de Laclau (2005a), Mouffe (2018) y sus seguidores –que en su casi totalidad pertenecen al campo performativo-discursivo– para exponer por qué estos pensadores consideran que la adopción estratégica del populismo de izquierda es la mejor salida en estos tiempos "pospolíticos", cuáles son sus rasgos radicalmente democráticos y cómo construyen ese argumento como una crítica del liberalismo. [14]

Mediante la comparación y la evaluación de ambas posiciones, este capítulo sostiene que los dos lados tienen también visiones diferentes acerca de la potencialidad del populismo: mientras los liberales ven al populismo como precursor del autoritarismo, para los demócratas radicales el populismo de izquierda anuncia el nacimiento de un orden político plural y verdaderamente radical. En las siguientes páginas se ponderan los defectos de los que adolecen las dos visiones –del lado liberal, la creciente tendencia a combinar el fenómeno del autoritarismo con el populismo; del lado radical, la preocupante propensión a pasar por alto los problemas que entraña la centralidad del líder populista– y el modo en que esas deficiencias a veces pueden llevar a una interpretación selectiva de las credenciales democráticas o antidemocráticas del populismo.

Democracia liberal y populismo

A partir de lo expresado en el capítulo anterior, ya conocemos el motivo por el que los liberales consideran que el populismo constituye una amenaza a los principios del liberalismo. Pero ¿cuáles son sus argumentos en contra del populismo en lo atinente a constituir una amenaza para la democracia liberal? En esencia, muchas de sus preocupaciones son las mismas, pero sus fines son diferentes; es decir, los demócratas liberales sostienen que las características del populismo que amenazan al liberalismo también amenazan a la democracia. En ese sentido, las dos principales amenazas son la caracterización de "el pueblo" y el tratamiento dispensado a la oposición por parte del populismo. A continuación, las analizaremos por separado.

Los teóricos liberales afirman que el problema fundamental del populismo en lo relativo a la democracia radica en su concepción homogénea de "el pueblo". Por ejemplo, Rummens (2017: 561) argumenta que el problema es que "el populismo cree que la voluntad del pueblo es singular, que puede ser captada y representada en forma directa por el partido populista, y que se la puede imponer al conjunto de la sociedad aun al costo de la libertad individual de porciones de la ciudadanía", mientras que Müller (2016: 3-4) señala que "esta idea de un pueblo único, homogéneo y auténtico es una fantasía; como dijo alguna vez el filósofo Jürgen Habermas: 'el pueblo' solo puede existir en plural". A los ojos de los demócratas liberales, el problema no solo afecta al liberalismo (en lo vinculado a que la homogeneidad de "el pueblo" viola la libertad de los individuos) sino también a la democracia misma, por cuanto la democracia se funda sobre el supuesto de que no existe una "verdadera" voz de "el pueblo" a la espera de ser descubierta y expresada por un representante político, sino que dentro de un sistema de gobierno existen visiones múltiples y contrapuestas. La democracia, desde esta perspectiva, puede dar cuenta de pueblos plurales, según la formulación de Habermas mencionada por

Müller, mientras que el populismo solo puede representar a “el pueblo” singular, opuesto a “la élite” y a los otros actores asociados a ella. Como expone Urbinati (2017: 573), el populismo plantea un problema para la democracia en este sentido: “Es impaciente ante la tensión entre el pluralismo de los intereses sociales y la unidad del sistema de gobierno” y ofrece “una representación del pueblo como unidad, […] fusionando los intereses que existen dentro de la sociedad en un significado unificado que representa a la totalidad”. En este aspecto, el populismo desempeña una función sinecdótica: “el pueblo”, una parte del sistema de gobierno, pasa a representar todas las identidades y visiones legítimas dentro del total del sistema. Por eso, no debe confiarse en la promesa del populismo de devolver el poder a “el pueblo”, una suerte de versión de la democracia como un “retorno a los orígenes”: Rummens (2017: 561) argumenta que la idea del “populismo como ‘democracia pura’ no representa un pilar constitutivo de la democracia liberal, sino una ideología en profunda discrepancia con sus valores y procedimientos fundamentales”.

El segundo desacuerdo fundamental de los liberales con el populismo en lo referente a la democracia es el tratamiento que dispensa a los opositores, en especial, el hecho de “negarse a reconocer la legitimidad de cualquier oposición” (Müller, 2016: 3). Esta actitud nace de la percepción populista de que la voz de “el pueblo” es la única legítima en una democracia: si los opositores expresan opiniones disidentes, estas no son válidas ni aceptables, pues solo los populistas tienen acceso a la “verdadera” voz de “el pueblo”. De acuerdo con la mirada liberal, los populistas se abocan a una forma schmittiana de hacer política que funciona como un enfrentamiento agonístico entre amigos y enemigos, en el cual estos últimos deben ser destruidos. Basado en el trabajo de Mouffe (2000) sobre las tensiones que caracterizan a la democracia liberal, Rummens apunta que una de sus fortalezas clave es que nos permite pasar de esa forma básica de relación antagónica –sentimiento de enemistad y conflicto entre oponentes políticos que los lleva a desear destruirse unos a otros– a una relación agónica, en la que los oponentes, pese a disentir en las cuestiones más sustantivas, reconocen al menos la legitimidad del otro en el marco del sistema democrático liberal y comparten el compromiso con los valores básicos de ese sistema. En esas circunstancias,

la tendencia de los populistas a deslegitimar a sus opositores no suele apreciarse plenamente en tanto característica definitoria del populismo y […] elemento crucial de la amenaza que el populismo significa para la democracia. Precisamente esa deslegitimación explica las tendencias autoritarias del populismo y la razón por la que es fácil para los políticos populistas convertirse en líderes autocráticos (Rummens, 2017: 562).

De hecho, no es necesario hurgar demasiado lejos para encontrar ejemplos de este tipo de deslegitimación. La experiencia venezolana durante el mandato de Chávez y, a continuación, de Maduro, la experiencia húngara bajo el gobierno de Orbán y la experiencia turca con Erdoğan revelan que los populistas exhiben una firme tendencia a deslegitimar a sus oponentes, a menudo mediante el recurso a la censura o a la desfinanciación o bien haciendo uso de la ley, la justicia o los medios de comunicación para acallar sus voces.

Dado que los demócratas liberales acérrimos ven al populismo no solo como una amenaza al liberalismo, sino también a la democracia, tienden a rechazar la muy difundida narrativa surgida en torno al populismo en años recientes. Según esa narrativa, el populismo es una forma de "democracia no liberal" –vale decir, una democracia sin derechos– que nació en respuesta a un "liberalismo no democrático" cada vez más acendrado: un otorgamiento de derechos sin democracia (Mounk, 2018; Mude, 2015). Para Müller, el término "democracia no liberal" no debe rechazarse por contradictorio; señala ejemplos históricos, como el de los democristianos europeos, que eran demócratas y orgullosamente no liberales: para ellos, el liberalismo estaba filosóficamente asociado con el individualismo, el materialismo y el ateísmo, a los que consideraban males del capitalismo que entraban en conflicto con sus valores cristianos. Sin embargo, Müller argumenta que la etiqueta debe rechazarse en el caso de los populistas, pues su iliberalismo es de otra índole: ya no filosófico, que podría combinarse con la noción de democracia, sino institucional, que no admite la democracia dado su completo desprecio por la justicia, los medios de comunicación libres, los derechos de las minorías, los

derechos de la oposición, etc. El autor considera que esas protecciones institucionales son esenciales para el funcionamiento básico de cualquier sociedad democrática, liberal o de otro tipo; un sistema de gobierno en cuyo seno las oportunidades de formular opiniones disidentes se vean gravemente cercenadas no constituye un problema solo para el liberalismo, sino para la democracia en general. Como señala Müller (2016: 55),

debemos diferenciar las sociedades no liberales de los sitios donde son víctimas de ataques la libertad de expresión y de reunión, el pluralismo de los medios de comunicación y la protección de las minorías. Esos derechos políticos no atañen solo al liberalismo (o al estado de derecho): son constitutivos de la democracia como tal.

Si el populismo constituye una amenaza a la democracia, entonces, ¿qué consideran los autores liberales que debería hacerse al respecto? A la hora de contestar esta pregunta, en la bibliografía del campo de la teoría política hay visiones contrapuestas. Por un lado, los liberales como Müller (2016: 84) sostienen que los populistas suelen tener reclamos legítimos (aunque expresados de manera preocupante) y, por consiguiente, siempre que permanezcan dentro de los límites de la ley, sus opositores y los medios de comunicación tienen la obligación de interactuar y tratar con ellos en cuanto oponentes legítimos. Es más, Müller formula una advertencia contra la tan difundida estrategia de patologizar a los seguidores de los líderes populistas –por ejemplo, promoviendo la idea de que quienes apoyan el populismo son "perdedores [xenófobos] del proceso de modernización"[15] o reproduciendo el análisis en el que Clinton calificó a los partidarios del populismo como "deplorables"–, y señala que

en este aspecto, liberales supuestamente tolerantes parecen estar repitiendo el gesto excluyente de sus ilustres antecesores decimonónicos que desconfiaban de ampliar el derecho al voto porque las masas eran "demasiado sensibles a las emociones" como

para ejercerlo de manera responsable (2016: 17).

Para Müller, esta estrategia preserva el potencial de alimentar sentimientos de exclusión e impotencia, los cuales, irónicamente, con toda probabilidad echarán combustible al fuego populista.

Por otro lado, liberales como Rummens propugnan una estrategia mucho más severa respecto de cómo abordar el populismo: invocan una versión del enfoque de la democracia militante asociado con Lowenstein (1937). Si se desea proteger a los regímenes democráticos en el largo plazo, es necesario limitar las libertades de los enemigos de la democracia liberal, que es lo que Rummens considera que son los populistas. Según este enfoque, los partidos populistas pertenecen, en esencia, a la misma familia que los extremistas, los autoritarios y los antidemocráticos: Rummens (2017: 564) sostiene que "en la medida de lo posible, no se debe permitir que los partidos populistas tengan participación en el gobierno". Aún más, recomienda la estrategia de establecer un cordón sanitario alrededor de los populistas; es decir, la idea de que los otros partidos deben ignorarlos, oponerse a ellos y rehusarse a cooperar con ellos. Esta estrategia tuvo un éxito relativo contra Vlaams Blok-Vlaams Belang (Bloque Flamenco-Pertenencia Flamenca) en Bélgica (véase Pauwels, 2011), pero fracasó en Suecia, donde la adopción de la estrategia del cordón sanitario contra Sverigedemokraterna (Demócratas Suecos) solo pareció fortalecer las credenciales antielitistas y populistas del partido: en 2017 obtuvo el 17,5% de los votos, su mejor resultado en una elección. En otros ámbitos, otros liberales sugieren propuestas para cubrir la necesidad de "unir a la ciudadanía en torno a una concepción común de su nación; darle esperanzas concretas respecto del futuro económico; fortalecer su resistencia ante las mentiras y el odio con los que lidian a diario en las redes sociales" (Mounk, 2018: 194); o ideas tales como reformas estructurales amplias orientadas a acelerar el crecimiento económico, alcanzar el pleno empleo y transitar un ambiguo "cambio cultural" (Galston, 2018) para hacer frente al populismo. Todo esto suena muy bien desde una perspectiva liberal-democrática, pero no logra explicar el hecho de que a los populistas les ha ido bastante bien en países que,

en teoría, ya satisfacen muchos de los criterios mencionados –por ejemplo, Escandinavia, Suiza, los Países Bajos y Nueva Zelanda–, lo cual muestra que esas estrategias pueden no resultar demasiado efectivas como salvaguardas de las democracias liberales contra la amenaza percibida que plantea el populismo.

Democracia radical y populismo

Si los demócratas liberales ven al populismo como una de las amenazas más graves que enfrenta la democracia en la actualidad, los demócratas radicales lo conciben –al menos en su versión de izquierda– como una panacea para los innumerables problemas de los que hoy en día adolece el sistema democrático. Contra un sistema político cada vez más cerrado, en el que el poder se concentra en las manos de unos pocos y la valentía política brilla por su ausencia, el populismo se considera capaz de revolucionar el statu quo y renovar la democracia en nombre de "el pueblo". Los autores más destacados asociados con esta visión son los pensadores posmarxistas Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes en los últimos treinta años postularon el populismo como el único modo de gestar una verdadera democracia radical. Visto que Laclau es un autor clave y una influencia fundamental para la tradición discursivo-performativa en el abordaje del populismo, no es sorprendente que muchos simpatizantes del populismo de izquierda se inscriban dentro de este enfoque teórico.

La argumentación de estos teóricos en favor del populismo se basa en la premisa de que "la construcción de un 'pueblo' es condición sine qua non del funcionamiento democrático" (Laclau, 2005a: 169): en esencia, si no hay "pueblo" no hay democracia. Y dado que el populismo es, quizá, la forma política que se interesa más explícitamente en la construcción de "el pueblo", para estos pensadores el populismo representa el camino hacia una verdadera democracia radical. A diferencia de las formas políticas que construyen su apelación en torno a identidades políticas como la clase, la raza, el género o la sexualidad, el populismo lo hace en torno a "el pueblo", un significante abierto y flexible capaz de absorber un amplio abanico de identidades y demandas políticas; esto explica por qué el populismo resulta una perspectiva atractiva para los demócratas radicales. Por lo tanto, si bien las apelaciones dirigidas a "la clase trabajadora" se encuentran necesariamente

limitadas a un estrato socioeconómico particular, aquellas formuladas en nombre de “el pueblo” pueden estar dirigidas a cualquiera. La flexibilidad, apertura e indeterminación de “el pueblo” en tanto significante funciona como una fortaleza, dado que permite inscribir o leer en él una cantidad indefinida de demandas, luchas, identidades y apelaciones políticas: en esencia, “el pueblo” puede significar lo que cualquiera desee que signifique.

Si la construcción de “el pueblo” es, en efecto, la condición sine qua non de la democracia, ¿de qué modo se lleva a cabo concretamente esa construcción en el populismo? En su libro La razón populista, Laclau (2005a) desarrolla una argumentación al respecto. En primer lugar, sostiene que la unidad mínima del análisis sociopolítico no es una identidad (por ejemplo, “soy marxista”), sino una demanda. Una demanda puede ser algo tan trivial como un pedido de mejoras viales dirigido al concejo deliberante municipal o de gran alcance como un pedido de cierre de fronteras a la inmigración o la instauración de un salario básico universal. En la exposición de Laclau, en cualquier sistema político, cuando una demanda queda insatisfecha o permanece sin respuestas y luego se enfrenta a otras demandas no satisfechas, todas ellas comienzan a articularse en una “cadena equivalencial”. Comparten

la equivalencia de ser insatisfechas y

una relación antagónica con el mismo enemigo: “el sistema”, “el establishment” o “la élite” que se rehúsa a aceptar las demandas u ocuparse de ellas.

Así empieza a formarse una barrera entre quienes formulan las demandas y quienes las frustran. De allí en más, la cadena equivalencial, todavía débil, entre los primeros –el grupo con demandas insatisfechas– encuentra identidad y expresión como “el pueblo” por medio de la representación y el liderazgo de la figura,

el movimiento o el partido populista que logra explotar esa frustración y pedir que se hagan cambios en el sistema (o incluso que se cambie la totalidad de ese sistema) en nombre de "el pueblo". Para Laclau (2005b: 47), todas las políticas basadas en trazar líneas claras entre "el pueblo" y los otros son populistas:

Si el populismo consiste en la postulación de una alternativa radical dentro del espacio comunitario, una elección en la encrucijada de la cual depende el futuro de una determinada sociedad, ¿no se convierte el populismo en sinónimo de política? La respuesta solo puede ser afirmativa.

Esta defensa del populismo como una forma de política radicalmente democrática se enmarca en el contexto de una crítica del liberalismo. Los demócratas radicales arguyen que, a diferencia de los liberales, quienes supuestamente alientan el objetivo ingenuo y utópico de superar las diferencias políticas mediante el consenso, los populistas entienden cabalmente que cualquier proyecto político se basa, en esencia, sobre una división entre grupos rivales. Según ellos, los liberales solo desean "superar" o "ir más allá" del debate ideológico, lo cual significa clausurarlo, mientras que los populistas dan el valor debido a esas divisiones y, así, revitalizan la política. El populismo, por lo tanto, no es un proyecto antipolítico, como a veces se da por sentado, sino ultrapolítico: tanto el hecho de trazar una clara línea divisoria entre "el pueblo" y "la élite" como su politización de la frontera que los separa son política pura para los demócratas radicales. Estas fronteras no pueden borrarse ni eliminarse mediante la esperanza del acuerdo y la deliberación: los demócratas liberales reconocen "la realidad primaria de la lucha en la vida social" y "el rol integrador que desempeña el conflicto en la democracia moderna" (Mouffe, 2000: 113), y creen que "la política democrática debe tener carácter partidario" (Mouffe, 2005b: 6). Precisamente con estas visiones están de acuerdo los populistas.

De hecho, algunos demócratas radicales llegan a culpar a los liberales por el ascenso del populismo de derecha, que ellos intentan contrarrestar propugnando el populismo de izquierda. Para

Mouffe (2018: 4), la adopción de la tecnocracia, la fetichización de la política "racional" y "sensata", y la celebración del consenso por parte de los liberales han llevado a una situación "'pospolítica' [que] originó un proceso de desafección respecto de las instituciones democráticas". La autora centra su ataque en el viraje de muchos partidos socialdemócratas hacia la centroderecha según el modelo de la Tercera Vía del Nuevo Laborismo de Tony Blair, de la década de 1990, y argumenta que cedieron terreno a los populistas de derecha, en la medida en que estos fueron las únicas voces que se hicieron oír contra la globalización neoliberal en la esfera electoral. Al internalizar el eslogan de Thatcher –"No hay alternativa"–, "los partidos socialdemócratas han aceptado los Diktate del capitalismo financiero y los límites que imponen a las intervenciones estatales y sus políticas redistributivas" (Mouffe, 2018: 17); de esa manera, se redujo el abanico de opciones reales relativas a cuestiones políticas sustantivas que se ofrecían a los votantes a la hora de depositar el sufragio.

La otra característica del populismo que admiran los demócratas radicales es su compromiso con las emociones y las pasiones. Mientras los modelos dominantes de democracia deliberativa liberal propugnan una visión "racional" y, en cierto modo, desapasionada de la política, a los ojos de los demócratas radicales, uno de los puntos fuertes del populismo reside en que no trata de negar el papel central, quizá incluso primario, que cabe a las emociones en la política. Mouffe (2005a: 55) argumentó que "a menudo, los partidos populistas de derecha son los únicos que intentan movilizar las pasiones y crear formas colectivas de identificación" y que los abordajes (liberales) dominantes en el estudio del populismo no comprenden el fenómeno, pues adoptan un

marco teórico racionalista […] inspirado por […] un marco económico o moral, que les impide comprender la imposibilidad de erradicar el antagonismo, así como el rol central desempeñado por las pasiones, en la formación de identidades políticas colectivas (2005a: 69).

Laclau dedicó una porción significativa de La razón populista a reflexionar acerca del rol del afecto en el populismo; más específicamente, recurrió a la teoría psicoanalítica para analizar de qué manera obra la jouissance [el goce] en esta esfera. Para los demócratas radicales, la tarea de la política no radica en dejar de lado las emociones, las pasiones y los afectos, y debatir medidas "racionalmente", en su propio mérito, sino reconocer que esos fenómenos están en el núcleo mismo del modo en que se construyen y accionan las identidades políticas: y los populistas lo hacen muy bien, ya que profusa y abiertamente recurren a fuertes sentimientos de amor, entusiasmo y esperanza, así como odio, disgusto, repulsión y miedo a la hora de construir su apelación a "el pueblo" y de gestionar la relación libidinal entre líderes populistas y seguidores.

En líneas generales, los demócratas radicales sostienen que la democracia liberal, tal como funciona en la actualidad, se encuentra gravemente fuera de equilibrio. La idea subyacente, resultado de lo que se ha denominado "modelo de las dos facetas" (Abts y Rummens, 2007; Canovan, 2004) o "la paradoja democrática" (Mouffe, 2000), consiste en que la democracia liberal se apoya en la tensión que existe entre su pilar liberal y su pilar democrático. El pilar liberal pone de relieve los derechos de los individuos y encuentra la autoridad última del Estado en la ley, mientras que el pilar democrático enfatiza la participación y sitúa la autoridad en la soberanía de "el pueblo". En circunstancias ideales, estos dos pilares deberían controlarse mutuamente: el pilar liberal se encargaría de salvaguardar los derechos humanos y proteger a las minorías contra los caprichos de la mayoría, mientras el pilar democrático habilitaría la expresión de la voluntad popular y la posibilidad de reformar asuntos constitucionales. Para los demócratas radicales, sin embargo, este equilibrio se ha visto perturbado: la democracia liberal se ha inclinado en exceso hacia su costado liberal y se ha alejado de su pilar democrático. Como sostiene Mouffe (2018: 16),

la tensión agonista entre los principios liberales y democráticos, que es constitutiva de la democracia liberal, ha sido eliminada. Con la extinción de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular, han desaparecido los espacios agonistas donde podían

confrontar diferentes proyectos de sociedad [entre sí], y los ciudadanos han sido despojados de la posibilidad de ejercer sus derechos democráticos. Sin duda, aún se habla de "democracia", pero ha quedado reducida a su componente liberal y que solo expresa la presencia de elecciones libres y la defensa de los derechos humanos.

En una situación de esas características, los demócratas radicales consideran que los ciudadanos tienen buenas razones para pensar que las áreas de desacuerdo democrático legítimo se han eliminado del reino de la política democrática, para ser reemplazadas por la toma tecnocrática de decisiones –por ejemplo, la visión económica queda en manos de los bancos centrales; la política comercial es determinada por las empresas y por élites gubernamentales en el nivel transnacional; no se presta atención a la mitigación del cambio climático a pesar de las manifestaciones públicas en su favor–, mientras que las instituciones liberales han excedido en mucho su cometido original, más limitado. Para los demócratas radicales, el populismo de izquierda ofrece una ruptura definitiva con esta situación al repolitizar el terreno donde tiene lugar la política y ofrecer un proyecto que vuelve a colocar a "el pueblo" en el centro de la vida política.

Cabe señalar que, más allá del embriagador lenguaje académico que los demócratas radicales suelen emplear, no se trata solo de "alta teoría" desconectada del mundo real de la política populista. Los pensadores democráticos radicales han ejercido una poderosa influencia en el mundo del populismo de izquierda: Laclau, por ejemplo, visitó Bolivia, Ecuador y Venezuela invitado por Morales, Correa y Chávez (Precious, 2009) y, hasta su propia muerte en 2014, actuó como asesor informal de Néstor Kirchner y también de Cristina Fernández de Kirchner (Judis, 2016b). El vínculo más claro entre la teoría democrática radical y los políticos populistas de izquierdas es, quizá, el que se observa en España en relación con Podemos: los intelectuales que crearon el partido tomaron como base para su estrategia las teorías de Laclau y Mouffe (véase Chazel y Fernández Vázquez, 2019), en tanto Mouffe, como vimos, llegó a publicar un libro que registra sus conversaciones con Íñigo Errejón,

el secretario político del partido en ese momento, en el cual analizan los vínculos entre la labor teórica de ambos autores en torno al populismo y las estrategias políticas implementadas por Podemos (Errejón y Mouffe, 2016).

Potencialidad del populismo

Como puede verse, los demócratas liberales y radicales tienen ideas muy diferentes no solo acerca de cómo debe funcionar una democracia, sino también respecto de si el populismo es una maldición o una cura para la democracia liberal contemporánea, aquejada de males diversos. De un lado, los demócratas liberales apuntan su dedo acusador a los populistas, con el argumento de que pasan por alto o amenazan la porción "liberal" de la ecuación "demócrata liberal" al promover el mayoritarismo, perseguir a las minorías y considerar ilegítimos a sus oponentes; del otro lado, los demócratas radicales culpan a los liberales por pasar por alto la porción "democrática" de la ecuación "demócrata liberal" y consideran que el populismo ofrece un camino que seguir mediante la reconstrucción de las identidades populares en torno a las demandas democráticas en nombre de "el pueblo".

Además, cada lado postula un argumento diferente en lo que atañe a la potencialidad o direccionalidad del populismo. Los liberales tienden a pensar que inexorablemente el populismo conduce a formas de autoritarismo a ambos lados del espectro ideológico (ya sea en formas competitivas o no),[16] mientras que para los demócratas radicales el populismo de izquierda representa la apertura a un orden político radical y plural. La supuesta deriva del populismo hacia cualquiera de esos resultados tiene importantes consecuencias en lo concerniente a la manera en que los autores que la dan por sentada tratan los casos en que se centran; asimismo, pone de manifiesto algunos de los desafíos que enfrenta cada enfoque.

La supuesta "deriva autoritaria" del populismo se evidencia con claridad en la labor de numerosos pensadores destacados del campo. Mounk (2018: 35) afirma que el populismo es "un preludio al gobierno autocrático […] para los gobernantes no liberales, resulta sencillo hacer la transición del populismo a la dictadura",

mientras que Müller (2016: 102) sostiene que, cuando los populistas gobiernan, "se dedican a la ocupación del Estado, el clientelismo masivo, la corrupción y la supresión de todo aquello que se parezca a una sociedad civil crítica". Por su parte, Urbinati (2019: 120) señala que, si bien el populismo en cuanto movimiento puede adecuarse a los valores democráticos (por ejemplo, en la forma de los movimientos populares de la izquierda o el Tea Party de la derecha), el populismo en el poder representa "una versión autoritaria del modo en que debe implementarse la democracia". Una cantidad de autores liberales, asimismo, llegan incluso a fusionar o combinar populismo y autoritarismo al referirse a "autoritarismo populista" (Inglehart y Norris, 2017; Tang, 2016) o "populismo autoritario" (Chacko y Jayasuriya, 2017; Mounk, 2018; Norris e Inglehart, 2019).

En relación con esta fusión, se plantean algunas cuestiones a las que es necesario prestar atención prioritaria. Sin desatender el importante hecho de que varios casos de populismo han seguido el camino del autoritarismo (como se señaló antes, esto ocurrió tanto en la izquierda –Chávez y Maduro en Venezuela– como en la derecha –Orbán en Hungría y Erdoğan en Turquía–), cabe preguntarse qué se gana al reunir los dos fenómenos en el nivel conceptual. Con la excepción del trabajo de Norris e Inglehart, quienes al menos emplean la descripción "populismo autoritario" para medir los partidos en dos dimensiones –autoritario-liberal y populista-pluralista–, esta terminología no es útil, confunde y resulta opaca; en definitiva, enturbia las aguas. Es más, la fusión de esos dos fenómenos independientes (populismo y autoritarismo) es portadora de una carga normativa, lo cual resulta evidente en el modo en que los medios de comunicación y los think tanks se han apropiado de los términos para utilizarlos con fines partidarios (desde 2016, el think tank neoliberal sueco Timbro viene publicando su Índice de Populismo Autoritario, según el cual Podemos, Syriza, Movimento 5 Stelle, Die Linke, La France Insoumise y el Vänsterpartiet son partidos autoritarios, aseveración que parece cimentarse en el sesgo ideológico del think tank antes que en cualquier análisis conceptual o empírico serio).

También debemos ser cautos a la hora de suponer que ese tipo de direccionalidad es uniforme. Como vimos, si bien hay sobradas

evidencias de casos en los que el populismo derivó en autoritarismo, este no es en modo alguno un fenómeno universal, como tampoco está garantizado el "desplazamiento" del populismo hacia el autoritarismo cuando los populistas acceden al poder. Respecto de quienes se inscriben en la izquierda populista y llegaron al poder, es absurdo aseverar que figuras como Tsipras han "hecho la transición del populismo a la dictadura" como afirma Mounk.[17] De manera similar, acerca de la derecha populista, nadie podría calificar con visos de seriedad a los gobiernos del Partido del Pueblo Suizo en Suiza, ni a los períodos en que Berlusconi se desempeñó en el cargo de primer ministro en Italia, como grandes victorias de la democracia liberal; sin embargo, sería bastante exagerado sostener que esos países se vieron sometidos a un "gobierno autoritario".

Por último, es importante señalar que a veces los populistas se enfrentan a rivales políticos que son autoritarios y que en esas circunstancias el populismo puede constituir un desafío a los sistemas políticos corruptos y cerrados. En este sentido, podría pensarse en la agitación llevada adelante por los Shinawatra y sus seguidores contra la junta militar alineada con la realeza en Tailandia, en el rol desempeñado por Solidaridad en el derrocamiento del represivo gobierno comunista polaco a fines de la década de 1980 o en el Partido de la Revolución Democrática que ayudó a México a librarse de un gobierno autoritario. Así, los populistas pueden ejercer un efecto "correctivo" en la medida en que contrarrestan la corrupción o las prácticas delictivas y contribuyen a allanar el camino a la democratización, aunque cabe señalar que esas experiencias corresponden principalmente a regímenes autoritarios autocráticos y competitivos antes que a sistemas democrático-liberales (véase Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017: 86-92).

Los demócratas radicales, por otro lado, también pueden ser acusados de fusionar términos y de recurrir, en ocasiones, a argucias conceptuales: específicamente, dependerá de si están hablando del populismo o de lo que consideran un régimen político deseable desde el punto de vista normativo, es decir, una democracia radical. Esta duplicidad se ve claramente ejemplificada en la afirmación de Laclau (2005a: 259) respecto de que "la

democracia radical siempre es populista": el autor no explicita si la equivalencia en sentido contrario también es válida, es decir, si el populismo siempre es radicalmente democrático. Más aún, hay ocasiones en que este pensador no solo se desliza entre la democracia radical y el populismo, sino que, en términos más amplios, iguala populismo con hegemonía y política en general (Arditi, 2010), de modo que no queda claro si para él el populismo es una forma de política (democrática) entre otras o, en cambio, una característica constitutiva de la política misma.

En relación con la cuestión del potencial democrático del populismo y su capacidad para abrir el orden político y posibilitar el surgimiento de la democracia radical, el verdadero punto de fricción para los demócratas radicales se centra en el rol del líder. En su visión, el líder reviste importancia fundamental a la hora de construir a "el pueblo"; como señala Laclau (2005a: 100), "la unificación simbólica del grupo en torno a una individualidad –y aquí estamos de acuerdo con Freud– es inherente a la formación de un 'pueblo'". El líder es el actor que reúne las demandas insatisfechas de numerosos grupos y los ayuda a constituir una identidad colectiva como "el pueblo". Los demócratas radicales son "constructivistas" en todas las acepciones del término; creen que, sin un líder que asuma su rol representativo, los movimientos carecen de foco, son laxos y poco efectivos y no logran articular las demandas. De hecho, Mouffe (2013: 125) llega al extremo de aseverar que "una sociedad democrática pluralista no puede existir sin representación", lo cual muestra la centralidad de la figura del líder en el imaginario democrático radical. Para los demócratas radicales, la ausencia de líder implica la ausencia de representación; la ausencia de representación implica la ausencia de "pueblo"; y la ausencia de "pueblo" implica la ausencia de democracia radical.

Desde esta perspectiva, es mucho lo que recae sobre las espaldas del líder. Si bien los líderes populistas pueden, en efecto, actuar como una voz relevante para grupos diversos que poseen demandas insatisfechas dirigidas al sistema o a "la élite" y pueden, de esa manera, construir la identidad de "el pueblo" articulando esas demandas, cabe preguntarse si no son estos una responsabilidad y un poder excesivos para que recaigan en un solo individuo, en especial en una democracia participativa y pluralista. En una

entrevista con el diario argentino La Nación, se le preguntó a Laclau, en relación con el rol clave desempeñado por el líder en su teoría del populismo, si ese rol no suponía exigencias sobrehumanas. Laclau restó importancia a la pregunta: “Por supuesto que impone un rol sobrehumano al líder. Pero la humanidad del líder está, de todos modos, allí como un límite a lo que se puede hacer” (cit. en Sehinkman, 2014).

Resulta incluso más preocupante que la concentración de poder y responsabilidad en las manos de un individuo permita afirmar la infalibilidad y la incuestionabilidad de esa persona; después de todo, si él o ella es la voz de “el pueblo”... ¿quién es un opositor para cuestionar a “el pueblo”? Como señala Arditi (2007: 83), cuando los líderes empiezan a verse de ese modo, “entra en escena el peligro de una veta autoritaria”, advertencia que los críticos del populismo no se cansan de reiterar. Se trata de algo que la propia Mouffe (2018) ha reconocido, al señalar con razón que “el papel del líder en la estrategia populista siempre ha sido objeto de críticas, y por este motivo esos movimientos suelen ser acusados de autoritarios”. La autora prosigue haciendo la salvedad de que un liderazgo fuerte no siempre equivale a autoritarismo; podemos pensar en líderes fuertes como Nelson Mandela o Martin Luther King, a quienes nadie en su sano juicio acusaría de ser autoritarios. En cambio, sostiene que “todo dependerá del tipo de relación que se establezca entre el líder y el pueblo”. En el populismo de derecha, asevera, “es una relación muy autoritaria en la que todo proviene desde arriba”, mientras que en el populismo de izquierda el líder funciona como un primus inter pares y construye “un tipo de relación diferente, menos vertical, entre el líder y el pueblo” (Mouffe, 2018: 70). Esta parece una lectura bastante generosa del modo en que el populismo de izquierda funciona en la realidad. Resulta revelador que los términos elegidos por Mouffe aquí no sean “horizontal” o siquiera “bastante horizontal” –que sería más acorde con la idea del “primero entre iguales”–, sino “menos vertical”. La inquietud que suscitan estos dichos nace de la posibilidad de que los demócratas radicales estén eludiendo las tendencias claramente preocupantes que han marcado sus casos favoritos de populismo de izquierda –Podemos, Syriza, el Movimiento al Socialismo de Evo Morales en Bolivia– cuyas promesas de horizontalidad y participación dejaron lugar a un modo mucho más centralizado,

verticalista y personalizado de toma de decisiones; asimismo, resulta preocupante que estos autores guarden un relativo silencio ante otros casos de populismo de izquierda que indudablemente cruzaron la frontera hacia el autoritarismo y la corrupción.[18]

Por sobre todo, la pregunta que persiste es qué ocurre con el líder populista una vez que se instaura una democracia radical: ¿forma parte de una vanguardia que debe reincorporarse a la multitud ahora que la democracia es plural y radical? ¿Debe volverse menos débil su autoridad? ¿El "lugar vacío" del poder, en términos de Claude Lefort, debe vaciarse una vez más? Y, en líneas más generales, ¿representa el populismo la apertura de un interregno entre la pospolítica y la democracia radical, o expresa la democracia misma? Sin duda alguna, esta clase de cuestionamiento puede significar imponer, de manera injusta, una lógica orientada a fines, estrictamente lineal, a la teorización de los demócratas radicales. Laclau y Mouffe dejaron en claro que nunca será posible hacer "plenamente" realidad una democracia radical: esto representaría el fin del cuestionamiento del orden político. Pero los dichos de Mouffe (2018: 79-85) acerca del "momento populista" no contribuyen a aclarar esta confusión: daría la impresión de que este es un momento en el que existe un marcado antes y después. La pregunta es: ¿qué viene después?

* * *

A finales de la década de 1990, Urbinati (1998: 116) escribió que "el debate en torno al significado del populismo resulta ser un debate acerca de la interpretación de la democracia"; hoy en día, más de dos décadas después, esa percepción tal vez sea más verdadera que nunca. Como mostró el presente capítulo, la batalla entre las concepciones liberal y radical de la democracia produce diagnósticos muy diferentes: los liberales conciben el populismo como el enemigo de la democracia, mientras que los demócratas radicales lo ven como su potencial salvador. En un momento en que los populistas siguen obteniendo buenos resultados en las urnas,

ganan posiciones de poder o forman coaliciones, y en que nos vemos en plan de transitar un período caracterizado por lo que Mudde (2004) denominó "Zeitgeist populista", estos debates no son meramente teóricos: tienen importantes ramificaciones prácticas respecto del modo en que los partidos políticos, los medios de comunicación y las diversas organizaciones abordan y tratan el populismo, y respecto del modo en que tanto los activistas como los movimientos sociales deciden apropiarse del estilo populista o rechazarlo. ¿Deben los populistas ser rechazados a cualquier costo? ¿Es el populismo lo que se necesita para acceder al poder? ¿Es el populismo de izquierda el único antídoto contra el populismo de derecha? Preguntas como estas no van a esfumarse en el futuro inmediato ni tienen una respuesta fácil.

Sin embargo, no podemos limitarnos a dejar de lado la teoría y proponernos estudiar el populismo en un nivel puramente empírico, con el fin de "llegar a una postura no normativa respecto de la relación entre populismo y democracia" (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2012: 16). Como intenté demostrar a lo largo de este libro, indudablemente la teoría ejerce influencia significativa en el modo en que percibimos el populismo, cuáles consideramos que son ejemplos del fenómeno, y la manera en que creemos que funcionan mejor las democracias. Paulina Ochoa Espejo (2015: 60) señala algo fundamental acerca de los problemas que genera tratar de "eludir" la teoría en el estudio del populismo: sostiene que "los investigadores que estudian el fenómeno empíricamente y afirman que evitan los juicios normativos […] sin advertirlo introducen ese tipo de juicios al aceptar la distinción entre democracia y populismo"; esa distinción sitúa al populismo de manera automática como externo a la democracia, y de ese modo lo predispone a reprobar la prueba democrática. Los demócratas radicales, por otro lado, tienden a moverse en la dirección contraria, fusionando populismo y democracia radical –recordemos la aseveración de Laclau (2005a: 259) respecto de que "la democracia radical siempre es populista"– y así impiden cuestionar sus credenciales democráticas, pues "populismo" pasa a ser sinónimo de la visión normativa de democracia que prefieren. No caben dudas de que nos enfrentamos a un problema: el populismo está por completo "fuera" o por completo "dentro" de la democracia.

Sin embargo, ninguna de esas posturas tiende a alinearse con las metáforas que utilizaron otros autores para caracterizar la relación del populismo con la democracia en la literatura de la teoría política, como su "sombra" (Canovan, 1999), su "espejo" (Panizza, ed., 2005) y su "fantasma" (Albertazzi y McDonnell, eds., 2008; Arditi, 2004). Estas clases de metáforas sugieren que la democracia y el populismo se encuentran entrelazados, es decir, no son por completo ajenos entre sí, pero tampoco son lo mismo. Quizá la sugerencia de Arditi (2007) de que debemos considerar el populismo como una "periferia interna de la democracia" sea la más útil como guía a la hora de considerar esta relación aparentemente paradójica. El autor explica que

la periferia, interna o no, es un territorio neblinoso que indica el límite más exterior de un interior y el comienzo del exterior de un sistema, una zona gris donde la distinción entre adentro y afuera es un efecto de la polémica. El populismo puede permanecer dentro de los límites de la democracia, pero también alcanzar el punto donde entra en conflicto con ella, y van ambos por caminos separados (2007: 87).

Flotando sobre ese límite, el populismo ofrece un conjunto de tendencias democráticas –su capacidad de volver más accesible y "popular" la política, de incorporar a su construcción de "el pueblo" identidades que de otro modo quedarían excluidas, decepcionadas o sin derechos, su talento disruptivo para poner de manifiesto la corrupción, la connivencia o el mal funcionamiento en los sistemas democráticos– acompañado por un conjunto de tendencias antidemocráticas inquietantes –su negación de la complejidad, su tendencia a la personalización extrema, el trato deficiente que dispensa a la oposición y, en las formas situadas en la derecha, el ataque contra otros asociados con "la élite" (Moffitt, 2016)–. Lo que quizá resulte más confuso es que esas tendencias pueden ponerse en juego al mismo tiempo, funcionando en tensión, contrapuestas entre sí, empujando y tironeando los límites de la democracia: no es infrecuente, por ejemplo, que un populista expanda democráticamente la concepción viable de "el pueblo" en un

sistema político y que, a la vez, refuerce su propio poder político de maneras no deseables desde el punto de vista democrático. Determinar el momento en que el populismo "cruza la línea y se convierte en una contracara de la democracia es una cuestión de juicio político y no puede ser saldada mediante fiat conceptual" (Arditi, 2007: 87). Y aquí reside, tal vez, la mayor dificultad.

En esa situación, no es nuestra tarea buscar una respuesta definitiva a la cuestión de si el populismo es o no democrático; antes bien, debemos intentar reconocer las ambigüedades y paradojas que incorpora este fenómeno y recurrir a nuestro buen juicio político con honestidad, resolución y equidad.

▪

[13] Existen más subtipos de democracia que las democracias liberal y radical; sin embargo, en el presente capítulo nos centramos en estas dos, pues son las posiciones invocadas con más frecuencia y las de mayor arraigo en la bibliografía sobre populismo. Entre esas dos posiciones se sitúan autores que postularon enfoques más equívocos, argumentando que el populismo puede ser, al mismo tiempo, una amenaza y un correctivo para la democracia (Moffitt, 2016; Mudde y Rovira Kaltwasser, eds., 2012; 2017).

[14] Véase en Hawkins (2016) un excelente análisis de la división entre los enfoques liberal y radical de la democracia en el caso del chavismo.

[15] Acerca de la hipótesis de los "perdedores del proceso de modernización", véase Betz (1994). Para argumentos en contra de esta hipótesis, véanse Rovira Kaltwasser (2012) y Mudde y Rovira Kaltwasser (2018).

[16] Un panorama útil de la relación del populismo con el autoritarismo y el autoritarismo competitivo puede encontrarse en Weyland (2019) y en Levitsky y Loxton (2013, 2019) respectivamente.

[17] La mayoría de los populistas de izquierda europeos y estadounidenses –entre ellos, líderes como Jeremy Corbyn y Bernie

Sanders, partidos como Podemos y los movimientos de las plazas analizados en capítulos anteriores– tampoco pueden ser acusados de autoritarismo. Como se apuntó en el capítulo 4, adhieren a una concepción relativamente pluralista de "el pueblo" y no creen que sus oponentes carezcan de legitimidad electoral. La cuestión, sin embargo, radica en que algunos teóricos ideacionales como Müller y Rummens sostendrían que, dada su concepción pluralista de "el pueblo", estas figuras más estos movimientos y partidos de izquierda no son, en realidad, populistas, mientras que otros autores ideacionales como Mudde y Rovira Kaltwasser (eds., 2012; 2017) sostienen una postura agnóstica respecto del populismo y su potencial democrático. Este segundo grupo arguye que el populismo es ambivalente en lo que atañe a la democracia y que "el escepticismo respecto de establecer una relación clara (positiva o negativa) entre el populismo y la democracia es la condición que define a los teóricos que adhieren a su enfoque mínimo" (Rovira Kaltwasser, 2012: 194). En suma, no todos los autores ideacionales comparten la misma visión normativa de las credenciales democráticas del populismo, lo cual se evidencia en la manera en que abordan sus estudios de caso.

[18] Precisamente la concentración de poder en las manos de un líder populista –facilitada por el vínculo no mediado del líder con "el pueblo"– interesa a los críticos del populismo que se inscriben en la tradición estratégica delineada en el capítulo 1 (véanse Weiland, 2013 y 2017).

Referencias

Aalberg, T. y otros (eds., 2017). Populist Political Communication in Europe, Nueva York, Routledge.

Abts, K. y Rummens, S. (2007). "Populism versus democracy", Political Studies, 55(2): 405-424.

Akkerman, T. (2005). "Anti-immigration parties and the defence of liberal values: The exceptional case of the List Pim Fortuyn", Journal of Political Ideologies, 10(3): 337-354.

— (2015). "Gender and the radical right in Western Europe: A comparative analysis of policy agendas", Patterns of Prejudice, 49(1-2): 37-60.

Akkerman, T., De Lange, S. L. y Rooduijn, M. (eds., 2016). Radical Right-Wing Populist Parties in Western Europe into the Mainstream?, Abingdon, Routledge.

Akkerman, T. y Hagelund, A. (2007). "'Women and children first!' Anti-immigration parties and gender in Norway and the Netherlands", Patterns of Prejudice, 41(2): 197-214.

Akkerman, T., Mudde, C. y Zaslove, A. (2014). "How populist are the people? Measuring populist attitudes in voters", Comparative Political Studies, 47(9): 1324-1353.

Albertazzi, D. (2007). “Addressing ‘the people’: A comparative study of the Lega Nord’s and Lega dei Ticinesi’s political rhetoric and styles of propaganda”, Modern Italy, 12(3): 327-347.

Albertazzi, D., Giovannini, A. y Seddone, A. (2018). “‘No regionalism please, we are Leghisti!’ The transformation of the Italian Lega Nord under the leadership of Matteo Salvini”, Regional & Federal Studies, 28(5): 645-671.

Albertazzi, D. y McDonnell, D. (2008). “Introduction: The sceptre and the spectre”, en D. Albertazzi y D. McDonnell (eds.), Twenty-First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy, Basingstoke, Palgrave Macmillan: 15-29.

— (eds., 2008). Twenty-First Century Populism. The Spectre of Western European Democracy, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

ANSA (2018). “Yes we are populist says Conte”, ANSA English, 5 de junio, disponible en <www.ansa.it>.

Arceneaux, M. (2016). “Bernie Sanders still says class is more important than race: He is still wrong”, The Guardian, 23 de noviembre, disponible en <www.theguardian.com>.

Arditi, B. (2004). “Populism as a spectre of democracy: A response to Canovan”, Political Studies, 52(1): 135-143.

— (2007). Politics on the Edges of Liberalism. Difference, Populism, Revolution, Agitation, Edimburgo, Edinburgh University Press.

— (2010). “Populism is hegemony is politics? On Ernesto Laclau’s On Populist Reason”, Constellations, 17(3): 488-497.

Aslanidis, P. (2016a). “Is populism an ideology? A refutation and a new perspective”, Political Studies, 64(1, suplemento): 88-104.

— (2016b). “Populist social movements of the great recession”, Mobilization. An International Quarterly, 21(3): 301-321.

— (2018). “Populism as a collective action master frame for transnational mobilization”, Sociological Forum, 33(2): 443-464.

Austin, J. L. (1975). How to Do Things with Words, Cambridge, MA, Harvard University Press [ed. cast.: Cómo hacer cosas con palabras, Buenos Aires, Paidós, 1955].

Barr, R. R. (2009). “Populists, outsiders and anti-establishment politics”, Party Politics, 15(1): 29-48.

Barrio, A., Barberà, O. y Rodríguez-Teruel, J. (2018). “‘Spain steals from us!’ The ‘populist drift’ of Catalan regionalism”, Comparative European Politics, 16(6): 993-1011.

Beasley-Murray, J. (2010). Posthegemony, Mineápolis, University of Minnesota Press.

Becker, M. (2012). “Building a plurinational Ecuador: Complications and contradictions”, Socialism and Democracy, 26(3): 72-92.

Betz, H.-G. (1994). Radical Right-Wing Populism in Western Europe, Londres, Palgrave Macmillan.

Bonikowski, B. y Gidron, N. (2016a). “Multiple traditions in populism research: Toward a theoretical synthesis”, American Political Science Association. Comparative Politics Newsletter, 26: 7-14.

— (2016b). “The populist style in American politics: Presidential campaign discourse, 1952-1996”, Social Forces, 94(4): 1593-1621.

Bonikowski, B. y otros (2019). “Populism and nationalism in a comparative perspective: A scholarly exchange”, Nations and Nationalism, 25(1): 58-81.

Boomgaarden, H. G. y Vliegenthart, R. (2007). “Explaining the rise of anti-immigrant parties: The role of news media content”, Electoral Studies, 26(2): 404-417.

Bourdieu, P. (1977). Outline of a Theory of Practice, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: Bosquejo de una teoría de la práctica, Buenos Aires, Prometeo, 2012].

Brubaker, R. (2016). “A new ‘Christianist’ secularism in Europe. The Immanent Frame”, 11 de octubre, disponible en <blogs.ssrc.org>.

— (2017). “Between nationalism and civilizationism: The European populist moment in comparative perspective”, Ethnic and Racial Studies, 40(8): 1191-1226.

Butler, J. (1990). Gender Trouble, Nueva York, Routledge [ed. cast.: El género en disputa, Barcelona, Paidós, 2007].

Calhoun, C. (2013). “Occupy Wall Street in perspective”, British Journal of Sociology, 64(1): 26-38.

Cambridge University Press (2017). “Cambridge Dictionary’s Word of the Year 2017. About Words: A Blog from Cambridge Dictionary”, 29 de noviembre, disponible en <dictionaryblog.cambridge.org>.

Canovan, M. (1981). Populism, Londres, Junction Books.

— (1984). “People, politicians and populism”, Government and Opposition, 19(3): 312-327.

— (1999). “Trust the people! Populism and the two faces of democracy”, Political Studies, 47(1): 2-16.

— (2002). “Taking politics to the people: Populism as the ideology of democracy”, en Y. Mény e Y. Surel (eds.), Democracies and the Populist Challenge, Basingstoke, Palgrave Macmillan: 25-44.

— (2004). “Populism for political theorists?”, Journal of Political Ideologies, 9(3): 241-252.

— (2005). The People, Cambridge, Polity.

Castañeda, J. (2006). “Latin America’s left turn”, Foreign Affairs, 85(3): 28-43.

Chacko, P. y Jayasuriya, K. (2017). “Trump, the authoritarian populist revolt and the future of the rules-based order in Asia”, Australian Journal of International Affairs, 71(2): 121-127.

Chazel, L. y Fernández Vázquez, G. (2019). “Podemos, at the origins of the internal conflicts around the ‘populist hypothesis’: A comparison of the theoretical production, public speeches and militant trajectories of Pablo Iglesias and Íñigo Errejón”, European Politics and Society.

Cheeseman, N. y Larmer, M. (2015). “Ethnopopulism in Africa: Opposition mobilization in diverse and unequal societies”, Democratization, 22(1): 22-50.

Conaghan, C. y De la Torre, C. (2008). “The permanent campaign of Rafael Correa: Making Ecuador’s plebiscitary presidency”, International Journal of Press/Politics, 13(3): 267-284.

Corrales, J. (2012). “How Chávez does business”, Foreign Affairs, 4 de octubre, disponible en <www.foreignaffairs.com>.

Curato, N. (2017). “Flirting with authoritarian fantasies? Rodrigo Duterte and the new terms of Philippine populism”, Journal of Contemporary Asia, 47(1): 142-153.

Dansk Folkeparti (2009). “Dansk Folkepartis Arbejdsprogram” (panfleto), disponible en <www.kb.dk>.

De Cleen, B. (2017). “Populism and nationalism”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 342-362.

De Cleen, B., Glynos, J. y Mondon, A. (2018). “Critical research on populism: Nine rules of engagement”, Organization, 25(5): 649-661.

De Cleen, B. y Stavrakakis, Y. (2017). “Distinctions and articulations: A discourse theoretical framework for the study of populism and nationalism”, Javnost. The Public, 24(4): 301-319.

De Cleen, B. y otros (2019). “The potentials and difficulties of transnational populism: The case of the Democracy in Europe Movement 2025 (DiEM25)”, Political Studies.

De la Torre, C. (2007). “The resurgence of radical populism in Latin America”, Constellations, 14(3): 384-397.

— (2013). “Technocratic populism in Ecuador”, Journal of Democracy, 24(3): 33-46.

— (2017a). “Hugo Chávez and the diffusion of Bolivarianism”, Democratization, 24(7): 1271-1288.

— (2017b). “Populism and nationalism in Latin America”, Javnost. The Public, 24(4): 375-390.

— (2017c). “Populist citizenship in the Bolivarian revolutions”, Middle Atlantic Review of Latin American Studies, 1(1): 4-29.

— (2018). “Ecuador after Correa”, Journal of Democracy, 29(4): 77-88.

Deloy, C. (2017). “Germany: A fourth term in office for Angela Merkel?”, General Elections in Germany, 24 de septiembre, disponible en <www.robert-schuman.eu>.

Di Lorenzo, G. (2017). “‘Ich kenne auch die leeren Momente’: Was bedeutet Glaube? Ein ZEIT-Gespräch mit Papst Franziskus”, Die Zeit, 6 de abril, disponible en <www.zeit.de>.

Di Tella, T. S. (1965). “Populism and reform in Latin America”, en C. Véliz (ed.), Obstacles to Change in Latin America, Óxford, Oxford University Press: 47-73 [ed. cast.: “Populismo y Reforma en América Latina”, Desarrollo Económico, 4(16), 1965].

DiEM25 (2016). DiEM25. Democracy in Europe Movement 2025, disponible en <diem25.org>.

Eatwell, R. y Goodwin, M. (2018). National Populism. The Revolt against Liberal Democracy, Londres, Pelican.

Eiermann, M., Mounk, Y. y Gultchin, L. (2017). European Populism. Trends, Threats and Future Prospects, Tony Blair Institute for Global Change, 29 de diciembre, disponible en <institute.global>.

Elliott, O. (2016). “What does Sanders mean by ‘democratic socialism’?”, The Hill, 4 de marzo, disponible en <thehill.com>.

Ellyatt, H. (2016). “Europe faces ‘galloping populism’, Juncker warns in State of the Union address”, CNBC, 14 de septiembre,

disponible en <www.cnbc.com>.

Engesser, S., Fawzi, N. y Larsson, A. O. (2017). “Populist online communication: Introduction to the special issue”, Information, Communication & Society, 20(9): 1279-1292.

Errejón, Í. y Mouffe, C. (2016). Podemos. In the Name of the People, Londres, Lawrence & Wishart [ed. cast.: Construir pueblo, Madrid, Icaria, 2015].

Faguet, J.-P. (2018). “The lessons of Bolivia”, Journal of Democracy, 29(4): 89-101.

Fairclough, N. (2003). Analysing Discourse. Textual Analysis for Social Research, Londres, Routledge.

Farage, N. (2018). “Big tech’s suppression of conservative voices is the greatest threat to free speech we face”, The Telegraph, 20 de septiembre, disponible en <www.telegraph.co.uk>.

Ferkiss, V. C. (1957). “Populist influences on American fascism”, Western Political Quarterly, 10(2): 350-373.

Fieschi, C. (2004). “Introduction”, Journal of Political Ideologies, 9(3): 235-240.

Filc, D. (2015). “Latin American inclusive and European

exclusionary populism: Colonialism as an explanation", Journal of Political Ideologies, 20(3): 263-283.

Filion, P. (2011). "Toronto's tea party: Right-wing populism and planning agendas", Planning Theory & Practice, 12(3): 464-469.

Frediani, C. (2014). "How tech-savvy Podemos became one of Spain's most popular parties in 100 days", TechPresident, 11 de agosto, disponible en <techpresident.com>.

Freeden, M. (1996). Ideologies and Political Theory. A Conceptual Approach, Óxford, Oxford University Press.

— (1998). "Is nationalism a distinct ideology?", Political Studies, 46(4): 748-765.

— (2003). Ideology. A Very Short Introduction, Óxford, Oxford University Press.

— (2008). "European liberalisms", European Journal of Political Theory, 7(1): 9-30.

— (2015). Liberalism. A Very Short Introduction, Óxford, Oxford University Press.

— (2017). "After the Brexit referendum: Revisiting populism as an ideology", Journal of Political Ideologies, 22(1): 1-11.

Galston, W. A. (2018). Anti-Pluralism. The Populist Threat to Liberal Democracy, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Garrido, M. (2017). "Why the poor support populism: The politics

of sincerity in Metro Manila", American Journal of Sociology, 123(3): 647-685.

Gerbaudo, P. (2017). The Mask and the Flag. Populism, Citizenism and Global Protest, Londres, Hurst.

— (2019). The Digital Party, Londres, Pluto Press.

Gustavsson, G. (2015). "Contemporary European liberalism: Exclusionary, enlightened or romantic?", en J. M. Magone (ed.), Routledge Handbook of European Politics, Abingdon, Routledge: 75-96.

Halikiopoulou, D., Mock, S. y Vasilopoulou, S. (2013). "The civic Zeitgeist: Nationalism and liberal values in the European radical right", Nations and Nationalism, 19(1): 107-127.

Hanson, P. (1996). Australia. House of Representatives, Parliamentary Debates (Hansard), 10 de septiembre: 3859-3862, disponible en <www.aph.gov.au/Parliamentary_Business/Hansard>.

— (2016). Australia. Senate, Parliamentary Debates (Hansard), 14 de septiembre: 937-941, disponible en <www.aph.gov.au/Parliamentary_Business/Hansard>.

Hawkins, K. A. (2010a). Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective, Nueva York, Cambridge University Press.

— (2010b). "Who mobilizes? Participatory democracy in Chávez's Bolivarian revolution", Latin American Politics and Society, 52(3): 31-66.

— (2016). "Chavismo, liberal democracy, and radical democracy",

Annual Review of Political Science, 19: 311-329.

Hawkins, K. A. y otros (eds., 2018). The Ideational Approach to Populism. Concept, Theory, and Analysis, Abingdon, Routledge.

Hawkins, K. A., Read, M. y Pauwels, T. (2017). “Populism and Its Causes”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 267-286.

Hawkins, K. A. y Rovira Kaltwasser, C. (2017a). “The ideational approach to populism”, Latin American Research Review, 52(4): 513-528.

— (2017b). “What the (ideational) study of populism can teach us, and what it can’t”, Swiss Political Science Review, 23(4): 526-542.

— (2018). “Measuring populist discourse in the United States and beyond”, Nature Human Behaviour, 2(4): 241-242.

Hawkins, K. A., Rovira Kaltwasser, C. y Andreadis, I. (2018). “The activation of populist attitudes”, Government & Opposition.

Hawley, G. (2017). Making Sense of the Alt-Right, Nueva York, Columbia University Press.

Hoffman-Kuroda, L. (2017). “Free speech and the alt-right”, Qui Parle. Critical Humanities and Social Sciences, 26: 369-382.

Hope, K. (2017). “Minister’s court win intensifies fears for rule of

law in Greece", Financial Times, 9 de agosto, disponible en <www.ft.com>.

Hornall, T. (2018). "Ukip faces 'utter marginalisation' if it embraces far right politics, Nigel Farage warns", Independent, 20 de septiembre, disponible en <www.independent.co.uk>.

Horowitz, J. (2018). "Steve Bannon is done wrecking the American establishment: Now he wants to destroy Europe's", New York Times, 9 de marzo, disponible en <www.nytimes.com>.

Howarth, D. y Stavrakakis, Y. (2000). "Introducing discourse theory and political analysis", en D. Howarth, A. Norval y Y. Stavrakakis (eds.), Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change, Mánchester, Manchester University Press: 1-23.

Htun, M. y Ossa, J. P. (2013). "Political inclusion of marginalized groups: Indigenous reservations and gender parity in Bolivia", Politics, Groups, and Identities, 1(1): 4-25.

Iglesias, P. (2017). "Pablo Iglesias thinks there is an alternative" (entrevista con Eoghan Gilmartin y Tommy Greene), Jacobin, 20 de diciembre, disponible en <jacobinmag.com>.

Inglehart, R. y Norris, P. (2017). "Trump and the populist authoritarian parties: The silent revolution in reverse", Perspectives on Politics, 15(2): 443-454.

Ionescu, G. y Gellner, E. (eds., 1969). Populism. Its Meanings and National Characteristics, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

Jäger, A. (2018). “The Myth of Populism”, Jacobin, 3 de enero, disponible en <www.jacobinmag.com>.

Jagers, J. y Walgrave, S. (2007). “Populism as political communication style: An empirical study of political parties’ discourse in Belgium”, European Journal of Political Research, 46(3): 319-345.

Jansen, R. S. (2011). “Populist mobilization: A new theoretical approach to populism”, Sociological Theory, 29(2): 75-96.

— (2017). Revolutionizing Repertoires. The Rise of Populist Mobilization in Peru, Chicago, Illinois, University of Chicago Press.

Jorgensen, M. y Phillips, L. J. (2002). Discourse Analysis as Theory and Method, Londres, SAGE.

Judis, J. B. (2016a). The Populist Explosion. How the Great Recession Transformed American and European Politics, Nueva York, Columbia Global Report.

— (2016b). “Rethinking populism”, Dissent, disponible en <www.dissentmagazine.org>.

Kassam, A. (2018). “Canada’s Trump moment? Doug Ford rises in conservative party”, The Guardian, 30 de abril, disponible en <www.theguardian.com>.

Katsambekis, G. (2016). “Radical left populism in contemporary Greece: Syriza’s trajectory from minoritarian opposition to power”, Constellations, 23(3): 391-403.

Kenny, M. (2017). “Back to the populist future? Understanding nostalgia in contemporary ideological discourse”, Journal of Political Ideologies, 22(3): 256-273.

Kenny, P. D. (2017). Populism and Patronage. Why Populists Win Elections in India, Asia, and Beyond, Óxford, Oxford University Press.

Keskinen, S., Norocel, O. C. y Jørgensen, M. B. (2016). “The politics and policies of welfare chauvinism under the economic crisis”, Critical Social Policy, 36(3): 321-329.

Kioupkiolis, A. (2016). “Podemos: The ambiguous promises of left-wing populism in contemporary Spain”, Journal of Political Ideologies, 21(2): 99-120.

Kluveld, A. (2016). “Secular, superior and, [sic] desperately searching for its soul: The confusing political-cultural references to a Judeo-Christian Europe in the twenty-first century”, en E. Nathan y A. Topolski (eds.), Is there a Judeo-Christian Tradition? A European Perspective, Berlín, De Gruyter: 241-266.

Knight, A. (1998). “Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico”, Journal of Latin American Studies, 30(2):

223-248.

Krastev, I. (2007a). “The populist moment”, Critique and Humanism, 23(1): 103-108.

— (2007b). “The strange death of the liberal consensus”, Journal of Democracy, 18(4): 56-63.

Laclau, E. (1977). Politics and Ideology in Marxist Theory, Londres, NLB [ed. cast.: Política e ideología en la teoría marxista, Madrid, Siglo XXI, 2015].

— (2000). “Foreword”, en D. Howarth, A. Norval y Y. Stavrakakis (eds.), Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change, Mánchester, Manchester University Press: x-xi.

— (2005a). On Populist Reason, Londres, Verso [ed. cast.: La razón populista, Buenos Aires, FCE, 2005].

— (2005b). “Populism: What’s in a name?”, en F. Panizza (ed.), Populism and the Mirror of Democracy, Londres, Verso: 32-49.

Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). Hegemony and Socialist Strategy, Londres, Verso [ed. cast.: Hegemonía y estrategia socialista, Madrid, Siglo XXI, 1987].

Lester Feder, J. (2016). “How far-right groups are using Orlando to turn LGBT people against Muslims and immigrants”, Buzzfeed News, 13 de junio, disponible en <www.buzzfeed.com>.

Levitsky, S. y Loxton, J. (2013). “Populism and competitive authoritarianism in the Andes”, Democratization, 20(1): 107-136.

— (2019). “Populism and competitive authoritarianism in Latin America”, en C. de la Torre (ed.), Routledge Handbook of Global Populism, Abingdon, Routledge: 334-350.

Lewis, P., Clarke, S. y Barr, C. (2019). “Revealed: Populist leaders linked to reduced inequality”, The Guardian, 8 de marzo, disponible en <www.theguardian.com>.

Long, G. (2015). “In defense of Rafael Correa”, Jacobin, 30 de septiembre, disponible en <www.jacobinmag.com>.

Lowenstein, K. (1937). “Militant democracy and fundamental rights”, American Political Science Review, 31(3): 417-432.

Lucardie, P. (2009). “Populism: Some conceptual problems”, Political Studies Review, 7(3): 319-321.

MacRae, D. (1969). “Populism as an ideology”, en G. Ionescu y E. Gellner (eds.), Populism. Its Meanings and National Characteristics, Londres, Weidenfeld & Nicolson: 197-211.

Madrid, R. (2008). “The rise of ethnopopulism in Latin America”, World Politics, 60(3): 475-508.

Makinana, A. y Underhill, G. (2014). “EFF shakes up Parliament on first day”, Mail & Guardian, 21 de mayo, disponible en <mg.co.za>.

March, L. (2007). “From vanguard of the proletariat to vox populi: Left-populism as a ‘shadow’ of contemporary socialism”, SAIS Review, 27(1): 63-77.

Marx, K. (1977). Selected Writings, Óxford, Oxford University Press [ed. cast. de obras citadas: Elementos fundamentals para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858 (Grundrisse), 3 vols., Buenos Aires - Madrid, Siglo XXI, 1971-1975; Crítica al Programa de Gotha, en Antología, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015].

Massetti, E. (2018). “Left-wing regionalist populism in the ‘Celtic’ peripheries: Plaid Cymru and the Scottish National Party’s anti-austerity challenge against the British elites”, Comparative European Politics, 16(6): 937-953.

Maya, M. L. (2018). “Populism, 21st-century socialism and corruption in Venezuela”, Thesis Eleven, 149(1): 67-83.

Mbete, S. (2015). “The Economic Freedom Fighters: South Africa’s turn towards populism?”, Journal of African Elections, 14(1): 35-59.

McDonnell, D. (2006). “A weekend in Padania: Regionalist populism and the Lega Nord”, Politics, 26(2): 126-132.

Mid Sussex Times (2013). “UKIP leader Nigel Farage defends a free press and free speech”, Mid Sussex Times, 23 de abril, disponible en <www.midsussextimes.co.uk>.

Moffitt, B. (2015a). “Contemporary populism and ‘the people’ in the Asia-Pacific: Thaksin Shinawatra and Pauline Hanson”, en C. de la Torre (ed.), The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives, Lexington, University of Kentucky Press: 293-316.

— (2015b). “How to perform crisis: A model for understanding the key role of crisis in contemporary populism”, Government and Opposition, 50(2): 189-217.

— (2016). The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation, Stanford, California: Stanford University Press.

— (2017a). “Contemporary populism in Australia and New Zealand”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 121-139.

— (2017b). “Liberal illiberalism? The reshaping of the contemporary populist radical right in Northern Europe”, Politics and Governance, 5(4): 112-122.

— (2017c). “Transnational populism? Representative claims, media and the difficulty of constructing a transnational ‘people’”, Javnost. The Public, 24(4): 409-425.

— (2019). “Populism and media in Western Europe”, en C. de la Torre (ed.), Routledge Handbook of Global Populism, Abingdon, Routledge: 235-248.

Morales, E. y Goodman, A. (2009). “Bolivian President Evo Morales on climate debt, capitalism, why he wants a tribunal for climate justice and much more”, Democracy Now!, 17 de diciembre, disponible en <www.democracynow.org>.

Mouffe, C. (2000). The Democratic Paradox, Londres, Verso [ed. cast.: La paradoja democrática, Barcelona, Gedisa, 2003].

— (2005a). “The ‘end of politics’ and the challenge of right-wing populism”, en F. Panizza (ed.), Populism and the Mirror of Democracy, Londres, Verso: 50-71.

— (2005b). On the Political, Londres, Routledge [ed. cast.: En torno a lo político, Buenos Aires, FCE, 2007].

— (2013). Agonistics. Thinking the World Politically, Londres, Verso [ed. cast.: Agonística, Buenos Aires, FCE, 2014].

— (2018). For a Left Populism, Londres, Verso [ed. cast.: Por un populismo de izquierda, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018].

Mounk, Y. (2018). The People vs Democracy. Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Mudde, C. (2004). “The populist zeitgeist”, Government and Opposition, 39(4): 542-563.

— (2007). Populist Radical Right Parties in Europe, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2015). “The problem with populism”, The Guardian, 17 de febrero, disponible en <www.theguardian.com>.

— (2017a). “Populism: An ideational approach”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 27-47.

— (2017b). “Why nativism, not populism, should be declared word of the year”, The Guardian, 7 de diciembre, disponible en <www.theguardian.com>.

Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2012). “Populism and (liberal) democracy: A framework for analysis”, en C. Mudde y C. Rovira

Kaltwasser (eds.), Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?, Nueva York, Cambridge University Press: 1-26.

— (eds., 2012b). Populism in Europe and the Americas. Threat or Corrective for Democracy?, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2013). "Exclusionary vs inclusionary populism: Comparing contemporary Europe and Latin America", Government and Opposition, 48(2): 147-174.

— (2015). "Vox populi or vox masculini? Populism and gender in Northern Europe and South America", Patterns of Prejudice, 49(1-2): 16-36.

— (2017). Populism. A Very Short Introduction, Nueva York, Oxford University Press.

— (2018). "Studying populism in comparative perspective: Reflections on the contemporary and future research agenda", Comparative Political Studies, 51(13): 1667-1693.

Müller, J.-W. (2014). "The people must be extracted from within the people': Reflections on populism", Constellations, 21(4): 483-493.

— (2016). What Is Populism?, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

— (2018). "What Cold War liberalism can teach us today", New York Review of Books, 26 de noviembre, disponible en <www.nybooks.com>.

— (2019). "False flags: The myth of the nationalist resurgence", Foreign Affairs, 98(2): 35-41.

Norris, P. y Inglehart, R. (2019). Cultural Backlash and the Rise of Populism. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism, Cambridge,

Cambridge University Press.

Ochoa Espejo, P. (2015). “Power to whom? The people between procedure and populism”, en C. de la Torre (ed.), The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives, Lexington, University Press of Kentucky: 59-90.

Olson, K. (2017). “Populism in the Socialist Imagination”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 661-678.

Ostiguy, P. (2009). Argentina’s Double Political Spectrum. Party System, Political Identities, and Strategies, 1944-2007, Notre Dame, Kellogg Institute for International Studies.

— (2017). “Populism: A socio-cultural approach”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 73-97.

Panizza, F. (ed., 2005). Populism and the Mirror of Democracy, Londres, Verso.

Pappas, T. S. (2014). “Populist democracies: Post-authoritarian Greece and post-communist Hungary”, Government and Opposition, 49(1): 1-23.

— (2016a). “Distinguishing liberal democracy’s challengers”, Journal of Democracy, 27(4): 22-36.

— (2016b). “Modern populism: Research advances, conceptual and methodological pitfalls, and the minimal definition”, en Oxford Research Encyclopedia of Politics, disponible en

< politics.oxfordre.com >.

Pauwels, T. (2011). “Explaining the strange decline of the populist radical right Vlaams Belang in Belgium: The impact of permanent opposition”, Acta Politica, 46(1): 60-82.

Pels, D. (2003). “Aesthetic representation and political style: Re-balancing identity and difference in media democracy”, en J. Corner and D. Pels (eds.), Media and the Restyling of Politics, Londres, SAGE: 41-66.

— (2011). “The new national individualism: Populism is here to stay”, en E. Meijers (ed.), Populism in Europe, Bruselas, Planet Verlag - Graz, GEF: 25-46.

Petsinis, V. (2016). “Syriza one year on: What happened to the radical left dream in Greece?”, OpenDemocracy, 25 de enero, disponible en < www.opendemocracy.net >.

Phongpaichit, P. y Baker, C. (2009). Thaksin, 2ª ed., Chiang Mai, Silkworm.

Pipes, R. (1960). “Russian Marxism and its populist background: The late nineteenth century”, Russian Review, 19(4): 316-337.

Podemos (2019). “Programa de Podemos: para un nuevo país”, disponible en < podemos.info >.

Postero, N. (2017). The Indigenous State. Race, Politics, and Performance in Plurinational Bolivia, Oakland, University of California Press.

Precious, B. (2009). “A man of theories in the flesh”, Morning Star Online, 10 de diciembre, disponible en <www.morningstaronline.co.uk>.

PVV Fractie Noord-Brabant (2017). “Geert Wilders speech @ Koblenz, Germany with English Subtitles” (video online), 21 de enero, disponible en <www.youtube.com>.

Ragin, C. (2000). Fuzzy-Set Social Science, Chicago, Illinois, Chicago University Press.

Rawls, J. (2005). Political Liberalism, Nueva York, Columbia University Press [ed. cast.: Liberalismo político, México, FCE, 1995].

Resnick, D. (2014). Urban Poverty and Party Populism in African Democracies, Nueva York, Cambridge University Press.

— (2017). “Populism in Africa”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 101-120.

Riker, W. H. (1982). Liberalism against Populism, Nueva York, Waveland.

Roberts, K. M. (1995). “Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: The Peruvian case”, World Politics, 48(1): 82-116.

— (2003). “Social correlates of party system demise and populist resurgence in Venezuela”, Latin American Politics and Society, 45(3): 35-57.

— (2015). “Populism, political mobilizations, and crises of political representation”, en C. de la Torre (ed.), The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives, Lexington, University Press of Kentucky: 140-158.

Robinson, A. (2005). “The political theory of constitutive lack: A critique”, Theory and Event, 8(1).

Rooduijn, M. (2014). “The nucleus of populism: In search of the lowest common denominator”, Government and Opposition, 49(4): 573-599.

Rose, C. (2017). “Steve Bannon explains populism”, 12 de septiembre, disponible en <www.youtube.com>.

Rovira Kaltwasser, C. (2012). “The ambivalence of populism: Threat and corrective for democracy”, Democratization, 19(2): 184-208.

— (2014). “The responses of populism to Dahl’s democratic dilemmas”, Political Studies, 62(3): 470-487.

Roy, O. (2017). “French elections: Catholics vote catholic, muslims vote secular”, boundary2, 4 de mayo, disponible en <www.boundary2.org>.

Rummens, S. (2017). “Populism as a threat to liberal democracy”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 554-570.

Ruth-Lovell, S. P., Doyle, D. y Hawkins, K. A. (2019). “Consequences of populism memo for The Guardian’s The New Populism project”, disponible en <populism.byu.edu>.

Rydgren, J. (2017). “Radical right-wing parties in Europe: What’s populism got to do with it?”, Journal of Language and Politics, 16(4): 485-496.

Saint-Simon, H. (1975). Selected Writings on Science, Industry and Social Organization, Londres, Croom Helm.

Sanders, B. (2015). “Senator Bernie Sanders on democratic socialism in the United States”, berniesanders.com, 19 de noviembre, actualmente disponible en <web.archive.org>.

— (2016). “The transcript of Bernie Sanders’s victory speech”, Washington Post, 10 de febrero, disponible en <www.washingtonpost.com>.

Sartori, G. (1970). “Concept Misformation in Comparative Politics”, American Political Science Review, 64(4): 1033-1053.

— (1976). Parties and Party Systems, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: Partidos y sistemas de partidos, Madrid, Alianza, 1980].

Schamis, H. E. (2006). “A ‘left turn’ in Latin America? Populism, socialism, and democratic institutions”, Journal of Democracy, 17(4): 20-34.

Seguín, B. (2015). “Podemos’s Latin American roots”, Jacobin, 27 de marzo, disponible en <www.jacobinmag.com>.

Sehinkman, D. (2014). “Ernesto Laclau’s last interview with La Nación”, Verso Books Blog, 28 de abril, disponible en <www.versobooks.com> [ed. cast.: “La última entrevista de Ernesto Laclau con La Nación”, La Nación, 13 de abril, disponible en <www.lanacion.com.ar>].

Shils, E. A. (1956). The Torment of Secrecy. The Background and Consequences of American Security Policies, Glencoe, Free Press.

Shivambu, F. (2014). The Coming Revolution. Julius Malema and the Fight for Economic Freedom, Auckland Park, Jacana Media.

Silver, D., Taylor, Z. y Calderón-Figueroa, F. (2019). “Populism in the city: The case of Ford Nation”, International Journal of Politics, Culture, and Society.

Smith, H. (2017). “Greece passes gender-change law opposed by Orthodox church”, The Guardian, 11 de octubre, disponible en <www.theguardian.com>.

Smith, P. H. (1969). “Social mobilization, political participation, and the rise of Juan Perón”, Political Science Quarterly, 84(1): 30-49.

Snyder, J. (2017). “The modernization trap”, Journal of Democracy, 28(2): 77-91.

Stanley, B. (2008). “The thin ideology of populism”, Journal of Political Ideologies, 13(1): 95-110.

Stavrakakis, Y. (2005). “Religion and populism in contemporary Greece”, en F. Panizza (ed.), Populism and the Mirror of Democracy, Londres, Verso: 224-249.

Stavrakakis, Y. y Jäger, A. (2018). “Accomplishments and limitations of the ‘new’ mainstream in contemporary populism studies”, European Journal of Social Theory, 21(4): 547-565.

Stavrakakis, Y. y Katsambekis, G. (2014). “Left-wing populism in the European periphery: The case of Syriza”, Journal of Political Ideologies, 19(2): 119-142.

Stavrakakis, Y. y otros (2017). “Extreme right-wing populism in Europe: Revisiting a reified association”, Critical Discourse Studies, 14(4): 420-439.

Sverigedemokraterna (2010). “Dags att tala klarspråk om våldtäkterna!” (informe), 25 de agosto, disponible en

＜sverigedemokraternaspartiprogram.files.wordpress.com＞.

Taggart, P. (2000). Populism, Birmingham, Open University Press.

Taguieff, P. (1995). “Political science confronts populism: From a conceptual mirage to a real problem”, Telos, 103: 9-43.

Tang, W. (2016). Populist Authoritarianism. Chinese Political Culture and Regime Sustainability, Nueva York, Oxford University Press.

Taylor, M. M. (2014). “The limits of judicial independence: A model with illustration from Venezuela under Chávez”, Journal of Latin American Studies, 46(2): 229-259.

Tilly, C. (2008). Contentious Politics, Cambridge, Cambridge University Press.

UN News (2019). “Venezuela’s needs ‘significant and growing’ UN humanitarian chief warns Security Council, as ‘unparalleled’ exodus continues”, UN News, 10 de abril, disponible en ＜news.un.org＞.

Urbinati, N. (1998). “Democracy and populism”, Constellations, 5(1): 110-124.

— (2014). Democracy Disfigured. Opinion, Truth, and the People, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

— (2017). “Populism and the majority principle”, en C. Rovira

Kaltwasser y otros (eds.), The Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 571-589.

— (2019). “Political theory of populism”, Annual Review of Political Science, 22: 111-127.

Van Kessel, S. (2014). “The populist cat-dog: Applying the concept of populism to contemporary European party systems”, Journal of Political Ideologies, 19(1): 99-118.

— (2015). Populist Parties in Europe. Agents of Discontent?, Basingstoke, Palgrave Macmillan.

Van Noorloos, M. (2014). “The politicisation of hate speech bans in the twenty-first-century Netherlands: Law in a changing context”, Journal of Ethnic and Migration Studies, 40(2): 249-265.

Varoufakis, Y. (2016), “What’s DiEM25, really? Reply to open letter by Souvlis and Mazzolini’”, Thoughts for the Post-2008 World, 2 de abril, disponible en <yanisvaroufakis.eu>.

Varoufakis, Y. y otros (2016). “Democratising Europe: A transnational project?”, OpenDemocracy, 13 de septiembre, disponible en <www.opendemocracy.net>.

Vossen, K. (2016). The Power of Populism. Geert Wilders and the Party for Freedom in the Netherlands, Abingdon, Routledge.

Waisbord, S. (2012). “Democracy, journalism, and Latin American populism”, Journalism, 14(4): 504-521.

Waisbord, S. y Amado, A. (2017). “Populist communication by digital means: Presidential Twitter in Latin America”, Information, Communication & Society, 20(9): 1330-1346.

Waisman, C. H. (1987). Reversal of Development in Argentina. Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Wallace-Wells, B. (2016). “Trump’s populism is not just a western phenomenon”, The New Yorker, 16 de noviembre, disponible en <www.newyorker.com>.

Watkins, S. (2016). “Oppositions”, New Left Review, 98: 5-30.

Watts, J. y Bale, T. (2018). “Populism as an intra-party phenomenon: The British Labour Party under Jeremy Corbyn”, British Journal of Politics and International Relations, 21(1): 99-115.

Weyland, K. (1996). “Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities”, Studies In Comparative International Development, 31(3): 3-31.

— (2001). “Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics”, Comparative Politics, 34(1): 1-22.

— (2003). “Neopopulism and neoliberalism in Latin America: How much affinity?”, Third World Quarterly, 24(6): 1095-1115.

— (2013). “The threat from the populist left”, Journal of

Democracy, 24(3): 18-32.

— (2017). “Populism: A political-strategic approach”, en C. Rovira Kaltwasser y otros (eds.), Oxford Handbook of Populism, Óxford, Oxford University Press: 48-72.

— (2019). “Populism and authoritarianism”, en C. de la Torre (ed.), Routledge Handbook of Global Populism, Abingdon, Routledge: 319-333.

Wilders, G. (2010). “Parliament blasts Dutch politician for calling Jordan Palestine”, 22 de junio, disponible en <www.geertwilders.nl>.

— (2016). “Wilders will not attend trial”, 28 de octubre, disponible en <www.geertwilders.nl>.

Wiles, P. (1969). “A syndrome, not a doctrine: Some elementary theses on populism”, en G. Ionescu y E. Gellner (eds.), Populism. Its Meanings and National Characteristics, Londres, Weidenfeld & Nicolson: 166-179.

Wodak, R. (2015). The Politics of Fear. What Right-Wing Populist Discourses Mean, Londres, SAGE.

Wodak, R. y Meyer, M. (eds., 2001). Methods of Critical Discourse Analysis, Londres, SAGE.

Yarnoz, C. (2017). “El socialismo tradicional está ideológicamente muerto”, El País, 17 de enero, disponible en <elpais.com>.